

honda

ISSN: 1605-7920

No. 40 de 2014

Director

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS

Coordinador editorial

MAURICIO NÚÑEZ RODRÍGUEZ

Edición

ALENA BASTOS BAÑOS

Diseño

J. PEDRO CAMEJO DOMÍNGUEZ

Consejo editorial

ARMANDO HART DÁVALOS

ELIADES ACOSTA MATOS

LUIS ÁLVAREZ ÁLVAREZ

ROLANDO BELLIDO AGUILERA

MARLÉN DOMÍNGUEZ HERNÁNDEZ

OMAR GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ORDENEL HEREDIA ROJAS

HÉCTOR HERNÁNDEZ PARDO

FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA

JORGE LOZANO ROS

RAÚL RODRÍGUEZ LA O

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ LÓPEZ

ADALBERTO RONDA VARONA

RODOLFO SARRACINO MAGRIÑAT

JOSÉ L. DE LA TEJERA GALÍ

Fundadores de la Sociedad Cultural "José Martí"

ARMANDO HART DÁVALOS

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

EUSEBIO LEAL SPENGLER

CARLOS MARTÍ BRENES

ABEL PRIETO JIMÉNEZ

ENRIQUE UBIETA GÓMEZ

CINTIO VITIER BOLAÑOS

Redacción

Calzada 801½ entre 2 y 4

El Vedado, La Habana, Cuba

Tel.: 830 8289 y 838 2298

Fax: 8334672

revhonda@cubarte.cult.cu

Agradecimientos

Biblioteca del Centro de Estudios Martianos

Portada

A partir del retrato Gertrudis Gómez de Avellaneda (1857) de Federico Madrazo

Impresión

Ediciones Caribe

Edición financiada por el Fondo de Desarrollo de la Cultura y la Educación

Sumario

Ideas

Dulce María Loynaz. Gertrudis Gómez de Avellaneda: la gran desdeñada / 3

Carmen Suárez León. La Avellaneda imitando al Caballero de Parny / 9

Armando Hart Dávalos. Nicolás Guillén: síntesis de la cubanía / 13

Yudarkis Veloz Sarduy. El sino fatídico, la nota en la vida de Fidelio Ponce / 17

Acontecimientos

Guillermo Luna Castro y Orisbel Castellanos Hernández. Dos perlas de Las Villas en su aniversario 500 / 27

Vilda Rodríguez Méndez. El humanismo del siglo XVI y el pensamiento filosófico cubano / 33

Alberto Velázquez López y Ada Bertha Frómata Fernández. Eugenio María de Hostos: ciudadano de América / 41

Lourdes Ocampo Andina. La imagen de Bolívar en la construcción de la identidad americana / 44

Luis Fidel Acosta Machado. José Martí y la República soñada / 51

Presencia

José Martí. Mi raza / 56

A la colibrí

Alpidio Alonso-Grau. Emilio Ballagás / 58

Intimando

Rafael Polanco Brahojos. Entrevista al pintor, narrador y poeta José Luis Fariñas / 62

Páginas nuevas

Fernando Rodríguez Sosa. Diccionario del pensamiento martiano / 65

Fabio Fernández Batista. Un libro útil. A propósito de 100 preguntas sobre José Martí / 66

Mauricio Núñez Rodríguez. Un Martí que siempre buscamos / 67

Caridad Atencio. Estéticas híbridas en una proverbial obra poética / 69

Yisleny López Delgado. Un encuentro esencial con un poeta excepcional / 71

Ibrahim Hidalgo Paz. Aportadora propuesta de Yoel Cordoví / 72

En casa

Raquel Marrero Yanes. Mil poemas a José Martí, una obra para todos / 76

Manuel Amondaray Álvarez. La Sociedad Cultural "José Martí" se extiende por las montañas / 76

Ángel R. Paneque Oliva. Un homenaje a la sencillez / 77

Marlene Vázquez Pérez. Una cita martiana memorable / 77

Nuestros autores / 80

La publicación de un escrito no significa la adhesión de la Sociedad Cultural "José Martí" a su contenido.

Página del director

Con la llegada al número 40 la revista *Honda* arriba también al año 15 de la aparición de su primer ejemplar. Hoy podemos afirmar sin temor a equivocarnos o parecer pretenciosos que la publicación se ha ganado un espacio propio y sus lectores -desde Baracoa hasta Puerto Cortés- la buscan y la estiman útil y necesaria. Y esa es, desde luego, nuestra mejor recompensa.

Ha sido desde sus inicios un propósito de nuestra revista reflejar en sus páginas momentos relevantes de nuestra historia, cultura y de sus protagonistas principales como puede constatarse en los números dedicados a exaltar las figuras de Carlos Manuel de Céspedes, José María Heredia, Juan Gualberto Gómez, Alejo Carpentier, Camilo Cienfuegos, Raúl Roa, José Agustín Caballero, Félix Varela, José de la Luz y Caballero, Celia Sánchez, Frank País, Ignacio Agramonte, Antonio Maceo, Haydée y Abel Santamaría y el Che, entre otros. José Martí y su cosmovisión ha sido y será un elemento esencial de los contenidos de *Honda*.

Quiero subrayar que en todo este esfuerzo hemos contado siempre con la confianza y el apoyo decidido del Dr. Armando Hart Dávalos que ha sido inspirador de nuestro trabajo y que nos estimula a mejorar cada día la calidad de la revista.

Asimismo, hemos recibido el estímulo y el apoyo de investigadores, historiadores, profesores y artistas, que junto a las compañeras y compañeros de la Sociedad Cultural "José Martí", del Centro de Estudios Martianos y de la Oficina del Programa Martiano han hecho posible el acontecimiento, casi milagroso, de mantener todos estos años, en medio de muchas dificultades, la aparición de un número tras otro con una exactitud digna de los cubanos puntuales.

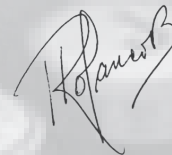
El presente número dedica su sección Ideas a esa figura descollante de las letras cubanas, hispanoamericanas y universales que es Gertrudis Gómez de Avellaneda. Para ella, y para otras personalidades relevantes de nuestra cultura nacidas también en Camagüey, en el aniversario 500 de su fundación como villa de Nuestra señora del Puerto del Príncipe, el modesto homenaje de *Honda*.

En la sección Acontecimientos aparecen trabajos sobre el aniversario 500 de la fundación de las villas de Trinidad y Sancti Spíritus y también sobre tres figuras relevantes del pensamiento latinoamericano. Me refiero a Bolívar, Martí y Hostos.

Nos complace presentar también a nuestros lectores en este número 40 el texto de una entrevista realizada al pintor y poeta José Luís Fariñas. Completan la entrega interesantes reseñas de libros en Páginas Nuevas así como noticias relacionadas con el quehacer de la Sociedad Cultural.

En el mes de enero, los días 16 y 17, tuvo lugar la reunión del Comité Nacional de nuestra organización con la presencia de los Presidentes de la Filiales Provinciales y los miembros del Comité Nacional y a la luz de lo que establecen los estatutos, decidió convocar la V Asamblea Nacional de Socios de la Sociedad Cultural "José Martí", equivalente a nuestro Congreso, los días 16 y 17 de octubre del presente año. Los preparativos organizativos para asegurar el éxito de esta importante reunión estarán en el centro de toda la labor de la Sociedad en los meses venideros. ■

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS
Director



Ideas



Gertrudis Gómez de Avellaneda: La gran desdeñada

DULCE MARÍA LOYNAZ

Nota introductoria

Este trabajo de la poeta y novelista cubana Dulce María Loynaz, Premio Miguel de Cervantes 1992, que ella tituló: "Gertrudis Gómez de Avellaneda: la gran desdeñada", tal vez parece poco conocido, pero su contexto ahora recobra gran actualidad porque en el mismo expone la escritora su interés acerca del nombre que debe llevar el teatro que se

construía entre 1950 y 1952 en la antigua Plaza Cívica (hoy Plaza de la Revolución José Martí) en La Habana.

Después del triunfo de la Revolución en 1959, fue terminado dicho teatro y se le bautizó como Teatro Nacional. Si bien es cierto que dicho teatro tiene una sala denominada "Avellaneda", en homenaje a la magna poeta y dramaturga camagüeyana.



Gertrudis Gómez de Avellaneda (1840). Antonio María Esquivel. Museo Nacional de Bellas Artes, Cuba.

Todavía aquel ardiente y justo deseo de Dulce María Loynaz no ha sido satisfecho para que el Teatro Nacional lleve el nombre de aquella "indiana" del Camagüey que tanto brillo y esplendor le dio a la cultura de la Isla y al mundo durante el siglo XIX.

Aquella "Tula" Avellaneda de quien José Martí expresó sobre "los literatos de enaguas la gloria cubana que le querían quitar a la Avellaneda".¹

Este es un excelente ensayo de la autora de Jardín que hay que tener muy en cuenta. Dulce María Loynaz me obsequió una copia de 8 cuartillas mecanografiadas y de su puño y letra, en tinta azul; escribió al final: "La Habana, febrero 10 de 1961. Dulce María Loynaz".

Ese magnífico obsequio me hizo comentarle en 1968 a nuestra inolvidable amiga Celia Sánchez Manduley, entonces Secretaria de la Presidencia de la República de Cuba, la posibilidad de traer para Cuba también los restos de la insigne patriota camagüeyana Ana Betancourt de Mora. Ella nos

indicó que le escribiera al cónsul cubano en Madrid en ese momento, el compañero Horacio Fuentes, para que hiciera las gestiones pertinentes, pero como si la patricia fuese un familiar de él. Eran los tiempos del general Franco y Horacio (ya fallecido) cumplió a cabalidad su misión. Logró traer de forma discreta e inteligente aquellos huesos sagrados de la patria y que hoy descansan en un mausoleo en Guáimaro, donde la voz de Ana Betancourt se alzó en la Asamblea de Guáimaro para solicitar a los legisladores cubanos la emancipación de la mujer.

Lograda esta misión volvimos a sugerirle a Celia Sánchez el poder acometer gestiones para hacer lo mismo o parecido con los restos de "Tula" Avellaneda, enterrada en un cementerio de Sevilla, España. Celia me autorizó de nuevo para escribirle a Horacio Fuentes y este pasó el asunto al amigo Luis Felipe Pacheco Silva, a la sazón cónsul cubano en Sevilla. Intercambiamos por carta esta misión y él nos envió hasta una fotografía de la bóveda donde reposan las cenizas de La Peregrina y la forma en que debían regresar a su patria.

Celia me indicó lo comunicara a nuestro poeta nacional, Nicolás Guillén, entonces Presidente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), para que se ocupara en persona de las exequias de la Avellaneda cuando arribaran a La Habana y comentarle además que había un proyecto para erigirle un mausoleo en el cementerio de Camagüey. Guillén estuvo muy entusiasmado y designó a la poetisa Belkis Cuza Malé para recibir las orientaciones en caso de que se lograra ese propósito.

Pacheco Silva (hoy fallecido) hizo las primeras gestiones en un momento difícil, porque se alegaba que la poetisa tenía descendientes o familiares en España y no aparecían. También eran los tiempos del franquismo. Al enfermarse Celia todo quedó en el aire y no se pudo conseguir ese noble y justo deseo de tantos años y en especial de Dulce María Loynaz.

Es por eso que ahora damos a conocer este maravilloso ensayo de Dulce María Loynaz donde ella repasa su amor por la cultura cubana a través de aquella que José Martí analizó en un paralelismo irreplicable al decir que "la Avellaneda no sintió el dolor humano: era más alta y potente que él; su pesar era una roca".²

NYDIA SARABIA

¹ José Martí, *Obras Completas*, Editorial Nacional de Cuba. La Habana, 1961, t. 5, p. 251.

² José Martí, ob. cit., t. 8, p. 311.

¿Cómo podríamos llamar en buen castellano a una criatura cuyo destino fuera padecer el repudio de todo cuanto amase en este mundo?

¿Y qué pensar de ese repudio, de ese sordo volver la espalda a su presencia, cuando quien sufre tal maltrato es justamente una mujer ungida por las Gracias?

He aquí un fenómeno curioso, digno de concienzudo análisis no realizado todavía: Gertrudis Gómez de Avellaneda, poetisa cubana, escritora famosa en el pasado siglo, no es solo un caso en la Literatura; lo es también en la Psicología y hasta en la idiosincrasia de los pueblos.

Y digo esto porque el injusto, inexplicable, reiterado desprecio que ella encuentra en los elegidos de su corazón parece contagiarse de uno a otro, parece incluso arraigar por momentos en una colectividad determinada y hasta transmitirse como triste herencia de generación a generación.

Gertrudis era, como todos saben, una mujer de talento: quizás de demasiado talento para el gusto de su época. Pero era también mujer de nobles sentimientos y espléndida hermosura. Brillante, amena, culta, rodeada de prestigio, cabe añadir, como si tales prendas fueran pocas, otra a la que hoy no se da mucha importancia, pero que entonces sí pesaba: su procedencia de honorable casa, si bien no recargada de blasones, de todos modos vinculada al patriciado criollo.

En ningún campo pues se le podía tener por una advenediza ni era lógico mirarla con recelo como si se tratara de una improvisada o una aventurera. En donde quiera que pisara tenía derechos naturales que ostentar, derechos que, además, nadie le negaba.

Y para no dejar resto de duda, voy a aclarar también, aunque no sea necesario, que nadie debe sospechar en ella la encarnación de un Amiel con faldas: bien lejos de su temperamento toda timidez, toda parsimonia, toda reserva que no fuese la que el buen gusto y una delicadeza innata cultivan siempre en la real señora.

¿Cuál era entonces el valladar sutil alzado una y otra vez entre ella y los seres de su elección?

Recalco lo de la elección porque el fenómeno a que nos estamos refiriendo se hacía más patente entre aquellos que su alma prefería, que su mano seleccionaba para sí.



Sin duda tuvo Tula hombres que la amaran, amigos que la defendieran, multitudes que la aclamaran; pero no sé hasta qué punto podían estos compensarla de lo perdido o de lo nunca hallado que podía tener cualquier mujer, ni sé siquiera si ese fondo brillante se lo puso el destino para hacerla sentir más hondamente la tiniebla interior.

Casada dos veces, pero ninguna con el hombre amado; una reina la tiene por amiga, pero antes su amiga de la infancia la traiciona; y aunque en lejanas tierras le sea dado cosechar laureles, el pueblo suyo la negará tres veces.

Rafael Marquina, el notable polígrafo español recientemente fallecido, nos cuenta en vivas páginas la historia de la poetisa fracasada en su amor primero; rechazada más tarde con una hija moribunda en brazos; rehecha apenas y tornada viuda en su viaje de bodas. Y así vamos siguiéndola en su peregrinar de cuesta en llano, reina mendiga de ternura, musa implorante ante un galán esquivo, ella, la altiva Tula hecha a domar las tempestades.



Gertrudis Gómez de Avellaneda (1838).
Del Moral. Litografía.

Altiya, sí, a pesar de todo, porque tuvo siempre conciencia de su estatura interna, de su abolengo espiritual. La pertinacia de sus fracasos amorosos, la frustración de su maternidad y la conjura de la envidia ajena no alcanzan a fermentar en su pecho eso que hoy llaman un complejo de inferioridad. Otra mujer puesta en su caso pronto hubiera acabado por rendirse, se hubiera recluido en un convento o en una clínica psiquiátrica, según los tiempos que corriesen, y no habría llegado como ella a cumplir su misión en este mundo.

Esta conciencia incommovible de su alto destino, aun mantenida en sus flaquezas femeninas; esta seguridad de sí misma que no la abandonará ni siquiera en sus días tristes, le prestan en verdad un singular aire de realeza, de una realeza un tanto exótica e inquietante.

En la corte de España, con baldaquines y reposeros, debió parecer una auténtica Nusta desterrada, una hija de Inca traída en rehenes, a la que los hidalgos no se atreven a enamorar.

Y es esta alteza extranjera quien se lo juega todo a una carta insignificante, Gabriel García Tassara.

Y a los ojos de todos como las reinas mismas, trae al mundo una hija.

Semejante paso no se hubiera atrevido a darlo una mujer soltera y famosa, consciente y respetada, ni aun en nuestro siglo. Y mucho menos como ella podría darlo y quedar luego tan respetada, afamada y soltera como antes.

Soltera ha de estar por algún tiempo; sola ha de estar siempre. El seductor, asustado de su hazaña, hace mutis por el telón de fondo como el personaje más incoloro, menos real de sus dramas. Menguado de naturaleza al par que de espíritu y de ingenio, le da hija sin sangre que solo vive siete meses.

Pues como dice ella con sobria dignidad: “si se me hubiera excluido de su número por no juzgarme acreedora a semejante honor, no sería yo ciertamente quien de ello se quejara”. Y se queja en efecto de que la hayan postergado, no por falta de méritos, sino de cubana.

Dos largas cartas escribirá a los diarios de la Isla en protesta de lo que considera una injusticia, una mentira intolerable, y mientras viva no hará otra cosa que debatirse contra el error. Empero inútilmente; su voz, como la de Agar, se perdería siempre en el desierto.

Fueron los jóvenes de entonces los que acercaron a los labios de la poetisa –pálidas rosas que pronto deshojaría el viento– esta nueva amargura, la única que todavía no conocían. Fueron ellos, los jóvenes de entonces, los que se encargaron de que en la gama del acíbar, este último trago no le fuese ahorrado.

No los culpo del todo: pienso que ellos también, como la gran mujer que no querían por hermana, habían cumplido su destino.

La juventud es siempre iconoclasta, y hasta sería cosa de aplaudírsele si no fuera porque en la mayoría de las veces nos rompen ídolos de oro para traernos los de barro.

Todo pues, quedó así, y Gertrudis murió y los jóvenes se hicieron viejos y murieron también y vinieron otros jóvenes y Gertrudis no vino más, ni vino otra como ella, porque en las trojes del Señor, la juventud es simiente que a su tiempo llega a todos los surcos, pero el talento solo a pocos.

Mas sucedió que aun después de muerta la persiguió el menosprecio de los suyos. Para que su destino se cumpliera más allá de la tumba, la especie propalada una centuria atrás siguió rodando, reptando por cenáculos y opúsculos

como si la agraviada no la hubiese desmentido públicamente –y desde la misma España, ya con la Guerra Grande encima– en cívica y valiente actitud que no sabemos si en igualdad de circunstancias cualesquiera de sus detractores se hubieran atrevido a asumir.

Y como la malicia recorre siempre largos caminos, los hijos repitieron las frases insidiosas de los padres, y los nietos las de los hijos. Y luego las repetían sin doblez, sin detenerse a meditarlas; unas tras otras en un estribillo.

De esta manera nos llegó el día de edificar teatro propio: hacía mucho tiempo que la tierra de Tula se había independizado y las querellas con la madre patria eran ya solo páginas de Historia.

Había que pensar que el nombre de la Avellaneda era precisamente el nombre exacto que le correspondía a aquel teatro; a los grandes méritos de la escritora cubana se unía la significativa cuanta singular condición de ser ella la única mujer que con repercusión en las Letras Castellanas se ha dedicado al género dramático.

Y aún más podía decirse: era acaso la única que así, con resonancia ultramontana lo había hecho en el mundo, o al menos la primera en hacerlo, que ya sería grande gloria.

Por no se sabe qué extraña razón las escritoras nunca han gustado de este género: poetisas, novelistas, muchas hay, pero entre ellas ha sido solo nuestra Tula quien, a más de regalarnos versos y novelas, alcanza a crear obras teatrales.

Búsquense nombres femeninos en los vastos dominios de Talía y se verá cuán ardua es la labor. Espigar alguno significa un verdadero hallazgo de eruditos, como el de la monja Rosvita allá en el Medioevo, y algunos pocos de factura nórdica.

Parecía por tanto lógico, sencillo, que un teatro de Cuba y para Cuba se llamara como ella. Era lo natural, lo que caía por su peso.

¿Lo natural? No hay nada natural. El hombre se complace en complicarlo todo: de pronto aquí, allí, detrás, en frente comenzó a repetirse la vieja cantinela.

¿Y qué era a fin de cuentas lo hecho por la insigne dramaturga para justificar estos escrupulos de fariseos?

¿Vivir fuera de sus lares por largos años?
¿Escribir en Madrid y hacerse allí de fama?

Pues bien, dando por cierto que no estuviera Cuba unida a España aun antes de que decidiera desunírsele, es lo corriente que el talento busque ensanchar sus horizontes. Ella era un águila de altura y a las águilas se las deja volar libremente.

Si criterio tan estrecho y falaz prevaleciera, menos habría de considerarse inglés a Lord Byron, que no se distinguía precisamente por su ternura hacia Inglaterra y murió peleando por un país que no era el suyo.

Habría que tener por igualmente apátridas al Dante y a Petrarca, a Sargent y a Gauguin. Y dos de los más grandes poetas de América, Rubén Darío y César Vallejo, no pertenecerían a ella sino a los cafés de París en cuyas mesas escribían.

Todos hemos podido ver a la gran Gabriela Mistral andar errante por extranjero suelo casi su vida entera por razones que nunca dio a su patria. Y sin embargo, cuando al fin los pies se le agrietaron para siempre, Chile tuvo a bien recibir como a Reina difunta, su poetisa.

Solo nosotros los cubanos hemos querido renunciar a una gloria legítima: hemos querido regalarla o arrojarla al río en gesto semejante al de aquel duque que echaba al Neva su vajilla de oro.

¿Y al fin –preguntarán los lectores– qué nombre se le puso al teatro?

Pues el teatro, amigos míos, casi puede decirse que se quedó sin bautizar, que por no darle el nombre de ella, no se le dio ninguno.

Lo digo así porque aunque oficialmente y nada menos que ante el testimonio irrecusable de José Martí, citado y exhumado en la ocasión, se falló el viejo pleito a su favor, lo cierto es que sus paisanos prefieren ignorarla, desconocer a Tula.

Tal vez no quieran ya contradecir abiertamente al Apóstol, pero de todos modos han seguido oponiendo a su clamor patético el mismo silencio de García Tassara, de Ignacio de Cepeda, del furtivo entierro bajo el frío y el granizo. Silencio de la muerte... De la vida. ■

La Habana febrero 10 de 1961

Dulce María Loynaz

UNA HISTORIA EN EL CEMENTERIO DE SAN FERNANDO EN SEVILLA

MARITZA DESCHAPELLES MOREJÓN

Visitar un cementerio es también acercarse a tradiciones desde el sepulcral silencio. Y conocer el San Fernando de Sevilla, fue un deseo hecho realidad. Pues como cubana sabía que no solo encontraría historias de cantaores y toreros famosos.



Aquella visita tuvo lugar hace cinco años, cuando cubría junto al camarógrafo José Tuñón el recorrido de una delegación auspiciada por la Sociedad Cultural “José Martí” a localidades de España y Portugal.

Cuando llegamos al andaluz y acogedor pueblo de Cantillana, ubicado más o menos a once kilómetros de Sevilla. Confieso que la cercanía me incitaba a visitar la ciudad bañada por el Guadalquivir, esta vez para conocer en qué lugar se encontraban los restos de la poetisa camagüeyana Gertrudis Gómez de Avellaneda (Camagüey marzo 1814- Sevilla 1873).

Recuerdo perfectamente que fue un jueves 26 de junio del 2009, que gracias a la generosidad de un buen amigo de Cantillana, llegamos al San Fernando en busca de información, la persona que nos atendió al percatarse que éramos cubanos, aclaró que allí estaban enterrados dos cubanos ilustres, Antonio Machín y Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda. Amablemente nos condujo al panteón de la autora de *Sab*, cuyos restos reposan junto a los de su último esposo el Coronel Domingo

Verdugo y Massieu. El que se observa al lado pertenece a Doña Ma. Hipólita Verdugo y Massieu.

Como un destello involuntario, ante la tumba de la gran poetisa vinieron a mi mente los versos que tantas veces me hicieron admirarla y tal vez conocerla un poquito más:

¡Perla del mar! ¡Estrella de occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
la noche cubre con su opaco velo,
como cubre el dolor mi triste frente.

Allí entre los altos cipreses y ese silencio de susurros le rendimos homenaje a la Gran Tula, la misma que hace más de un siglo recibió, en esta su tierra, de manos de otra poetisa, Luisa Pérez de Zambrana, una corona de laureles, símbolo de toda la admiración y el respeto que por varias generaciones le ha profesado el pueblo de Cuba. ■





La Avellaneda imitando al Caballero de Parny

CARMEN SUÁREZ LEÓN

Entre todas las traducciones de poesía de Gertrudis Gómez de Avellaneda, y he contado alrededor de unas treinta, solo conozco una donde la autora haya escrito “Traducción de” y es el caso del poema “El poeta” de Víctor Hugo; en otros dos hace constar que se trata de “Traducción libre”, del mismo poeta. En todos los otros textos la fórmula utilizada es “Imitación de” o “Imitando a este u otro autor”. En todos sus tras-

pasos de versos aparece puntualmente la fórmula que precisa el tipo de trabajo que ha realizado, lo cual denota una preocupación bien precisa acerca del tema.

En general, la teoría de la traducción suele reconocer tres formas generales de traducir poesía:

- La traducción, que se esfuerza por traer a la lengua de llegada con la mayor fidelidad posible los contenidos y la forma del poema. Es una

estrategia ardua y muy riesgosa porque son dos retos difíciles de conseguir al mismo tiempo y no siempre es viable.

- La versión, que ofrece una libertad relativa al traductor en cuanto al original, y que puede conseguir resultados fiables y bellos en muchos casos, ya que podemos negociar en busca de fórmulas más flexibles de equivalencia.
- La imitación, que libera aún en mayor grado al traductor, por lo que la fidelidad suele estar muy condicionada por las expectativas del intermediario.

En la práctica, es difícil reconocer una traducción como el producto de una sola estrategia, porque el traductor frente al texto está obligado a elegir soluciones más o menos conservadoras o audaces según la necesidad que le va imponiendo cada pasaje. En el caso de la Avellaneda, al decirnos expresamente en el encabezamiento del poema que es una imitación, ya nos está hablando de un método que rige su tarea, con independencia de las soluciones que vaya encontrando a lo largo de la tarea.

Estudiar uno de esos casos, nos descubre con claridad que la poeta-traductora está priorizando su voz autoral, y que partiendo de una forma y un contenido propios de Evariste de Parry, se propone adecuarlo a su circunstancia y decir lo que le interesa de ese contenido, resaltarlo, desestimando otros aspectos significativos, pero aproximándose lo más posible, con los recursos de su lengua, a la sonoridad del texto de partida.

Evariste de Parry (1753–1814) es un antecedente de la poesía romántica, su tratamiento de los sentimientos y de la naturaleza en su poesía elegíaca influirá sobre Lamartine y su poesía erótica anuncia a Baudelaire. Alcanzó mucha notabilidad en su tiempo, y fue un poeta muy leído en su hora. Galante, sensual y descreído, tuvo amores frustrados por sus padres con una Eleonora que queda como la gran musa de su poesía. Nacido en la isla Reunión es un criollo como Gertrudis Gómez de Avellaneda, la cual tradujo cuatro textos suyos, solo superado por Víctor Hugo, con cinco.

Si comparamos el poema “Eleonora”, con la traducción-imitación de la Avellaneda, vemos que elimina el título y la introducción y con ella a la destinataria del poema y a su poeta que la seduce sin tapujos, para quedarse con solo el diálogo anónimo entre una flor, la rosa, y el viento que

la solicita, el favonio. Lo que está muy bien colocado en una situación de sensual requiebro específica, ella lo generaliza, sin restarle musicalidad ni sensualidad, pero ahora el diálogo deja traslucir algo que es diferente: una reflexión abstracta, de corte alegórico, para lamentarse, como mujer, de no amar a su debido tiempo, y de la catástrofe que esta dilación puede causar:

À ÉLÉONORE

Aimer à treize ans, dites-vous,
C'est trop tôt: eh, qu'importe l'âge?
Avez-vous besoin d'être sage
Pour goûter le plaisir des fous?
Ne prenez pas pour une affaire
Ce qui n'est qu'un amusement;
Lorsque vient la saison de plaire,
Le coeur n'est pas long-temps enfant.

Au bord d'une onde fugitive,
Reine des buissons d'alentour,
Une rose à demi-captive
S'ouvrait aux rayons d'un beau jour.
Égaré par un goût volage,
Dans ces lieux passe le zéphir
Il l'aperçoit, et du plaisir
Lui propose l'apprentissage;
Mais en vain: son air ingénu
Ne touche point la fleur cruelle.
De grâce, laissez-moi, dit-elle;
À peine vous ai-je entrevu.
Je ne fais encor que de naître;
Revenez ce soir, et peut-être
Serez-vous un peu mieux reçu.
Zéphir s'envole à tire-d'ailes,
Et va se consoler ailleurs;
Ailleurs, car il en est des fleurs
À-peu-près comme de nos Belles.
Tandis qu'il fuit, s'élève un vent
Un peu plus fort que d'ordinaire,
Qui de la Rose, en se jouant,
Détache une feuille légère;
La feuille tombe, et du courant
Elle suit la pente rapide;
Une autre feuille en fait autant,
Puis trois, puis quatre; en un moment,
L'effort de l'aquilon perfide
Eut moissonné tous ces appas
Faits pour des Dieux plus délicats,

Si la Rose eut été plus fine.
Le zéphir revint, mais hélas!
Il ne restoit plus que l'épine.

EL FAVONIO Y LA ROSA
Imitación de Parny

Al margen de un arroyo,
Entre espadaña y junco,
Rosal temprano eleva
Lindísimo capullo.
Sus hojas perfumadas
Del sol al rayo puro
Se entreatren, cuando el astro,
Va a comenzar su curso;
Y en tanto veloz llega
Favonio vagabundo,
Que amante gira en torno
Con lánguido murmurio.
La bella flor, empero,
Ya esquivada y con orgullo,
Le dice así, guardada
Por sus inflexibles muros:
“Mi vida empieza apenas;
No quieras importuno
Robarme los aromas
En que mi gloria fundo.
Vuelve cuando la noche
Su manto tienda obscuro,
Y me hayan envidiado
Mil flores que desluzco.”
Favonio la obedece,
Y revolando al punto,
Con otras se consuela
De aquel desdén injusto.
Mas fiel, aunque ligero,
Apenas mira oculto
De ocaso entre celajes
Al luminar fecundo,
Batiendo el ala leve
Con gemidor susurro
Vuela a la rosa, y halla...
¡ya el vástago desnudo!
Con solo un soplo el cierzo,
Desolador y adusto,
La flor altiva y bella
Le arrebató sañudo.
Sus hojas, ya inodoras,
¿tuvieron por sepulcro

Las ondas cristalinas,
O el cenegal inmundado?
Decirlo no me es dado,
Favonio nada supo:
Que espinas halló solo
Por restos del capullo.

Al leer los dos poemas, vemos que la traductora ha imitado la sonoridad apelando a una rima de heptasílabos asonantados, para ofrecer esa ligereza juvenil, ese clima erótico de requiebro y juventud que ofrece en su poema Evariste de Parny, perteneciente a sus *Poèmes erotiques* (1778). Este libro recoge sus composiciones dedicadas a Eleonora, la joven novia de la isla de la Reunión con la que no le permitieron sus padres casarse, por considerarla inferior socialmente. Pero ha habido toda una historia de encuentros y aprendizajes eróticos que recoge en sus versos.

La traductora juega con el tema de la flor y el viento, amplifica la descripción y rebaja el modo directo con el que *zéphir* le ruega a la *rose* que le permita “enseñarle el placer” (*Il l’apperçoit, et du plaisir / Lui propose l’apprentissage*;). Es interesante la reescritura de Gertrudis, porque inscribe el poema en otro contexto. Ella se lo apropia en su condición de mujer y toma lo que quiere decir. Si elimina la información puntual por la que sabemos que se trata de un galán dieciochesco seduciendo a una niña de trece años, es posible que algo tenga que ver la inconveniencia que el tema le plantea en su medio, pero lo que selecciona y lo que expresa es al mismo tiempo atrevido en su momento. No hay mojigatería alguna en, a so capa de imitar a otro poeta, que es hombre por demás, manifestar la urgencia de amar a su debido tiempo, ya que la belleza y la juventud son efímeras. Es un gran tema clásico, pero al mismo tiempo actualizado por la ligereza y la gracia sensual que remata en la nota frustrante de la pérdida. El romanticismo con su manera de subjetivar la naturaleza, de acercarse a las emociones más profundas del ser humano se asoma en estas piezas musicales y cuidadas.

La afinidad de Tula con la sensibilidad criolla del Caballero de Parny se va a continuar con otras tres imitaciones: “Ley es amar”, “Epitafio” y “Significado de la palabra *Yo amé*”. Todas siguen este procedimiento de reescritura por el que la Avellaneda se apropia del poema que traduce. ■



Al partir

*¡Perla del mar! ¡Estrella de occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
la noche cubre con su opaco velo,
como cubre el dolor mi triste frente.*

*¡Voy a partir!... La chusma diligente,
para arrancarme del nativo suelo
las velas iza, y pronta a su desvelo
la brisa acude de tu zona ardiente.*

*¡Adiós!, ¡patria feliz, edén querido!
¡Doquier que el hado en su furor me impela,
tu dulce nombre halagará mi oído!*

*¡Adiós!... Ya cruje la turgente vela...
¡El anda se alza... El buque, estremecido,
las olas corta y silencioso vuela!*

Oración al Cristo del Calvario

*En esta tarde, Cristo del Calvario,
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero, al verte, mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.*

*¿Cómo quejarme de mis pies cansados,
cuando veo los tuyos destrozados?
¿Cómo mostrarte mis manos vacías,
cuando las tuyas están llenas de heridas?*

*¿Cómo explicarte a ti mi soledad,
cuando en la cruz alzado y solo estás?
¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando tienes rasgado el corazón?*

*Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mí todas mis dolencias.
El ímpetu del ruego que traía
se me ahoga en la boca pedigüeña.*

*Y sólo pido no pedirte nada,
estar aquí, junto a tu imagen muerta,
ir aprendiendo que el dolor es sólo
la llave santa de tu santa puerta.
Amén.*

Nicolás Guillén: síntesis de la cubanía*

ARMANDO HART DÁVALOS

Nicolás Guillén y su obra recorren el siglo XX con la marca indeleble de esa unión estrecha entre lo más genuino del arte nacional y lo más radicalmente cubano del ideal político y social que está en el sustrato mismo de nuestra cultura. Él concibió siempre el arte con un compromiso a favor del pueblo y postuló:

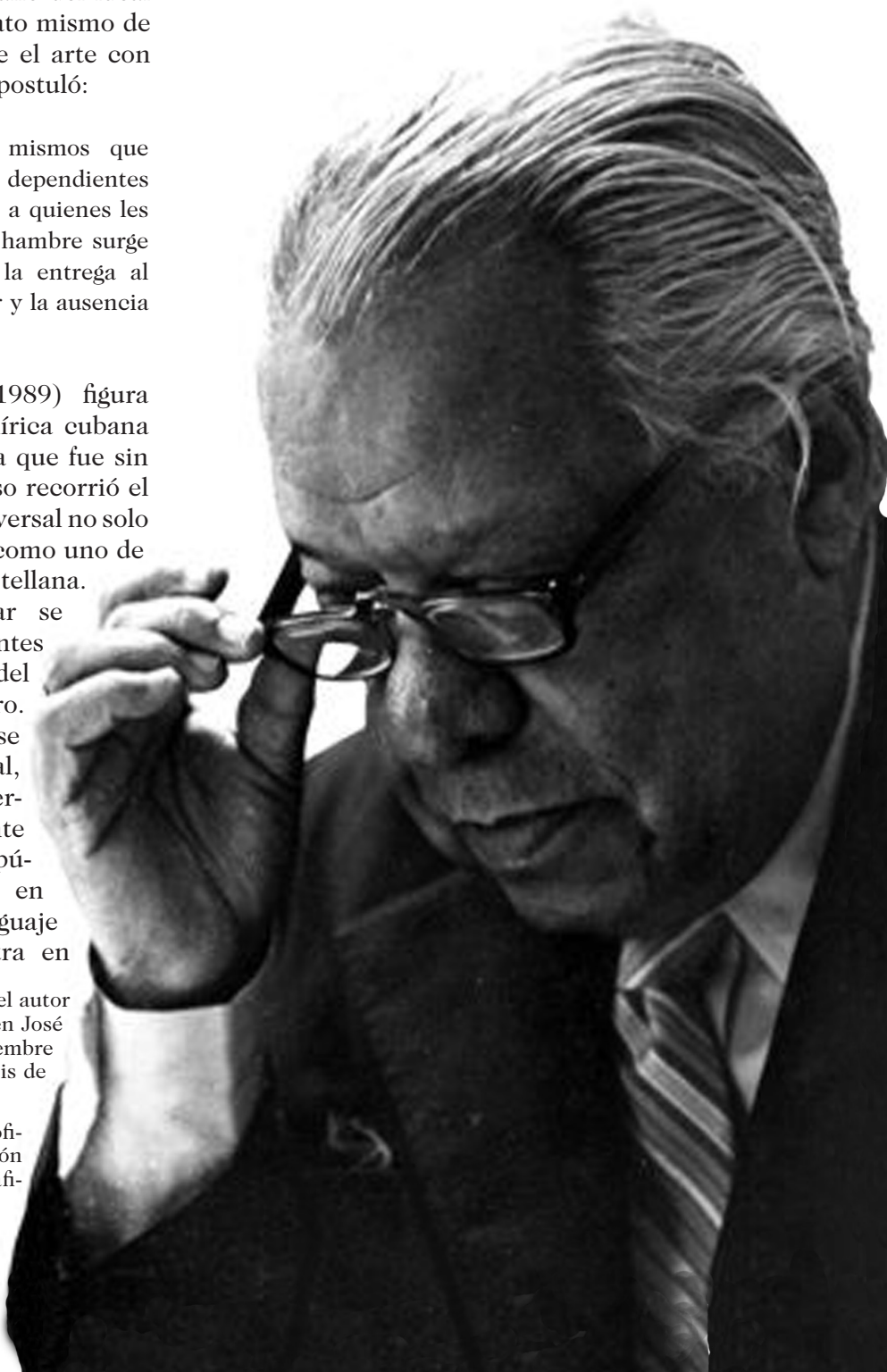
No existe la despolitización; los mismos que pretenden ser independientes viven dependientes de esa fingida independencia. Sirven a quienes les pagan y cuando el amo se retira, el hambre surge inevitablemente; y con el hambre la entrega al enemigo, la desaparición del carácter y la ausencia paulatina de la personalidad.¹

Nicolás Guillén Batista (1902-1989) figura como el más alto exponente de la lírica cubana con profundo contenido social, de la que fue sin duda uno de sus fundadores. Su verso recorrió el mundo y le abrió reconocimiento universal no solo como Poeta Nacional de Cuba, sino como uno de los más extraordinarios del habla castellana.

En su creación artística impar se sintetizan las dos grandes vertientes de nuestra identidad nacional: la del abuelo blanco y la del abuelo negro. Apenas dos meses después de haberse instaurado la República neocolonial, nació el poeta que hubo de convertirse en el más profundo y consecuente cantor del pueblo contra aquella República. Estos fueron años decisivos en la formación y búsqueda de un lenguaje propio. Una nueva generación entra en

* Versión de las palabras pronunciadas por el autor en la entrega a Nicolás Guillén de la Orden José Martí, Palacio de la Revolución, 7 de septiembre de 1981, y en los funerales en la Necrópolis de Colón, 18 de julio de 1989.

¹ Luz Elena Zabala Jaramillo y Manuel Cofiño López, *La literatura cubana*, Colección América Latina en su Literatura, Ed. Gráficas, Medellín, 1985.



escena rechazando la dominación neocolonial de Estados Unidos, reivindicando el ideario martiano y la República independiente frustrada en 1898, combatiendo la corrupción imperante y el régimen dictatorial de Gerardo Machado. Hizo al poeta testigo y partícipe del ascenso de la conciencia de las masas, elemento que iba a ser parte entrañable, de manera definitiva, de la rica sustancia de sus versos.

Fueron los años marcados por la extraordinaria personalidad del comunista cubano y latinoamericano Julio Antonio Mella; los años de la fundación de nuestro primer partido comunista, en 1925, al influjo de las ideas revolucionarias del Gran Octubre y con la fuerza del leninismo. Los años en que el poeta Rubén Martínez Villena se manifiesta dispuesto a romper, en dramático gesto, sus versos; se vuelca hacia la acción política y social, convirtiéndose en el más connotado organizador del movimiento comunista cubano de su momento histórico y en símbolo del enlace entre las vanguardias artísticas y las vanguardias políticas, hecho que alcanzó uno de sus más altos exponentes en la poesía de Nicolás Guillén.

En 1930, publica su poemario *Motivos de son*, seguido en 1931 por *Sóngoro cosongo*, constituyendo acontecimientos de honda significación social, tanto por sus elementos formales como por el mundo, el tema y los personajes puestos por el poeta a la vista de sus compatriotas. Ambos forman parte de su etapa llamada “negrista”, en la que la cuestión racial se coloca en primer plano reivindicando abiertamente la tesis del mestizaje del espíritu nacional.

Ese mestizaje racial y cultural, derivado de la composición y naturaleza real de la sociedad cubana, tenía profundos y dramáticos fundamentos económicos, y se proyectó objetivamente en el alumbramiento de la nación en 1868, estuvo presente en la mentalidad privilegiada y de refinada formación artística y ética de José Martí, encontró en los estudios etnográficos y sociológicos de Fernando Ortiz su comprensión científica, e irrumpe de manera definitiva con la poesía y la prosa de Nicolás Guillén en el mundo profundamente influyente y revelador del arte. Y lo hizo con una riqueza tal que alumbró la verdad que la madeja ideológica del neocolonialismo pretendió cínicamente ocultar: que el cubano descende de negros, blancos y mestizos, y que se ha producido

una síntesis cultural de significación universal.

Guillén, en su persona, era una síntesis de lo cubano, de ese cruce maravilloso que se dio no solo en nuestra patria, sino en lo que culturalmente llamamos Caribe. Apoyado en una vasta cultura, en un talento excepcional y en una amplia información que recogió y recreó, llevó el verso, que nacía puro en el fondo de la sensibilidad musical y política de nuestro pueblo, a todas las latitudes. Alcanzó así, y por esto, un valor universal.

En los inicios de la década del 30, el movimiento revolucionario alcanza su punto más alto con el derrocamiento de la tiranía machadista, seguido de la frustración que se produce por aquel nuevo fracaso de la lucha por alcanzar la República independiente. En 1934, publica *West Indies Ltd.*, y tres años más tarde *Cantos para soldados y sones para turistas*, en los que su visión se hace más radical y el problema racial se inserta en el contexto más amplio de la revolución social. Como ha señalado Ángel Augier:

Ya era esta una poesía que desde su firme raíz cubana y antillana alcanzaba dimensión continental; robusta voz que, afinada en el espíritu revolucionario de su pueblo, iba a lograr alcance universal con el poema del mismo año, “España”, surgido de la dramática lucha del pueblo español frente al fascismo.²

Guillén conocía a la perfección la obra y la técnica de los clásicos españoles y fue capaz, con esos elementos, de hacer una poesía con el modo de hablar de las víctimas de la discriminación racial y social. Las formas de su verso están, como queda dicho, impregnadas de la fuerza expresiva de nuestra musicalidad y cubanía. Forma y contenido profundamente cubanos adquirieron en su obra un valor universal. Mostró así que las fuentes más ricas y originales para la creación artística se encuentran en las raíces populares.

En 1937, marchó a la tierra del abuelo blanco para participar en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura y expresarle al pueblo español, amenazado por el fascismo, su disposición de morir por la libertad. En ese propio año ingresó en el Partido Comunista

² Ángel Augier: “Prólogo”, en Nicolás Guillén. *Las grandes elegías y otros poemas*, Biblioteca Ayacucho, t. 104, Caracas, 1984, p. XVIII.

y, en 1938, inició sus colaboraciones en el periódico *Hoy*, órgano del Partido Comunista. Desde su actividad como poeta y periodista mantuvo una posición militante en medio de las más difíciles contradicciones, de los más duros reveses y de los más amargos momentos políticos. Desde fines de 1945 hasta comienzos de 1948 realiza una gira por Venezuela, Colombia, Perú, Chile, Argentina, Uruguay y Brasil, en el curso de la cual publica, en 1947, en Buenos Aires, su obra *El son entero*. El 22 de enero de 1948 asesinan en Manzanillo, el líder de los trabajadores azucareros, Jesús Menéndez, y el filo de su poesía y de su militancia comunista dejan un ejemplo de imperecedero valor artístico y político en aquellos versos inmortales dedicados al General de las Cañas:

Fue largo el viaje y áspero el camino.
Creció un árbol con la sangre de mi herida.
Canta desde él un pájaro a la vida.
La mañana se anuncia con un trino.

Eran los años de la postguerra, de la más intensa guerra fría, cuando las mal llamadas sociedades democráticas manifestaban, con mayor rudeza y crueldad, los sigilos bestiales de la dictadura burguesa. Es entonces detenido y fichado por el Servicio de Inteligencia Militar (SIM). Pero eran también los años en que se formaba una nueva época, en oposición a la corrupción profunda de las costumbres públicas y al envilecimiento de la sociedad neocolonial cubana. Empezaba a surgir entonces una promoción de pinos nuevos que, rebeldes frente al crimen y al poder totalitario, abría caminos revolucionarios que solo podrían encontrarse con el genio de Fidel.



A partir de 1948 participa en numerosos Congresos y realiza visitas a diferentes países socialistas y de Europa Occidental, África y Asia, bien en su carácter de miembro del Consejo Mundial de la Paz, o para ofrecer conferencias y presentar su obra. Tras la corrompida democracia representativa de los años anteriores a 1952, tiene lugar el golpe de Estado de Batista, que da paso a la más criminal y sometida tiranía militar y lo fuerza a vivir como exiliado. El mañana que Guillén anunciaba como un trino apareció, con fuerza conmovedora e inusitada, en los heroicos hechos del Moncada.

Tras el triunfo del 1ro. de Enero regresa a Cuba y se integra plenamente a la obra revolucionaria. Fue fundador de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) en 1961, y su primer presidente.

Y así, la imaginación y el talento del poeta adquieren nuevas grandezas. En los años 60, el artista militante, en su plenitud y madurez, alcanza planos más altos con el aliento y la enseñanza de la Revolución triunfante. La obra transformadora de la Revolución victoriosa la reflejó en su libro *Tengo*, de 1964, que tomó como título uno de sus poemas más representativos. De esa época, 1964, es también *El gran zoo*, y al año siguiente publicó *Poemas de amor*. En 1972, publica *La rueda dentada* y *El diario que a diario* en los que profundiza el sentido revolucionario de su poesía. De 1977 es su libro *Por el mar de las Antillas anda un barco de papel*.

Pero llegó un día triste de 1967, y el cantor del General de las Cañas de 1948, elevó de nuevo su verso a las cumbres más altas para rendir tributo a *Che Comandante, amigo*. Y como el Guerrillero Heroico de la selva boliviana, su verso está también en todas partes:

Estás en todas partes. En el indio
hecho de sueño y cobre. Y en el negro
revuelto en espumosa muchedumbre,
y en el ser petrolero y salitrero,
y en el terrible desamparo de
la banana, y en la gran pampa de las pieles
y en el azúcar y en la sal y en los cafetos [...]

En su poesía, en su vida misma, encontramos esa fusión de patriotismo e internacionalismo en la que se manifestó su convicción de que algún día

nuestras comunidades de blancos, negros, chinos y mulatos, todos unidos, barrerían de un golpe la injusticia y la explotación, “como esos árboles urbanos que arrancan toda una acera con una sola raíz”.

Su vida ejemplar, de poeta y comunista, está llamada a perdurar, porque, como señaló el Apóstol, “los tiempos, como onda del aire que entre sí se comunican, extienden las glorias de los que se cobijaron bajo su sombra”.

En Guillén, encontramos el cantor genuino de la explotación del negro primero como esclavo y después como ser discriminado, de los males ocasionados por la dominación imperialista, de la necesidad de la revolución social y del heroísmo del pueblo en defensa de la Revolución. Extrajo del lenguaje y la música de los barracones de negros esclavos, y de los descendientes empobrecidos de los conquistadores y emigrantes españoles, la letra y el verso de la Revolución cubana, de aquella que nació el 10 de Octubre de 1868 y que hoy, con fuerza redoblada y experiencia superior; se eleva también a las cumbres del honor y de la gloria de la humanidad moderna. Por eso se ganó con justicia el apelativo de Poeta Nacional de Cuba, ostentó la condición de miembro del Comité Central de nuestro Partido y el 7 de septiembre de 1981 el compañero Fidel Castro, en ceremonia solemne, colocó en su pecho la Orden José Martí, la más alta distinción de nuestro Estado.

Sus versos memorables, después de su muerte ocurrida el 17 de julio de 1989, continúan iluminando hoy la noche americana. Y la iluminan con la fuerza invencible de la Revolución que nace desde lo hondo americano, la América que nació de las entrañas de Bolívar, que alcanzó dimensiones ideológicas superiores en el pensamiento y sentimientos de Martí, la América nuestra que con la Revolución de Fidel alumbró para el mundo caminos nuevos e insospechados.

Como señaló en el inmortal poema al Che Guevara, para un comunista verdadero “no hay descanso”, pero quedan en el aire, con fuerza redoblada y para siempre, sus versos, la belleza de su poesía y la enseñanza imperecedera de haber alzado el habla del esclavo y del pobre de la tierra a lo más alto, a lo más elevado de la literatura universal. ■

Canción

*¡De qué callada manera
se me adentra usted sonriendo,
como si fuera la primavera !
¡Yo, muriendo!*

*Y de qué modo sutil
me derramo en la camisa
todas las flores de abril*

*¿Quién le dijo que yo era
risa siempre, nunca llanto,
como si fuera
la primavera?
¡No soy tanto!*

*En cambio, ¡Qué espiritual
que usted me brinde una rosa
de su rosal principal!*

*De que callada manera
se me adentra usted sonriendo,
como si fuera la primavera
¡Yo, muriendo!*

Motivo de Son

*Ayé me dijeron negro
pa que me fajara yo:
peroe que me lo desía
era un negro como yo.*

*Tan blanco como te ve
y tu abuela sé quién é.
¡Sácala de la cosina:
Mamá Iné!*

*Mamá Iné, tú bien lo sabe;
Mamá Iné, Yo bien lo sé;
Mamá Iné, te dise nioto,
¡Mamá Iné!*

El *sino fatídico*, la nota en la vida de Fidelio Ponce

YUDARKIS VELOZ SARDUY



“La posteridad tiene los ojos muy bellos, muy bellos; muy verdes, muy verdes, pero muy chiquitos, muy chiquitos. Son muy pocos los que caben en ellos”.
Fidelio Ponce de León

Ansioso de pasar a la posteridad –como le confesara varias veces a su amigo Guy Pérez Cisneros¹ tildado de mitómano, arquetipo del artista bohemio, de lengua cáustica y concepciones profundísimas, aparece Fidelio Ponce de León en la historia del arte cubano como la figura

¹ Guy Pérez Cisneros, “Pensamientos de Fidelio Ponce de León sobre el arte”, en: revista *Cúpulas*, no. 13, marzo de 2012, Instituto Superior de Arte, La Habana, Cuba.

más emblemática, iconoclasta y distintiva de las vanguardias artísticas.

Se decía, como de otros contemporáneos suyos, que en sus cuadros supo traducir el sufrimiento y la desesperanza de un país en decadencia, sin embargo, esta afirmación le quedó siempre demasiado estrecha. Sospechaba ya yo, desde las primeras reproducciones suyas descubiertas en clases, que esa desgarradora figuración podía aludir al entorno, incluso a su relación con él, pero había más, mucho más, esa exploración sobremanera expresiva apuntaba a otros matices.

No fue hasta que observé algunos de sus originales que retorné a mis primeras conjeturas de estudiante y resolví mis dudas. La pupila no pudo dilatarse más cuando tuve frente a mí uno de los rostros de Cristo que pintara Fidelio en 1936 y recordé el texto publicado por Martí en el periódico *La Nación*, de Buenos Aires, acerca del Cristo del pintor húngaro Mihály Munkácsy:

Ese es su Cristo [...] es preciso, para entender a Jesús, haber venido al mundo en pesebre oscuro, con el espíritu limpio y piadoso, y palpado en la vida la escasez del amor [...] y amasado el pan entre el silencio y la ofensa de los hombres.²

Ese era el asunto, la verdadera distinción de Ponce radicaba en su yo interno, en esa alma atormentada que lo asía a ella y construía su propia realidad.

Más oscuro que el pesebre de Fidelio habían sido pocos. Huérfano de madre desde los ocho años él, en aquel entonces, Alfredo Fuentes Pons se apartaba de su padre, responsable de las crónicas religiosas en la prensa local, y pasaba a vivir con sus tías, solteronas de firme religiosidad y vida introspectiva, quienes, al inscribirlo en las Escuelas Pías revelaban sin saberlo ese futuro de carencias de todo tipo de propiedades o bienes, que marcó la vida de este hombre.

Limpio y piadoso su espíritu cuando a los 17 años se enfrenta a *Triste jornada*, lienzo del español Antonio José Rodríguez Morey, y decide hacerse pintor. La irremediable despedida de unos campesinos a su hijo muerto no podía calar menos en la sensibilidad de este muchacho que había

² José Martí, “El Cristo de Munkacsy”, en: *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 15, p. 343.



La Sobrinita (1946)
Oleo / cavas

crecido en la pérdida, el intimismo y la introspección. A los 21 años, con el apoyo de Rodríguez Morey, Alfredo Fuentes abandona Camagüey para ingresar en la Escuela de Pintura de San Alejandro, en La Habana.

Habiendo palpado ya en la vida la escasez del amor, Alfredo Fuentes Pons se encuentra una Habana que lo engulle y lo devuelve –violenta y espasmódica– a una vida nómada, solitaria y huraña después de haberse dado cuenta de que en San Alejandro no encontraría nunca su expresión. Sediento de un arte nuevo, aniquilador de todo atisbo de mojigatería y apego pernicioso a la naturaleza, Fuentes Pons se lanza a una búsqueda personal acudiendo al cigarro y el alcohol como formas de paliar la soledad.

Comienza a pintar tirado sobre el lienzo, sin caballete, con los dedos, las palmas de la mano, el cabo del pincel, “yo creo que hasta con los codos aquel hombre pintaba”,³ dijo alguna vez el doctor Alfredo Antonetti, médico y amigo suyo. Algunos lo recuerdan plasmando sus luces mediante la

³ Juan Sánchez, *Fidelio Ponce*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1985, p. 86.

frotación de una de sus medias sobre la pintura fresca, aún sin secar. Y es conocido también cómo dialogaba con su obra, maldecía, se burlaba.

Otras evidencias del gesto del artista se comprueban, sin dudas, en su cambio de nombre, la fábula tejida alrededor de su sombrero, su firmar PLC (Por La Comida) los cuadros que cambiaba, como en efecto, por comida o medicamentos, las mil ocurrencias y relatos fantásticos de los cuales sus amigos más cercanos hablaron hasta el cansancio, así como todas las frases y testimonios que fue dejando escritos “siempre bellamente caligráficos en costosas y amplias hojas de papel de dibujo”.⁴

Si bien para Juan Sánchez, su biógrafo, Fidelio y Ponce parecen haber sido una variante fonética de los originales Fuentes y Pons, respectivamente, otros comentan que Fidelio se debió al nombre de la única ópera musicalizada por Beethoven. Gesto denotativo de su predilección por la música, capaz de desatarle, según quienes lo conocieron, elevados y diversos estados de ánimo. En cuanto a De León, se cree una posible referencia a su personalidad de fiera aislada e independiente, más cuando él mismo solía referir que para andar en rebaño estaban las ovejas y los leones iban en solitario. De soñador y enamorado de la posteridad vendría lo de Henner, pues lo tomó de Jean-Jacques Henner, un pintor francés de origen muy humilde, a quien le atribuía el parentesco de abuelo suyo.⁵ Otra de sus fabulaciones.

Se decía que era muy feo, que andaba mal vestido, que a veces era intratable, pero que hablaba con tal tino y elocuencia que cuando enamoraba a una mujer, ninguna podía negársele. “Hortensia, ¿tan feo me adentro en tu bella pupila?”, escribió en la dedicatoria que le hiciera a la señora Hortensia Lluch de Berg, de un autorretrato suyo a lápiz.⁶ El gran sombrero que llevaba siempre disimulaba quizá la prominencia de su nariz, pero no caben dudas acerca de cuánto reforzaba esa imagen de leyenda que él mismo había estado construyendo en el afán de maquillar una realidad personalmente inaceptable.

Otras formas de maquillaje pueden verse en sus invenciones referentes a viajes a Europa, a relaciones con lo más alto de la vanguardia artís-

tica europea. Hablaba de la obra de cada uno de aquellos artistas con la pasión y la locuacidad de quien en verdad las hubiera visto en su contexto y al lado de su autor. La personalidad y el afán de Ponce por encontrar un discurso propio, lo llevaron a atender con fervor las vivencias de quienes sí vieron los originales, así como a estudiar sin medida cuanto libro de arte llegaba de Europa. Todo esto al tiempo en que, para suplir la necesidad de alimentarse, recorrió barrios suburbanos y ciudades cercanas donde trabajó como rotulista de compañías comerciales y diseñó –paradoja admirable– coloridos carteles cinematográficos.

Pero ¿por qué influyeron tanto sus características y ese *pan amasado entre el silencio y la ofensa de los hombres* en esa pintura suya tan llena del sentido de la muerte? ¿Por qué no solo la tristeza sino la intensión de dejarla ver desgarradora, asfixiante, terriblemente contagiosa? ¿Por qué esa paleta personalísima por la cual también lo cuestionaron?

No fue hasta 1934, a la edad de 39 años, que aparece Fidelio Ponce, de modo oficial, en la palestra artística. Había dejado de beber por algún tiempo y realizó su primera exposición personal en El Lyceum de La Habana. Dentro del conjunto de obras destacan *Dos Mujeres* y *La familia está de duelo*. La fuerza expresiva, la temática doliente, angustiosa, y la técnica impresionante de estas piezas confunden al espectador, lo conmueven, lo raptan a un mundo onírico, alejado del contexto colorido y tropical al cual se estaba entregando la plástica cubana y caribeña de la época.

Es la bruma lo distintivo en Fidelio, la palidez, sus figuras descarnadas y exangües, la integración formal entre la sinuosidad de unas líneas que luego fueron desapareciendo y la simplificación con que consiguió sus proporciones alargadas. Ponce reconoce: “En mis primeros tiempos de evolución hice figuras alargadas, como lo hicieron también el Greco y Modigliani, pero este último se inspiraba fuertemente en el arte negro, mientras que yo, para crear, miro hacia mi mundo interior, donde encuentro las formas y gamas que necesito para la plasmación de mis cuadros. Si alguna vez mis pinturas se han asemejado a otras –que no lo creo– es pura coincidencia, porque siempre he tratado de ser Ponce y no un simple satélite”.⁷

⁴ El crítico Guy Pérez Cisneros compiló y reconoció estos escritos como el legado que hubiera querido dejar el artista para una futura interpretación de su obra.

⁵ Juan Sánchez, ob. cit., p. 76.

⁶ Guy Pérez Cisneros, ob. cit., p. 59.

⁷ Loló de la Torriente, *Estudio de las artes plásticas en Cuba*, La Habana, 1954, p. 169.



Figuras (1934)
Oleo / cavas

Mundo interior, el mundo interior de un hombre aferrado a su arte como única forma anuladora de la fabulación a través de la cual parecía querer salvarse, único modo terrible de promover la honestidad con él mismo, con ese yo sediento de sobreponerse al latigazo de la realidad, devolviéndoselo ferozmente a través de los lienzos, maderas, cartones y paredes que utilizó para pintar. Y es que un hombre con tanto dolor, monstruos, complejos, carencias de afecto, no podía menos que escoger sus inquietudes, sus miedos, sus cuestionamientos como único modo coherente y genuino de expresión. Afuera brillaba un sol deslumbrador del pincel de otros artistas, pero Fidelio asumió la valentía de permitirse sacar de lo más ígneo, la intensa lluvia espectral que lo asediaba.

Por eso su vasta galería de niños, beatas, mujeres tristes, frailes, tuberculosas, paisajes y saltimbanquis envueltos en una niebla de nácar y ópalo, por eso su obsesión por el “blanquiglaucos” conseguido en sus piezas como puntos de fuga exaltantes de la magnificencia de sus ocre, sus sienas, sus verdes, sus sepías, sus azules agrisados. Porque el artista no solo sintió el deber de ser leal a su alma abatida, también supo expresarla y sacarla a la luz, con ese tan personal estilo que sin dudas no era traducir el

sufrimiento y la desesperanza de un país en decadencia lo que más buscaba.

Reprochando a sus compañeros de generación el abandono de la belleza, la hondura y el alma enorme del mundo interior, “Ponce tendrá siempre el honor de haber entonado su propia canción”,⁸ y de haberlo hecho no solo como ese acto catártico imprescindible a cuyo amparo pudo sobrevivir, sino como una ideología, una militancia severa en ese otro partido: el componente espiritual del hombre. Ese según el cual la tradición cristiana en la que creció, es el aspecto unificador del ser humano como individuo, pues lo hace capaz de instintos, sentimientos, emociones, pensamientos y decisiones libres, así como de volver sobre sí mismo en la búsqueda de la autoconciencia.

Al final de su vida Fidelio se enfrenta a la tuberculosis vaticinada de algún modo en uno de sus cuadros, bajo ese *sino fatídico* del cual Pérez Cisneros afirmara: “lo obligaba a sacar de su entraña ese mundo inmenso y completo”.⁹ “En mi vida marché por una negra calleja, llena en su totalidad de una obscuridad triste y fría, la senda a seguir es larga y solo es nimbada a intervalos por una débil y extraña claridad de luna, esa luna rara de mi temperamento y de mi arte que nace como un astro extraño en mi corazón”,¹⁰ escribió en una de sus notas.

Claridad de luna que lo llevaría ante los *muy bellos, muy verdes y muy pequeños* ojos con los cuales, atenta, pausada y detenidamente, lo deberá seguir mirando la posteridad. Fidelio Ponce no fue solo un artista de técnica impresionante y resultados distintivos –aunque también y mucho–, fue el más sincero artífice de una sensibilidad abrumadora. Ningún *sino fatídico* se hubiera convertido en la poesía revelada en su obra si no hubiera acudido al alma como motivo recurrente de expresión. No por gusto el hombre llamó “alma” a esa pieza de madera que puesta dentro de un instrumento de cuerda, mejora la resonancia. ■

⁸ Así lo dijo Pierre Loeb, crítico de arte francés muy apegado a la obra de Picasso, en: Juan Sánchez, ob. cit., p. 45.

⁹ Guy Pérez Cisneros, “El mundo sumergido de Ponce”, *Grafos*, no. 10, La Habana, febrero-marzo de 1944, pp. 20-21, en: *Las estrategias de un crítico. Antología de la crítica de Guy Pérez Cisneros*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2000, p. 174.

¹⁰ Guy Pérez Cisneros, “Pensamientos de Fidelio Ponce de León sobre el arte”, en: revista *Cúpulas* no. 13, marzo de 2012, Instituto Superior de Arte, La Habana, Cuba, p. 59.



CAMAGÜEY, MEDIO MILENIO DE CULTURA

LUIS ÁLVAREZ ÁLVAREZ

La villa de Santa María del Puerto del Príncipe arriba a sus quinientos años. Más antigua que Ciudad México y que Buenos Aires, que Lima y que Río de Janeiro, que Nueva York y que San Francisco, la ciudad de Camagüey no solo es una de las más antiguas de todo el Hemisferio Occidental, sino que, en el contexto cubano, es portadora de una historia y una tradición que la convierten en uno de los focos generadores de la cultura cubana.

En Puerto Príncipe se escribió la primera obra —se considera que su escritura puede ubicarse en los primeros años del siglo xvii— de la literatura cubana, *Espejo de paciencia*, de Silvestre de Balboa Troya y Quesada, estudiada a fondo por diversos investigadores, en particular el desta-

cado ensayista Enrique Saíenz.¹ Se ha considerado recientemente la posibilidad de que haya un poema anterior, sobre la conquista de la región hoy norteamericana de la Florida por Ponce de León, sobre lo cual ha escrito el investigador español Ángel Esteban. No obstante, ese poema no tiene realmente un ambiente cubano, mientras que el texto de Silvestre de Balboa se desarrolla íntegramente en nuestra isla, sin contar que su poema narrativo está precedido por sonetos laudatorios de otros españoles radicados en Puerto Príncipe, lo cual permite pensar en la existencia en la villa de una verdadera tertulia literaria, semejante a las

¹ Véase Enrique Saíenz: *Silvestre de Balboa y la literatura cubana*, Editorial Letras Cubanas, 1982, libro que estableció sin lugar a dudas la autenticidad de esta obra.

que posiblemente Silvestre de Balboa frecuentó en su juventud en Islas Canarias. De modo que podemos seguir considerando a Camagüey como la *cuna de la literatura cubana*.

El poblado original se fundó al parecer en un lugar costero, Punta de Güincho, cercano a la actual Nuevitas. Pero los piratas y corsarios acosaron la villa recién fundada y los pobladores se decidieron a internarse en tierra y reubicar Puerto Príncipe en un lugar alejado de la costa. Pero los piratas incluso allí continuaron con sus correrías. A esto se debe, al parecer, nada menos que el trazado urbanístico peculiar del centro histórico de la actual Camagüey. En efecto, mientras lo más común en el enorme conjunto del imperio colonial español, era que las ciudades tuvieran un trazado muy simétrico, parecido al de un tablero de damas o de ajedrez, Puerto Príncipe se caracterizó en seguida por un trazado diferente, que los arquitectos llaman medieval o “de plato roto”, pues se parece a lo que ocurre cuando se deja caer un plato llano al piso: se fragmenta en un zigzag de piezas como un rompecabezas. Aparentemente, esa estructura un poco laberíntica –la calle de los Pobres parece una serpiente que se enrosca alrededor de una parte del centro histórico, aquí y allá hay plazuelas en las que desembocan calles numerosas–, fue una manera de defenderse de los piratas, quienes, al adentrarse en una ciudad desconocida, naturalmente no podían moverse con facilidad, lo cual los dejaba a merced de los vecinos. Tanto marcó a Puerto Príncipe la necesidad de defenderse, que en las afueras de la ciudad, mirando en dirección a la lejana costa norte, parece haberse levantado un mirador para un vigía, que desde allí, gracias a un terreno de sabanas, podía visualizar desde lejos si se acercaba algún grupo de extraños. De aquí el nombre actual del reparto La Vigía.

Desde muy temprano, la ciudad y su región orientaron su actividad económica hacia la ganadería y sus productos derivados. De modo que el camagüeyano fue, desde sus inicios, jinete y vaquero. Ello tuvo consecuencias para la vida social y la cultura en la región. Ante todo, hubo una esclavitud relativamente menos numerosa que en las regiones eminentemente dedicadas a la fabricación de azúcar, actividad que también existió en la región principieña, pero fue menos importante que la cría de ganado vacuno y caballar. Eso estableció,

por mucho tiempo, un hábito cultural: las ferias ganaderas, rodeos incluidos, que tenían el doble carácter de actividad económica –exhibir cabezas de ganado de excelencia– y cultural. Ello propició que el famoso San Juan camagüeyano incluyera siempre, hasta mediados del siglo XIX, desfiles a caballo por las arterias principales de la villa. Esa economía ganadera determinó otros rasgos de la sociedad principieña. Por ejemplo, la tendencia a la familia endogámica –con abundantes matrimonios entre primos–, porque eso era un recurso para no dividir las fincas, que, para poder rendir en la cría de ganado, debían mantenerse siendo muy extensas, como requiere el pastoreo. Esta realidad económica influyó poderosamente en una organización patriarcal de la familia, centrada en las tradiciones, cuya conservación dio lugar a que se hable hoy del “Camagüey legendario”, lo cual no quiere decir que la ciudad pertenezca a la leyenda, sino que siempre generó muchas narraciones que se consideraron leyendas, pero que, en muchos casos, no lo eran sino historia viva de la región, como el caso de la historia de Dolores Rondón, personaje real de una muchacha mestiza, a quien un enamorado desdeñado, un modesto barbero, terminó por acoger cuando, viuda de un capitán español, empobrecida y moribunda, vino a morir en Camagüey. El enamorado la cuidó hasta su fin y escribió su epitafio, que todavía puede verse en un pequeño obelisco en la necrópolis de la ciudad. Esa historia fue retomada por el gran escritor camagüeyano Severo Sarduy, para quien fue una especie de emblema de su ciudad natal.

La gestación de la primera obra literaria de ambiente cubano no dejó secuelas, al menos que hayan podido ser conversadas. En el siglo XVIII, con la excepción de algún que otro texto literario, como *El príncipe jardinero o fingido floridano*, de Pita, se caracterizó sobre todo por el cultivo de la oratoria, ya fuera de carácter religioso, ya fuera de carácter civil. Consta que uno de los oradores destacados de la isla en ese siglo, denominado *Pico de oro*, fue el presbítero Montes de Oca, párroco en Puerto Príncipe.²

Ese siglo XVIII hizo decir al destacado historiador cubano Manuel Moreno Fraginals, en su obra mayor, *El ingenio*, que Camagüey era un enigma para la historiografía cubana. Esa afirma-

² Véase Enrique Saínz, *La literatura cubana de 1700 a 1790*, Editorial Letras Cubanas, 1983, p. 181.

ción era, a la aparición de *El ingenio*, muy cierta. Piensen los lectores que en ese siglo, se construyeron, casi a la vez, una serie de edificaciones de gran porte arquitectónico, entre ellas, la iglesia convento de las Mercedes –situada en la Plaza de los Trabajadores– y el hospital de San Juan de Dios –en la plaza de su mismo nombre–. Estas edificaciones en verdad imponentes para la arquitectura colonial de la época, ¿cómo fueron financiadas? Obviamente, no por el gobierno colonial. Entonces, ¿qué amplitud tenía el poder adquisitivo de los terratenientes principieños? En ese mismo siglo se iniciaron las gestiones para construir el cementerio de la ciudad, que hoy es el más antiguo todavía en uso de todo el país, y que alberga diversas muestras de lo mejor de la arquitectura de la ciudad en los siglos XIX y XX.

Ahora bien, sería en el siglo XIX cuando todas las potencialidades expresivas de los principieños alcanzaron su primera expansión. Esto no es ajeno al desarrollo económico de la región. En la primera mitad de la centuria, se construye el ferrocarril Puerto Príncipe-Nuevititas, segundo del país y uno de los primeros de toda América Latina. El puerto, así conectado con la capital de la región, tuvo consecuencias notables. La economía de la región empezó a conectarse de forma directa –cueros, carnes saladas– con otras regiones. Recuérdese que en el siglo XIX no había ni un buen camino, ni mucho menos un tren que conectase Puerto Príncipe con La Habana. Si el ganado podía ser arreado por tierra, todo otro comercio se hacía muy difícil. Pronto empezó a haber un comercio marítimo entre la capital de la isla y Puerto Príncipe, a través de Nuevititas. Ahora bien, también empezaron a tenderse líneas navales entre este puerto y los de Nueva York y Boston, así como el de Burdeos, en Francia. Esto empezó a poner a la ciudad al día de lo que ocurría en las zonas más desarrolladas de la cultura euro-occidental en aquella época.

Pronto, una familia francesa, los Peyrellade, se instaló en Puerto Príncipe. Terminaron por crear una revista de literatura francesa traducida al español, de manera que Alejandro Dumas podía publicar una novela en París, y esta ser traducida en Camagüey unos tres meses después. Se generaron dos tipos de instituciones de enorme trascendencia cultural: el teatro y las sociedades de instrucción y recreo. La afición principieña por el

teatro fue de un determinado relieve. Una camagüeyana, Eloísa Agüero, se inició aquí como actriz aficionada, y terminó como actriz profesional, primero en La Habana, y luego en Ciudad México, donde actuó con tanto éxito, que el más diestro crítico teatral que había en esa ciudad, impulsor de un teatro nacional en Hispanoamérica, llamado José Martí, no solo escribió muy elogiosamente de su desempeño artístico, sino que sostuvo con ella una relación pasional de la cual son testimonio las cartas de la actriz al joven Martí; fue un vínculo sentimental obstaculizado por ser ella casada y separada de su marido, en una época en que el divorcio no existía ni en México ni en Cuba. Es elocuente el siguiente pasaje de una epístola de Eloísa a Martí:

Dime, ¿a dónde nos conduce nuestro delirio? ¿No sabes que ya no sé, no quiero saber, negarte cuanto es natural en el amor? ¿Y no sabes tú, bien mío, ilusión bellísima, realidad hermosa de mis ensueños, no sabes que yo hoy no debo entregarme a este amor, pues un deber sagrado me lo impide?³

³ Luis García Pascual, *Destinatario José Martí*, Editora Abril, La Habana, 2005, p. 19.



Parque Ignacio Agramonte

Puerto Príncipe, como ha demostrado el investigador Manuel Villabella en su ensayo *Costal al hombro*, dispuso muy temprano de espacios para el arte dramático, y en ellos se realizaron incontables funciones.

Muchos fueron los poetas principeños del siglo XIX que dieron a la luz sus poemas en las numerosas y sucesivas publicaciones de la ciudad, entre ellas *El Fanal*.

La Avellaneda, cuyo bicentenario se conmemora al mismo tiempo que el medio milenio de la villa, es uno de los más significativos productos de la cultura principeña. Poco puede decirse que no sea ampliamente conocido en Cuba y en otras partes del mundo. Posiblemente fue la escritora en idioma castellano más destacada de todo el siglo XIX. Escribió narrativa, poesía, teatro, libros de viaje: nada estuvo ajeno a su creatividad. Pero sobre todo dio testimonio de cómo la mujer valía tanto como el hombre. Le negaron, por su sexo, la entrada que merecía en la Real Academia Española. Por cierto que en su bicentenario, hay en España grupos de intelectuales que están presionando para que se le otorgue esa condición de miembro de la RAE póstumamente, como reparación por la injusticia cometida en el siglo XIX. Se logre o no, no importa: hay que decir que muchos de los miembros de la RAE que vetaron su ingreso, hoy son sombras desconocidas de las que nadie se acuerda. La Tula, en cambio, sigue siendo fuente de estudios, debates y, sobre todo, admiración. Nadie como ella en lengua española puso en alto la dignidad de la mujer.

No fue, empero, la única camagüeyana de rompe y rasga en el siglo XIX. Aurelia Castillo de González fue, sin duda posible, la periodista más destacada

del siglo XIX en Cuba.⁴ Como periodista, cubrió la famosa exposición de París sobre la cual Martí escribió en *La Edad de Oro* aunque en realidad no estuvo allí. Es curiosísimo que esta camagüeyana pudiera ofrecer verdaderos reportajes de los pabellones, así como de la significación política, económica y cultural de ese evento. Mujer muy culta, de posición acomodada, fue de los pocos amigos realmente cercanos de Julián del Casal. Mujer de probado patriotismo, escribió una muy fina biografía de Ignacio Agramonte, con cuya familia tenía lazos de gran amistad. No fue la única gran periodista camagüeyana. Como se sabe, el periodismo de altura en la ciudad se consolidó con Gaspar Betancourt Cisneros, que firmó sus crónicas con el seudónimo, hoy inmortal, de *El Lugareño*. Este periodista, amigo de las grandes inteligencias de la época en Cuba, como José Antonio Saco —a quien llamaba cariñosamente *Saquete*— y Domingo del Monte, al morir pidió ser enterrado en Camagüey. Su cadáver llegó por el tren de Nuevitas, que él contribuyó decisivamente a construir. A su llegada, lo esperaba un coche fúnebre, pero el pueblo no permitió ese transporte trivial, y lo llevaron en hombros hasta la Catedral de la ciudad. Allí fueron sus funerales, durante los cuales, un puñado de patriotas deslizaron en su féretro la bandera de independencia cubana. La tradición periodística fue importante en el siglo XIX: la marcaron grandes figuras como José de Armas y Adolfo Márquez-Sterling, sobre quien Martí escribió un hermoso discurso de homenaje.

La cultura en Puerto Príncipe, por tanto, fue esencial. Tanto, que cuando llegó la Guerra de

⁴ Véase el cuidadoso estudio de su obra en Olga García Yero, *Aurelia Castillo, la escritura a conciencia*, Editorial Ácana, Camagüey, 2002.





los Diez Años, algunas familias se fueron a la manigua mambisa con su piano. Y en la manigua hubo incluso una tertulia literaria, y un periódico mambí, que Ambrosio Fornet ha consignado en su informadísima obra *El libro en Cuba*.

Pocos saben hoy que en la primera mitad del siglo XIX, hubo que trasladar la Audiencia Primada de Indias de Santo Domingo a Cuba. Esa entidad jurídica fue la primera fundada por los españoles en América, en la ciudad de Santo Domingo. A principios del XIX, el gobierno colonial español, temeroso de la vecina república de Haití, decidió traer la Audiencia para nuestra isla. Y decidió, por medio a la ya entonces agitada vida política habanera, traerla para la que consideraban pacífica Puerto Príncipe. Esta Audiencia tenía incluso autoridad para anular determinado tipo de decisiones de los Capitanes Generales. Al ubicarla en Camagüey, ocurrió algo extraordinario. Los estudiantes de Derecho de la Universidad de La Habana, para poder licenciarse, tenían que venir —desde luego por mar— a Puerto Príncipe, para pasar su último curso haciendo lo que hoy llamaríamos prácticas pre-profesionales en la Audiencia de Puerto Príncipe. La ciudad, antes tan aislada, se llenó de casas de huéspedes. Aquí vinieron a terminar sus estudios algunos de los que serían los más eminentes intelectuales cubanos, por ejemplo, Antonio Bachiller y Morales, quien, andando el tiempo, recordaba que le asombró la forma de hablar de los príncipeños, que le recordaba el español castizo.

Hoy, luego de investigaciones realizadas por el Instituto de Literatura y Lingüística del CITMA, se sigue teniendo el criterio de que Camagüey es la zona donde se habla con mayor precisión el español en Cuba.

Otros fueron tenaces promotores del arte, como el mambí Emilio Agramonte Piña, que fundó la Escuela de Ópera de Nueva York. Sobre este otro Agramonte, menos conocido, Martí escribió su aforismo “Crear es pelear. Crear es vencer”, que sigue siendo una divisa para todo el país. Aquí nacieron periodistas capitales de Cuba, como Gaspar Betancourt Cisneros, *El Lugareño*, José de Armas, o Adolfo Márquez-Sterling, que dio nombre a la escuela de periodismo de la Universidad de La Habana. Martí no estuvo nunca en Puerto Príncipe, pero sus lazos con ella fueron muy fuertes, y no solamente afectivos por su esposa Carmen Zayas-Bazán, sino que en su obra pueden identificarse más de un centenar de camagüeyanos. Llegó incluso a anotar en sus cuadernos de apuntes, nada menos que la receta del pan-patato, de hecho, una de las poquísimas referencias del Maestro al arte culinario príncipeño:

Pan-patato: rallaban el boniato cocido, lo mezclaban con calabaza, o yuca, u otra vianda, o coco rallado; —y luego, le echaban miel de abejas, o azúcar, y manteca. Lo cocinaban en cacerolas de manteca rodeados de calor.⁵

Tantos fueron los nexos del Apóstol con Camagüey, que no se pueden comentar todos aquí. Remitimos al lector al libro *El Camagüey en Martí*, de los historiadores Luis Álvarez y Gustavo Sed. Allí puede verse que sus relaciones con la ciudad deben de haber comenzado desde muy temprano, incluso tal vez por evocaciones que le hiciese, siendo niño, la camagüeyana Mercedes Quintano, madre de Fermín Valdés-Domínguez Quintano, su amigo de la infancia y de la vida.

En Camagüey nació el destacado jurista José Calixto Bernal, amigo del joven Martí en su primer destierro en España. Bernal escribió un folleto en defensa de la aspiración independentista, titulado *Vindicación. Cuestión de Cuba*, que tal vez haya influido en su joven amigo para

⁵ José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 22, p. 214.

escribir años después su propio texto *Vindicación de Cuba*. Amigo suyo, y también de Martí, fue el novelista José Ramón de Betancourt. En Puerto Príncipe nació el historiador Fernando Figueredo, a veces erróneamente considerado bayamés. La voluntad de historiar se situó muy temprano en la ciudad, y ha tenido continuadores excelentes en el siglo xx, en particular el ya fallecido Gustavo Sed Nieves. Principeño fue, como es bien sabido, el filósofo Enrique José Varona, impulsor capital de la psicología cubana. Aquí nació, en el siglo xx, Ofelia García Cortiñas, figura inolvidable de los estudios lingüísticos en Cuba. Pues la ciudad fue igualmente procreadora de científicos de gran relieve: Carlos J. Finlay, pero también Arístides Agramonte Simoni, el primer médico cubano valorado para ser propuesto para el Premio Nobel de Medicina. Ellos sentaron un camino del cual,

decía ayer un criollo que viene de por allá, y sabe, por esta y otras raíces, que no todo es en Cuba papel sellado y mármol de escalera, hecho a que escriban en él y a que pisen en él, ¡sino tronco de árbol y mozos que pueden partir un rifle contra la rodilla.⁶

En esas palabras pueden resumirse los cinco siglos de historia y de cultura de Camagüey. El siglo xx de esa ciudad está marcado por hechos y nombres de alto calibre. Aquí se constituyó la Confederación Obrera de Cuba. Aquí nacieron Mariano Brull, Emilio Ballagás, Nicolás Guillén, el Poeta Nacional, Rolando Escardó –que promovió, a inicios de la Revolución la celebración del primer congreso de escritores y artistas realizado después de 1959, que fue el núcleo gestor de la UNEAC–. El teatro siguió vivo: Flora Díaz Parrado fue una muestra de ello. Después de 1959, aparece una serie de redes insti-



en las últimas décadas de la centuria pasada, no desmereció el recordado Dr. Orfilio Peláez.

La pintura, por su parte, ha dado nombres de gran relieve, como Fidelio Ponce de León, Flora Fong y Fabelo.

Se trata de una tradición enraizada ya desde el siglo xix. Nada resulta más gráfico, que la descripción que aparece en la obra de José Martí:

“¡Ese sí es pueblo, el Camagüey! El sábado vienen todos, como un florín, a la ciudad, al baile y al concierto, y a ver a sus novias; y hay música y canto, y es liceo el pueblo entero, y la ciudad como una capital: ¡el lunes, a caballo todo el mundo, con el lazo a las ancas, a hacer quesos!”. Así, admirado,

tucionales: varios centros de educación superior, el Ballet de Camagüey, una orquesta sinfónica: una cinemateca, primero, un Taller Nacional de Crítica Cinematográfica, después.

La herencia legada por los primeros padres es amplia y fuerte. Los camagüeyanos de hoy se empeñan en ser dignos de ellas. La conmemoración del medio milenio debe ser un examen de conciencia, un llamado a defender una idiosincrasia regional que, a la vez, es un componente inalienable de la cubanía. ■

⁶ José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 5, p. 408.

Acontecimientos

Dos perlas de Las Villas en su aniversario 500

GUILLERMO LUNA CASTRO
ISABEL CASTELLANOS HERNÁNDEZ

Casi al unísono nacieron dos villas en el mismo centro-sur de Cuba, cual real presentimiento del adelantado Diego Velázquez, cuando decidió, excepcionalmente, fundarlas separadas tan solo por unas pocas leguas, cuando lo acontecido hasta entonces y después distó en mucho de esa práctica. La Trinidad primero y

Sancti Spíritus después –dos nombres unidos evidentemente por el halo del cristianismo católico y, por ello, nada casuales– surgieron en aquel 1514 de leyenda y espíritu rebelde.

No por menor para el mundo conocido, –en ese año Europa reajustaba poderes de trascendental importancia y Nicolás Copérnico lanzaba su teoría

del sol como centro de un sistema que, más que físico, era un asunto de trascendencia política y religiosa— las dos perlas de Las Villas empezaban un camino de 500 años, que todavía continúa, sin que nadie tuviera la más mínima idea de cuán empedrado sería.

Tal parece que las dos fueron concebidas, desde la conveniencia económica —sempiterna base de todos los cambios— para que estuvieran unidas por el espíritu circunstancial de la época, aunque las “hermanas” en el transcurso de cinco siglos de historia, esa caprichosa que se engalana de mil vestiduras distintas y hasta camufladas, fueron casi siempre por senderos muy distintos y hasta contradictorios, según los más genuinos estudios.

La Trinidad, a la que posteriormente se le agregó el apellido de Santísima, puede ser asumida por la actual Cienfuegos, pues tuvo su raíz muy cerca de allí, aproximadamente en enero del referido año, antes que la trasladaran al lugar aproximado que ocupa hoy; teniendo como centro al puerto de Casilda; aunque en ello hay tanta especulación, como en lo que parece inconfundible, que fue la tercera villa fundada en Cuba, asunto en el que no vale la pena hurgar ahora; salvo para ratificar su valía fundacional.

Con respecto a Sancti Spiritus, la cuarta villa según dicta el consenso; sí puede asegurarse bastante que surgió durante la Pascua de Pentecostés y que pasó de la rivera del río Tuinucú en un punto en el que nadie se pone de acuerdo, a la del Yayabo, en 1522 según algunos que han querido aferrarse a detalles tan inciertos como la propia fecha de fundación y del famoso Sermón del Arrepentimiento dictado por Las Casas, pues a ciencia cierta nada hay de absoluto en ello; lo que no importa tanto, considerando lo verdaderamente incontestable: nació, como la anterior, para quedarse y hacerse de una vivencial fábula, que conmueve a todos los que la miran bien adentro y recorren sus nativos historiales que hoy se cuentan de mil maneras posibles.

Inmensa fue ella, tal cual el espíritu santo, que llegó a abarcar territorio tan extenso que bien pudieran muchos más ser los invitados para conmemorar sus cumpleaños tortuosos y felices, lo mismo un avileño que un matancero; sin que deba, por chovinismo complaciente y ramplón, causar resquemores en los que legítimamente se consideran naturales actuales de esta región.



Iglesia de Santi Spiritu



Quijotescas fueron una y otra casi desde un inicio, por no decir esenciales como fuentes nutricias de los grandiosos viajes exploratorios y de conquista de la América Central, pues aquí se abastecieron y prepararon los que las llevaron a cabo y hasta formaron parte de ellas muchos de los que se habían asentado hacía no mucho y que buscaron nuevos rumbos y riquezas con los que posteriormente se convirtieron en famosos “descubridores”.

También rebeldes desde el principio, por excelencia, lo que evidencia aquella rebelión de los comuneros, aquellos vecinos “espirituanos” que, aún llevando pocos años viviendo en estas tierras originales para la colonia, ya se enfrentaron al poder de Jorge Velázquez que, de alguna manera resultaba ajeno a los intereses propios, cuando el hombre quiso, por la fuerza, imponer un nuevo alcalde más propenso a él. Por ironías del caso aquella rebelión fue ahogada en sangre precisamente por Vasco Porcallo de Figueroa, con su expedición tremenda desde La Trinidad.

Cuando el oro y los indios –grupo social natural que era dueña por pertenencia del país– dos de los puntales del sistema que se había impuesto para levantar la primera colonia, habían desaparecido casi por completo, por la codicia de una conquista implacable –no nos llamemos a engaño– que implicaba la utilización de todos los métodos posibles para que de la tierra se extrajera la mayor cantidad de riquezas, quedando “interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana”;¹ quedó la tierra fértil, la ambición de unos pocos y la necesidad de permanencia y pertenencia de otros para recorrer un camino de cientos de años con mucha carga de dolor, goce y cambios sociales y económicos que harían imperecedera a estas tierras.

Las dos villas, siempre diferentes, llenas de propiedad única como las más lejanas, en competencia legítima y también desleal durante cientos de años, estuvieron exhaustas en muchas ocasiones, por no haber nadie en ella como sucedió después de los principales viajes de conquista de la América continental, o por su empobrecimiento económico casi absoluto que las empujaba a trasladarse de una a otra, principalmente del sur al norte espirituario; que en algún momento asumió casi a La Trinidad, en ese cachumbambé histórico

¹ José Martí Pérez, *Obras Completas*. t. 7, (CD-ROM), Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2001, p. 98.

de los contextos que las han caracterizado en uno u otro momento.

A pesar de ello y de todas las crisis particulares que una y otra tuvieron que enfrentar incluso para sobrevivir, distintos pobladores se enquistaban a esos terruños de manera definitiva, tal vez asumiendo un criollismo que durante siglos se iba a reconfigurar una y otra vez, en esa creciente armonía de tres grupos sociales: el negro africano, el aborígen cubano y los españoles, y otros tantos de diferentes pueblos y naciones como los chinos, franceses, norteamericanos y otros que fueron creando una base social indestructible.

Fue esa base la que fue echando raíces poco a poco, como en los grandes procesos, a pesar de todos los problemas y la insaciable emigración de muchos, por decisión propia u obligados, —que de todo eso hubo en estas tierras— pues las villas crecen y adquieren su personalidad propia, marcando las pautas necesarias de pueblo particular, que aunque no van a cristalizar sino en más de doscientos años de crecimiento y vivencia; si comienzan a construirse desde muy temprano



en el siglo XVI, con un ardor y una decisión de lucha que solo brinda la convicción de que se está defendiendo la propia existencia de una patria chica que ya se asume en toda medida.

En este sentido, desde esa época y ya de forma ininterrumpida durante cinco siglos, se impuso esa casta “superior” que define a los que no permiten que los avasallen ni le quiten impunemente lo que es auténticamente suyo, fruto de su trabajo y vida y cuya fuerza nace de la creencia de por ello vale la pena dar la vida, como lo revelan las muchas oportunidades en que los lugareños de estas villas se enfrentaron, desde entonces, a los corsarios y piratas que, como parte de potencias que no querían ser ajenas al nuevo pastel colonial y por las ambiciones naturales de hombres que veían un nuevo filón de riqueza en estas nuevas tierras conquistadas por ajenos iguales; ya se aprestaban a atacar y coger, a sangre y fuego, lo que criollos estaban levantando como casa propia.

Casos famosos hubo en toda la época en que se estaba construyendo de a poco, un pueblo y una nacionalidad, desde lo criollo fructífero de fuentes diversas; como las dos veces que los atacantes ocupan y destruyen el pequeño centro social de Sancti Spíritus, con lo que se llevan, tanto en 1585 como en 1665, todo lo que había de riqueza, incluso el famoso Gallo de Oro que formaba parte sustantiva de la incipiente tradición de una de las primeras Iglesias fundadas en Cuba, la Parroquial Mayor —que se erige hoy todavía, redentora y triunfante por encima de cicatrices y olvidos— además de sustraer o quemar toda la documentación valiosísima que acumulaba años de historia, lo que, a decir verdad, no solo era típico de esa época, sino de cualquiera donde los bárbaros con diferentes nombres e identidades conquisten mundos ajenos sólo para satisfacer su codicia.

Entretanto, también se cuentan por muchas las ocasiones en que los lugareños, prestos a defender lo propio —tal modelo característico se fue asentando desde entonces y para siempre en estas tierras, donde nobleza y carácter se han dado la mano— se enfrentaron y hasta hicieron huir a los atacantes para no permitirles más desmanes, como en agosto de 1667 cuando los milicianos de la región, dirigidos por el Aguacil Mayor Antonio Ramírez, pusieron a correr a los intrusos, a costa, incluso, de la vida del propio personaje, que quedó

como muestra de esos héroes de los que casi no se habla, pero que poco a poco fueron marcando el paso de otros tantos que vendrían para hacer más grande a estas tierras ennoblecedoras.

Se tuvo, por demás, la constatación propia de la famosa escena del “Maratón” griego, en aquel caso real donde Juan Noroña, vigilante de la zona de Tayabacoa, en 1719, detectó a los piratas y a todo galope dio aviso a los vecinos de la villa que ya crecida era importante para entonces, con lo que se pudo defender y hacer pagar bien caro esta última gran intrusión de los apátridas y defenestrados “extranjeros” en la tierra central de la villa; para al final morir el personaje defendiendo su terruño, cual émulo de aquel héroe que por colonialismo cultural ha quedado en la historia de manera más grande que éste ilustre desconocido, cuando hicieron exactamente lo mismo.

Las dejaron a las dos, junto a Remedios, totalmente fuera de la división que en 1607 separó a la Isla de Cuba en dos gobiernos administrativos, cuando ya estaban, como las demás, ajenas a los asuntos de la metrópoli de manera creciente y sobrevivían, a pesar de todas las dificultades, con el negocio lucrativo del Comercio de Rescate, llamado así, eufemísticamente durante más de doscientos años, a todo tipo de tráfico y comercio fuera del marco lícito de España, lo que hizo crecer a todas las villas y pueblos al interior de La Habana, demasiada ocupada ésta en la protección del mercado extraordinario de oro y plata de la América Latina. De allí lo de Las Villas, “excomulgadas” por olvido o necesidad de un burócrata de antaño.

Crecen y se hacen a sí mismas importantes, en un vaivén de muchos años, desde la expansión ganadera, del siglo XVI hasta el término del XVII, –que no comenzó en 1534 como plantean algunos, con la entrega de tierras que se documenta como la más antigua de Cuba, precisamente otorgada en la villa de Sancti Spíritus, sino muchísimo antes– que convierte a la misma en un poderoso cabildo, en tanto Trinidad, sin desembarazarse de esa rama, se adentra más prontamente en el cultivo de la caña de azúcar, sin demeritar el tabaco, lo que le reportó por muy buen tiempo desde el siglo XVIII pingües dividendos, aprovechando hasta la reexportación de azúcares de Santo Domingo y otras regiones.

Las dos villas, la del Espíritu Santo reduciéndose drásticamente durante todos esos años ante

la aparición y desarrollo de las regiones aledañas y La Trinidad manteniéndose más o menos igual en tamaño, aunque con más empuje que aquella ya en el siglo XIX, siempre fueron presas de la estructura económica, decadente, por naturaleza, del feudalismo español, esa rémora del español que “no nos crió para servirnos de nosotros mismos, sino para servirle”² que laceró sin remedio el avance que se alcanzaba en otros países de Europa, con la apertura al capitalismo y decayeron en esencia en víspera de las guerras liberadoras que sacudirían, durante treinta años, los contextos en que ambas se habían desenvuelto durante trescientos.

Ya para entonces, a la cultura “patria” del criollo trinitario pertenecía, además de lo relacionado a la caña de azúcar y el café, la alfarería, los tejidos a mano y con guano, que iban conformando puntales que hasta el día de hoy no solo tienen raíz popular, sino oportunidad para su sistema de comercio que tan buenas oportunidades le han brindado al populacho; en tanto Sancti Spíritus se erigía con sus ferias agropecuarias, sus tríos y tonadas y la perdurable yayabera, que por adaptación o robo comercial –porque muchos ni aducen ese origen de tan prestigiosa y famosa prenda– nace la guayabera, que triunfa a pesar de modas y modos en el mundo entero; regodeándose las dos villas, más en el campo que en la propia ciudad, con las danzas, los versos y las canciones populares de anchura genuinamente territorial.

A pesar de que todo este bagaje cultural, que formó parte de la base sobre la que se erigió la idiosincrasia de ambos pueblos, –incluido, por supuesto, las costumbres, formas de comunicarse, vestirse, comer, modos de expresión de la religiosidad y otros tantos aspectos que son esenciales en ese sustento de construcción de lo propio autóctono que hace fundar pueblos auténticos– hoy no sobreviva con igual preponderancia y honor; como sustento de lo que fueron y son los de estas tierras perladas y tal como marcas de comunidades que se siguen refundando mil veces; no se pueden manchar con el olvido o la desidia porque algunas hayan quedado detrás, moribundas, a la hora del resumen.

Las bases de las dos, en tanto integración a

² José Martí Pérez, *Obras completas*, t. 5, (CD-ROM) La Habana, Editorial Centro de Estudios Martianos, 2001, p. 260. Periódico *Patria*, NY, 2 de Julio de 1892; t. 5, de “El colegio de Tomás Estrada Palma en Central Valley”, p. 260.

la patria grande, van confluyendo en un proceso que también las engrandecen, dejando en todo momento los rastros necesarios para considerarla, si no vanguardias, sí portadoras de aquello que podría conformar lo mejor de la nación y seguir construyendo la nacionalidad imprescindible de lo cubano.

Si esa grandeza se midiera por el altruismo y la defensa de los intereses que ya iban siendo naturales de lo propio más grande que el terruño mínimo, podríamos recordar los 700 espirituanos que asistieron a los criollos de La Habana, ante el ataque de los ingleses en 1762; émulos de aquellos que muchos años antes habían rechazado a los que en nombre de aquella corona ya anhelaban la riqueza ajena, hasta las mil batallas desarrolladas en lo militar, político y social que los naturales de estos territorios desarrollaron para consolidar la historia de la patria grande y la nación que no tiene fronteras.

Hacer un recuento de toda la historia de lucha de los últimos ciento cincuenta años y de personajes que hasta hoy han sido excepcionales –mil veces más los que han engrandecido a la Patria, que los que la han echado a un lado por la ignominia de la que “la traición es guía”³ sería obra mayor y demasiado gigante para una síntesis. De hecho, ambos territorios han sido, por fuerza de las circunstancias en muchos momentos, escenarios de combates definitivos, donde el resultado final no dependía tanto de los naturales de aquí, sino de la actuación de protagonistas ajenos al territorio, los que se hicieron grandes o pequeños en su momento por ellos mismos, en tanto la región

³ José Martí, ob.cit., t. 8, p. 174, en: *Patria y Libertad*.

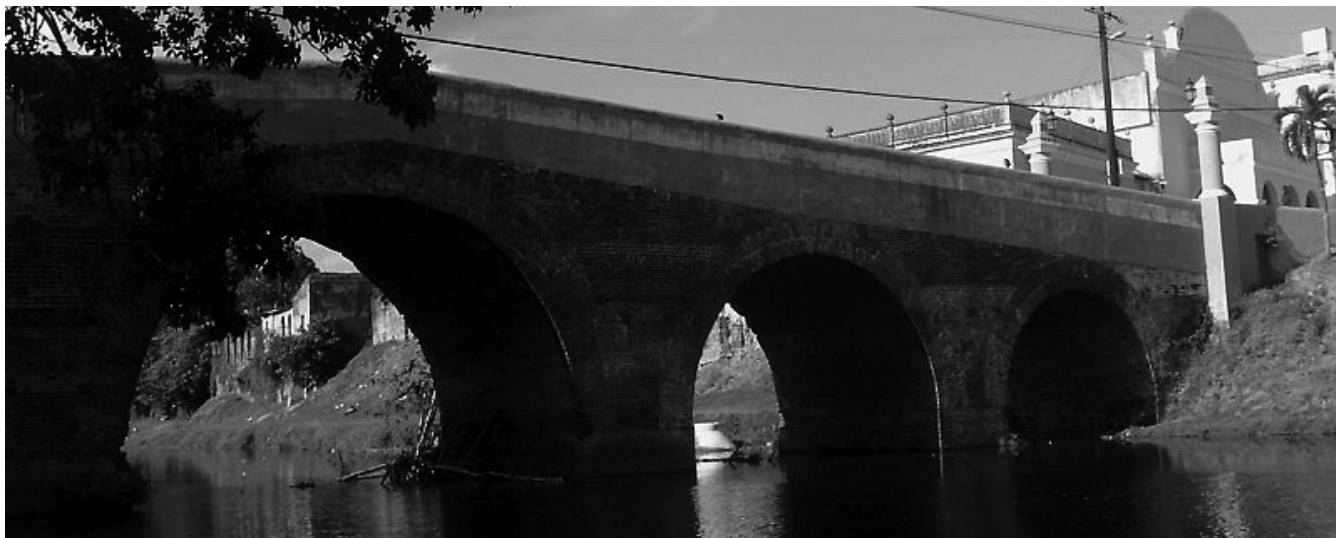
quedaba como ejemplar y triunfante escenario de cada epopeya, lo que se constituyó en base.

Esas bases, culturales, políticas y sociales fueron y siguen siendo el sustento de lo que son hoy esas perlas de Las Villas, pues aunque nunca encabezaron efectivamente la unidad política administrativa de todo ese vasto territorio que conformaron también, después, otros pueblos y ciudades; fueron su génesis y se mantienen incólumes hasta el presente; revistiendo las ciudades desde lo viejo nuevo para erigirse como monumentos nacionales y hasta Patrimonio de la Humanidad La Trinidad; lo que no tendría ningún valor si lo que se resguardaran fueran cascós inmundos de construcciones vacías; sin la vida enriquecedora que las hace vitales y las convierten en magníficos exponentes de lo trascendente.

La Trinidad vive con su historia a cuesta todos los días del presente, sin que por ello tenga el más mínimo derecho a marchitarla y Sancti Spíritus, más allá de La Iglesia Mayor o el puente Yayabo, que las simbolizan; es la historia viva de quinientos años de recorrido zigzagueante, pero indudablemente particular dentro de lo general.

La historia real de ambas, la que no debe ser “cera que se amolda a nuestras manos caprichosas”,⁴ está por escribirse, porque en quinientos años las dos villas supieron hacerse de un lugar que no puede ni debe ser soslayado por nada ni por nadie, para convertirse en las perlas que hoy mismo todos los cultores de las patrias chicas que conforman núcleos de la grande, deben rendirle la debida pleitesía. ■

⁴ José Martí, ob.cit., t. 21, p. 120, en: *Cuadernos de apuntes*.



Puente del Río Yayabo



El humanismo del siglo XVI y el pensamiento filosófico cubano

VILDA RODRÍGUEZ MÉNDEZ

La tesis fundamental que se sostiene en estas páginas es que la formación del pensamiento cubano tiene una deuda no saldada aún por la historiografía con el humanismo cristiano del siglo XVI, particularmente con Juan Luis Vives, el movimiento español denominado *novator* y el primer grupo de la Ilustración Española, encabezado por Gregorio Mayans y Siscar.

Ese humanismo, también denominado nórdico, transitaliano o transalpino, es el que tiene su epicentro en los Países Bajos en el siglo XVI alrededor de la figura de Erasmo de Róterdam, y en el cual se inscriben con el más alto relieve nombres como los de Guillermo Budé, Felipe Melanchton, Tomás Moro y Juan Luis Vives. Se interpreta como un fenómeno cuyo contenido es más cultural que

geográfico, pues tanto en su génesis como en toda su trayectoria hay una relación muy estrecha entre los diferentes pensadores considerados como tales y lo que entonces eran los Países Bajos, y aunque tiene, por supuesto, fuentes comunes con el humanismo italiano, sus trasfondos históricos son diferentes.

La figura más prominente de ese movimiento, después de Erasmo, fue Juan Luis Vives (1492/93-1540). Nacido en Valencia, España, se movió por Francia e Inglaterra hasta radicarse en la ciudad de Brujas; gozó de fama en su época y fue objeto de amplia lectura por parte de sus contemporáneos.

En España su obra, al igual que la del resto de los humanistas a excepción de Erasmo, no encontró las condiciones propicias para su divulgación durante el siglo XVI, aunque tuvo acogida entre los jesuitas. En la década del cuarenta del siglo XVI se abrió una aguda polémica en el pensamiento social español en torno a las formas de ayuda al necesitado y el ejercicio de la caridad cristiana, inspirada en su planteamiento de esa cuestión, la cual se extendió hasta fines del siglo XVIII.¹ Pero el cambio más importante en la actitud hacia el estudio de la obra de Vives se sitúa, precisamente, a fines del siglo XVIII e inicios del XIX, vinculado a la figura del erudito valenciano Gregorio Mayans y Siscar (1699-1781) y a la Reforma Universitaria, de la cual este último fue precursor.

Es un rasgo común a los humanistas del Renacimiento, particularmente los nórdicos, la conjugación de las ideas pedagógicas con las sociales y las filosóficas, pues todos los humanistas eran pedagogos, la filosofía directa o indirectamente se encontraba dentro del contenido de sus enseñanzas, y el propósito de la educación era, en definitiva, hacer a los educandos mejores seres humanos y mejores ciudadanos.

¹ Cfr. Elena, Maza Zorrilla, *Pobreza y asistencia social en España, siglos XVI al XX. Aproximación histórica*, Secretariado de Publicaciones Universidad de Valladolid, Valladolid, España, 1987, p. 20. Es la polémica que se sostiene en el siglo XVI por parte de Domingo de Soto, fray Juan de Robles (Medina) y Cristóbal Pérez de Herrera; en el XVII, por los arbitristas Sancho de Moncada, Fernández de Navarrete y Pedro José Ordóñez, y trasciende al pensamiento ilustrado del siglo XVIII a través de Ward, Jovellanos, Campomanes, Sempere y Guarinos, entre otros. Lo analiza exhaustivamente el investigador español Valentín Moreno Gallegos en el capítulo XI de su tesis doctoral "Juan Luis Vives, fama y fortuna de su figura intelectual", defendida en la Universidad Complutense de Madrid en el curso 1997-98 y publicada por la Biblioteca Valenciana en 2006.

El interés de los españoles hacia la obra de su compatriota del siglo XVI coincidió justamente con el periodo fundacional del pensamiento cubano, cuyas principales figuras, además de estar vinculadas a la Iglesia, estaban intelectualmente muy ligadas al movimiento ilustrado español y a la Reforma Universitaria. A ello se suma el hallazgo de ediciones tempranas de obras de Vives, incluyendo la de Mayans, entre los fondos de algunas bibliotecas cubanas, especialmente en la de la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana, y comentarios de prestigiosos intelectuales cubanos como Antonio Bachiller y Morales, que confirman que al humanista se le conocía en Cuba al menos desde el siglo XVIII, lo cual es significativo.² Igualmente importante es la formación ilustrada del obispo Espada, quien ostentara la mitra de la diócesis habanera entre 1802 y 1832, y cuyo papel en la formación del pensamiento cubano es conocida.³ A ello se añade el tratamiento que recibieron entonces, por parte de pensadores de la Isla, cuestiones como las reflexiones éticas, la preocupación por socorrer a los menesterosos, el método ecléctico, o electivo, en el filosofar, con libertad de elegir los aspectos más convenientes a la verdad, el afán de reformar la enseñanza universitaria y la Iglesia, entre otros, los cuales se abordan en un estilo curiosamente similar al que el pensamiento ilustrado español heredó de los humanistas del Quinientos, especialmente de Juan Luis Vives.

Acerca del pensamiento de Vives: concepciones filosóficas, pedagógicas e ideas sociales

Lo que distingue especialmente al pensamiento de Vives en relación con el de sus contemporáneos es la profundidad con que trata en sus obras las diferentes cuestiones que aborda y el contenido filosófico que imprime a las propuestas prácticas que ofrece para los acuciantes problemas sociales y pedagógicos de su época, así como el carácter

² Antonio Bachiller y Morales, *Apuntes para la Historia de las Letras y de la Instrucción Pública en la Isla de Cuba*, con introducción de Francisco González del Valle y biografía del autor por Vidal Morales, Cultural, s.a., Habana, 1936-37 (3 v.), v. I, p. 315.

³ Cfr. Eduardo Torres Cuevas, *Obispo Espada: Ilustración, reforma y antiesclavismo*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 1990, passim.

moral que da a la educación, por encima de la concepción renacentista italiana de la cultura como erudición literaria.

En él se da una convergencia entre el propósito de la enseñanza y el fin último de la filosofía: alcanzar la virtud. Sus ideas filosóficas surgen, en primer lugar, desde una posición crítica hacia la escolástica, basada fundamentalmente en sus experiencias estudiantiles en la universidad parisina,⁴ y por esta misma razón, constituyen también la base de su proyecto de reforma de la enseñanza.

La reacción de Vives frente a la escolástica se centra fundamentalmente en la crítica a tres aspectos que en su opinión corrompen la enseñanza:

en primer lugar, el método escolástico de enseñanza, sobre todo, las discusiones escolásticas inútiles y carentes de sentido que tenían lugar en las aulas que entonces frecuentaba el futuro humanista, las cuales, además de la corrupción de la lengua, propiciaban la confusión de los contenidos, y lo llevaron a calificar a la Sorbona como “una señora de ochenta años en trance de demencia senil”.⁵

- la primacía de la lógica en el currículum de estudios en detrimento de la dialéctica, que había perdido su inminente finalidad práctica, con lo cual, según él, perdía su razón de ser⁶ y

- el alejamiento de la realidad, es decir, el descuido de los problemas humanos, los cuales él consideraba verdaderamente importantes y necesitados de estudio y solución.⁷

⁴ Su obra *En contra de los falsos dialécticos* está dedicada a criticar a sus antiguos profesores de la universidad parisina, a los que considera filósofos mediocres y decadentes. Es necesario tener en cuenta la renovación que tiene lugar en la escolástica española, la cual se aparta de la lógica nominalista, tan popular entre los españoles que enseñaban en la Sorbona, y contra cuyo método Vives lanzara estas primeras críticas.

⁵ Juan Luis Vives, *En contra de los falsos dialécticos*, citado por Noreña, Carlos G.: Juan Luis Vives (texto nuevamente revisado por el autor, trad. Antonio Pintor-Ramos), ed. Paulinas, Madrid, 1978, p. 49.

⁶ Cfr. Juan Luis Vives, *Las Disciplinas*, Ajuntament de Valencia, Valencia, España, 1997 (tres tomos: 7 A, B, C), t. I., pp. 115-116.

⁷ Cfr. Ídem.

Esta crítica, aparentemente pedagógica, revela esenciales claves filosóficas, pues muestra su preocupación porque la filosofía –y no solo la pedagogía– respondiera en primer lugar a la formación del hombre.

En su concepción de la filosofía están presentes el reconocimiento de las funciones ética, cognoscitiva y práctica de esta, su capacidad de generalización y experimentación, el énfasis con que –a diferencia de la escolástica– su objeto principal son las cosas y no las palabras.⁸ Manifiesta su alta estimación por la filosofía al revelar su consideración de que esta debe ser también útil, ya que es apropiada a los principios de todas las artes, pues se ocupa y explora las causas y los orígenes de las cosas, que las otras disciplinas aceptan como principios incuestionados; es apta para el uso de la vida y para sentir y juzgar bien, y para establecer reglas universales en la medida de lo posible, teniendo en cuenta la estructura de la naturaleza y para los experimentos.⁹

El tema de la formación del hombre es esencial en su pensamiento. Tanto en *Las Disciplinas* como en varios pasajes de sus *Diálogos* centra su atención en este asunto. Es ese precisamente, en su opinión, el principal propósito de la educación: formar hombres, prepararlos para que sean mejores seres humanos atendiendo a la individualidad de cada alumno. A tal efecto, describe cómo son y cómo deben ser las escuelas, los maestros, los padres, los alumnos, y cómo todos deben contribuir para que la educación fructifique en la formación de individuos cultos y virtuosos.

Considera que el ingenio de los alumnos debe ser examinado por el maestro como condición previa a la enseñanza, con el objetivo de enseñar a cada cual las materias para las que resulte más apto e insistir en el aprendizaje de las mismas en la proporción que cada uno demande según sus capacidades, considerando que siempre, por muy lerdo que sea el ingenio, algo se le puede enseñar. Los que sean menos capaces para unas artes lo serán más para otras: –El preceptor [...] en su escuela debe tener en cuenta su auditorio, no para apartarse del arte, o decir mentiras por verdades, sino para enseñar lo más adecuado a la capacidad

⁸ *Ibidem.*, p. 22.

⁹ Cfr. Juan Luis Vives, *En contra de los falsos dialécticos*, ob. cit.

de sus alumnos”.¹⁰ Esta preocupación de Vives por la diferenciación en la enseñanza es considerada una de las aportaciones más trascendentes del valenciano desde el punto de vista psicológico,¹¹ en tanto reconoce la existencia de diferencias en las capacidades cognitivas. No menos valiosa resulta desde el punto de vista ético, pues no niega a nadie la posibilidad de ser educado; no excluye, sino que diferencia a los educandos de acuerdo con rasgos psicológicos y, por esto mismo, también es una importante aportación pedagógica.

Opina que los maestros deben ser, además de instruidos, sobre todo, hombres íntegros y virtuosos, prudentes, dignos de respeto; en conjunto, modelos a imitar por sus discípulos; y que lo más importante en la educación es la honradez, pues el joven debe tornarse docto, para que a la vez, pueda tornarse mejor.¹²

Tampoco descuida la cuestión de la educación de los niños pobres, los cuales considera que deben asistir a la escuela pública, donde serán mantenidos y donde debe enseñárseles, además de las letras, las buenas costumbres. Los maestros de estas escuelas deben ser personas honestas, rigurosamente seleccionadas por los magistrados de la ciudad. Asimismo propone que los mejor dotados de estos alumnos deben ser retenidos en la escuela, para que, a su vez, un día sean maestros de los otros, mientras que los restantes deben pasar a profesiones manuales, según la inclinación de cada uno.¹³

Es significativo el énfasis que pone en la honestidad como rasgo esencial del maestro y en la importancia que tiene para la educación la enseñanza de las buenas costumbres, la cual considera que debe ir a la par con la instrucción, dando así prioridad al ejercicio de la virtud frente al conocimiento “científico” alejado de la vida cotidiana.¹⁴

El hombre, de acuerdo con esta concepción, es ante todo un ser moral; de ahí el énfasis que pone en que el papel de la enseñanza es la formación de hombres instruidos y virtuosos, para los cuales –el premio del estudio no es el dinero, ni la posición, sino la cultura del espíritu [...]”¹⁵

Reconoce que todos los hombres son iguales y a todos les es dado el intelecto, independientemente de que provengan de diferentes regiones, aunque hay que tener en cuenta qué es lo bueno para unos y otros, pues por ejemplo, lo que es muy conveniente para un germano puede ser poco apropiado para un español.¹⁶ Este tratamiento diferenciado de una misma cuestión que atañe a distintos sujetos es un rasgo que está presente en el tratamiento que da a otras cuestiones, como son la pobreza, en la que distingue a los diferentes tipos de pobres y establece procederes acordes con cada cual;¹⁷ la enseñanza, en la que distingue a las artes,¹⁸ a los diferentes tipos de educandos¹⁹ y a los honorarios de los maestros, atendiendo a las diferencias en los niveles de aprovechamiento y al talento de sus alumnos.

De igual forma debe atenderse a aquellos que carecen de algunas de las capacidades de que está dotada la mayoría: se refiere a los ciegos, tardos de ingenio, a los que sufren algún tipo de dolencia que les impide desplazarse con agilidad, etc. Estos deben educarse a través del trabajo, pues siempre habrá algo que puedan hacer, siempre podrán ser útiles a la sociedad si se les enseña y se estimulan sus capacidades, y esa es la única forma de prevenir los vicios que sobrevienen a la ociosidad. No maneja criterios excluyentes para la formación de hombres virtuosos; solo reconoce las diferencias en el tratamiento según las capacidades físicas y psíquicas de cada cual y propone diversas vías atendiendo a esa circunstancia, pero siempre tendentes a la formación de hombres de bien.

¹⁰ *Ibidem.*, p. 74.

¹¹ Cfr. Carlos G. Noreña, Juan Luis Vives, *ob. cit.*; Esteban, León y López Martín, Ramón: «La escuela y los procedimientos de enseñanza en Juan Luis Vives», en Esteban, León (editor): *Cuatro estudios a una obra o “El arte de enseñar”* de Juan Luis Vives, Colección J. L. Vives, t. 7D, Ayuntamiento de Valencia, España, 1997.

¹² Cfr. Juan Luis Vives, *Las Disciplinas*, *ob. cit.*, t. II, pp. 43-53.

¹³ Juan Luis Vives, *Del socorro de los pobres*, con introducción de Demetrio Casado, Editorial Hacer, Barcelona, España, 1992, p. 171.

¹⁴ Al respecto cfr. Juan Luis Vives, *Las Disciplinas*, *ob. cit.*, t. III, pp. 18-19; igualmente ver nota del editor a pie de página, p. 19.

¹⁵ Juan Luis Vives, *Tratado del Alma y la Vida*, Ajuntament de Valencia, Valencia, España, 1997, t. 1A., p. 135.

¹⁶ Cfr. Juan Luis Vives, *Las Disciplinas*, *ob. cit.*; t. II, pp. 245-246.

¹⁷ Juan Luis Vives, *Del socorro de los pobres*, *ob. cit.*, Libro II, Cap. II, pp. 153-156.

¹⁸ Cfr. Juan Luis Vives, *Las Disciplinas*, *ob. cit.*, t. II, Libro I.

¹⁹ Cfr. *Ibidem.*, Libro II.

La cuestión del método

Lo más relevante en este análisis es, sin dudas, el tratamiento que recibe en la pluma del humanista la cuestión del método. Resalta su sentido de la dialéctica, tanto en el análisis de los problemas que se plantea como en la flexibilidad de las soluciones que propone, y el eclecticismo con que asume la filosofía.

Entre los rasgos que sobresalen se sitúa especialmente la independencia de pensamiento que lo caracteriza. En tal sentido se afirma que “fue uno de los primeros, si no el primero, en considerar que los verdaderos discípulos de Aristóteles no son los que juran sobre su palabra, sino los que interrogan a la naturaleza como hizo el mismo Aristóteles”.²⁰ Un juicio más profundo de la posición metodológica del valenciano es emitido por Carlos G. Noreña, quien plantea que “el eclecticismo, tal como lo entiende Vives, no procede por aglutinación, sino de un modo orgánico y creativo”.²¹

Pero la valoración más esclarecedora del método de Vives la da, ya en la primera mitad del siglo XVIII, Gregorio Mayans, quien pone el dedo en la llaga cuando subraya la libertad que caracteriza al método y al genio vivesianos, sin aglutinar distintas tesis con apoyo en la autoridad de sus autores, al estilo medieval. El mérito del humanista está en la libertad con que elige su posición: *libre es su método, libre es su genio*.

Vives advierte acerca del vicio que constituye guiarse ciegamente por este u otro autor, sin mirar por sí mismo a la verdad “que la costumbre dota de una autoridad casi inviolable”, pues ello conlleva a afirmar cosas contradictorias, tomadas de diferentes autoridades reconocidas. En el mismo orden señala el error que supone creer siempre a otros y no volverse nunca a sí mismo, a examinar por sí mismo lo aprendido. La clave para detectar la verdad en las tesis de otros autores es para él el juicio propio, es decir, que no le basta con la simple aglutinación de lo que ha sido dicho con anterioridad, sino que a la selección antepone su

propia apreciación. Rechaza la subordinación de la experiencia y el genio propios a los juicios ajenos. A ello contraponen la tesis de que el progreso de día a día en las artes, las disciplinas, la virtud y la bondad es propio del género humano, y no hay que pensar, por tanto, que aquellos que tan alto llegaron son semidioses y por ende insuperables.

Se manifiesta en contra de la adhesión a cualquier escuela o secta filosófica, porque piensa que ello limita la búsqueda de la verdad. Del mismo modo, previene de los peligros que aguardan al joven adolescente que al llegar a la escuela se sumerge en los postulados de una secta y se adhiere a ellos antes de poder juzgar, teniendo por sospechoso a cualquier otro. Estos se desprenden de la aptitud de indagar la verdad y no pueden apartarse ya más de estos principios, ya que no han leído ni oído otros, y acusan de error a todo lo que no concuerda con los preceptos de su secta.

De los diferentes criterios que se manejan acerca del eclecticismo de Juan Luis Vives, uno de los más interesantes, a propósito del estudio del pensamiento cubano, es el aducido por el investigador mexicano Enrique González, quien postula que el calificativo de pensador eclético que se le da al humanista es el resultado de la publicación en 1841, en la revista española *Pensamiento*, de un trabajo de la autoría de Enrique Gil, sustentado también por otros autores de la época, titulado «Luis Vives», el cual, bajo la influencia de la escuela fundada en Francia por Víctor Cousin (1792-1867) “vistió al valenciano con traje de eclético”.²² Esa situación trajo por resultado su inclusión con tales epítetos, desde 1845, en los manuales escolares de Historia de la Filosofía que circulaban en toda España, con lo cual su figura se utilizó con valores exaltados y tergiversados para fines políticos, situación paradójicamente muy similar a la que desencadenara la conocida polémica filosófica cubana protagonizada por José de la Luz y Caballero y otros prestigiosos intelectuales de la Isla entre 1838 y 1840. El humanista valenciano, en cambio, no contó con voces que se alzaran en su defensa.

Pero Vives no solo no puede ser tachado como eclético en el sentido peyorativo que el término adquiere a mediados del siglo XIX, sino que es

²⁰ Maximiliano Fartos Martínez, *Historia de la Filosofía y de la Ciencia. Del Milagro Griego al Siglo del Genio*, Valladolid, Secretariado de Publicaciones, Universidad de Valladolid, 1992, pp. 207-208.

²¹ Carlos G. Noreña, *Juan Luis Vives* (texto nuevamente revisado por el autor, trad. Antonio Pintor-Ramos), ed. Paulinas, Madrid, 1978, pp. 189-190.

²² Enrique González González, “La lectura de Vives del siglo XIX a nuestros días”, ob. cit., p. 28.

conscientemente un crítico de la tendencia ecléctica de la filosofía antigua, aunque hasta en ese rechazo es capaz de extraer lo que le parece correcto, pues como mismo elogia el estilo de expresión ciceroniano, asimismo celebra –por su agudeza– a Crisipo y Carnéades. Critica fuertemente la lógica de Averroes y Avicena, mientras que los elogia como médicos; otro tanto ocurre con Aristóteles, a quien reconoce su genio pero critica su lógica y varios aspectos de su ética. Valora a las obras más que a los autores. De aquí la consideración acerca de que “más que tomar partido por una escuela filosófica concreta y asumir totalmente su doctrina, lo que hace Vives es servirse de la argumentación de estos para desarrollar su propio pensamiento añadiendo otros componentes”. Lo que sí no puede pasar inadvertido es el significado diverso que el eclecticismo puede tener en sus diferentes escuelas y momentos históricos.

La interpretación de la posición metodológica de Vives desde los prejuicios impuestos por el

modelo del eclecticismo francés del siglo XIX es un lastre que afecta la comprensión de ese problema en el estudio del pensamiento vivesiano. No es cuestión de llamarle de una u otra forma. De hecho, a veces se esquivo el término para diferenciar su contenido; algunos autores –como muy esclarecedoramente analiza José Gaos– “hacen profesión de escepticismo, pero en realidad coinciden con los que la hacen de eclecticismo”.

Él, por su parte, no se reconoce a sí mismo como ecléctico –hacerlo ya significaría una toma de posición a favor de una secta o una escuela determinada y es eso precisamente lo que rechaza–; además, cuando critica el eclecticismo se refiere al de los antiguos paganos, y él no sigue esa línea, ya que considera tan perjudicial otorgar lealtad completa a uno a expensas del resto como intentar una síntesis antinatural de todos, pues no existe ni nadie tan dichoso que posea él solo todo lo mejor, ni “nadie es de ingenio tan obtuso que no brille en su espíritu por don divino alguna luz.”

Asimismo critica “el sudor y el anhelo de volver lo disímil a la concordia. ¡Locos! ¿No entienden que quien sigue a muchos y tan diversos no sigue a nadie?”.²³

Este eclecticismo, planteado en términos de independencia de pensamiento, libre elección y búsqueda de la verdad, constituye la expresión renacentista del eclecticismo de la antigüedad cristiana, tiene lugar en condiciones muy similares a las que estimularon el afán conciliador de los padres de la Iglesia Católica y es relativamente común entre los pensadores del siglo XVI, en particular los erasmistas; también puede considerarse su influencia en el espíritu conciliador entre los presupuestos teológicos medievales y el pujante interés científico-experimental renacentista, característico de la escolástica renovada y de algunos jesuitas.

El criticismo con que plantea su concepción ecléctica es una



²³ Juan Luis Vives, ob. cit., t. I, pp. 63-64.

contribución del humanista valenciano a la historia del pensamiento filosófico, que encuentra un desarrollo posterior en España en los siglos XVII y XVIII entre los novatores, entre algunos padres de la Compañía de Jesús, Gregorio Mayans y también en el electivismo latinoamericano de los siglos XVIII y XIX, especialmente en el pensamiento del mexicano Benito Díaz de Gamarra y los cubanos José Agustín Caballero y Félix Varela.

En la centuria del seiscientos también se destaca el judío portugués Isaac Cardoso (Lisboa, 1615 Venecia, 1680), quien reside desde muy joven largos años en España, autor de *Philosophia libera*, publicada en Venecia en 1673. A propósito de la misma se ha planteado que “el título de esta obra es quizás el primitivo de esta moderna filosofía ecléctica o electiva, es decir, libre de sectarismo”.²⁴ En el mencionado texto, su autor proclama su aspiración a ser “ciudadano libre de la república de las letras”, y se pregunta: “¿qué secta hemos de seguir?” “ninguna”; “¿a qué filósofo?” “a todos y a ninguno, porque el estudioso no debe jurar en las palabras del maestro, sino elegir lo mejor de cada uno y lo que más se conforme a la razón y parezca más verosímil”.²⁵

El eclecticismo, planteado en estos términos, fue una tendencia bastante generalizada en el pensamiento español de los siglos XVII y XVIII, muy marcada entre los jesuitas de la Universidad de Cervera, en Cataluña, así como del colegio jesuita salmantino y de las universidades de Salamanca y Valencia, respectivamente, aunque entonces no se reconociera de manera explícita.²⁶ Muchos de los autores que llenaban las estanterías de las

bibliotecas jesuitas americanas son de lo más representativo de ese pensamiento, por lo que la aceptación del mismo por los padres que enseñaban aquí, así como su influencia en la formación de los educandos, es algo que cae de su peso. En el mismo siglo XVIII era reconocida la aceptación generalizada de este método.²⁷

Entre los seguidores de esta línea en España y Portugal se encuentran Tosca, Feijóo, Piquer, Manuel Martí, Ribera, Amat, así como los jesuitas Aymerich, Pou, Monteiro, Pons, entre otros. Los jesuitas de la Universidad de Cervera Aymerich, Pou, Cerdá, Codorniu imponen su primacía intelectual durante el exilio italiano de los jesuitas, luego de la expulsión de 1767. Coincidentemente, el mexicano Benito Díaz de Gamarra, quien se educa con los jesuitas de Nueva España, entre 1767 y 1770 es nombrado procurador ante las cortes de Madrid y Roma, y bajo ese status realiza un viaje a Europa, que le lleva a España, Portugal e Italia, donde tiene la oportunidad de relacionarse con intelectuales de esos países²⁸ y entrar en contacto con las corrientes de pensamiento que se mueven allí. Cuatro años más tarde, en 1774, publica sus *Elementos de Filosofía Moderna*, donde manifiesta su concepción ecléctica y declara que no sigue a Descartes, ni a Leibnitz, ni a Newton, pues “nuestro juicio será libre, de tal suerte que no ha habido ninguna secta que haya visto toda la verdad y ninguna que no haya visto algo de ella [...]”.²⁹ No es gratuita pues, la afirmación de José Gaos acerca de que “en su conocimiento de la filosofía moderna, Gamarra puede ser deudor exclusivo del viaje que de bien mozo hizo a Europa”.³⁰

El movimiento de los *novatores* es portador de una nueva mentalidad, la cual promueve la introducción del laicismo en las investigaciones filosóficas y religiosas, intentando la recuperación de las doctrinas que habían sido tergiversadas y mitificadas por la escolástica. Entre los rasgos esen-

²⁴ José Gaos, “Prólogo”, en: *Díaz de Gamarra, Benito: Tratados*, 2ª Edición, UNAM, México, 1995, p. XIX.

²⁵ Isaac Cardoso, citado por José Luis Abellán: *Historia Crítica del Pensamiento Español*, ob. cit., t. III, p. 339.

²⁶ Es significativo el hecho de que el obispo Espada se haya formado precisamente en Salamanca (aunque no es seguro que se graduase allí) y rindiera exámenes también en la Universidad Valencia. Al respecto, cfr. Torres Cuevas, Eduardo: *Obispo De Espada. Papeles, Imagen Contemporánea*, La Habana, 1999, pp. 8-10. Esto consta en el Expediente de Juan José Díaz en la Universidad de Valencia, año 1782, Legajo 41, pp. 322-323 y 325-328; Expediente de Juan José Díaz de Espada en la Universidad de Valladolid, Legajo 380, pp. 737-740. En este último expediente, dice de puño y letra de Díaz de Espada y bajo su firma, que es “cursante de la Facultad de Cánones en la Universidad de Salamanca” y que solicita recibir el grado de Bachiller en Cánones en esa Universidad de Valladolid.

²⁷ Gregorio Mayans y Siscar, “Dedicatoria al excelentísimo señor Don Josef Patiño”, en: *Cartas morales, militares, civiles y literarias de varios autores españoles*, ob. cit., p. XXIV. En la cita, el autor se está refiriendo específicamente al Compendio Filosófico de Tosca.

²⁸ Cfr. “Datos biográficos y bibliografía de Gamarra”, en: *Benito Díaz de Gamarra*, ob. cit., p. XXXVII.

²⁹ Benito Díaz de Gamarra, “Elementos de Filosofía Moderna”, en: *Benito Díaz de Gamarra*, ob. cit., p. 155.

³⁰ José Gaos, ob. cit., pp. VII- VIII.



ciales que lo caracterizan se sitúa el eclecticismo, de modo que ningún filósofo quede privilegiado frente a los otros, reflejo del afán de independencia filosófica y del recelo frente a cualquier intento de sistematización.³¹ Una de las figuras culminantes de ese movimiento es Andrés Piquer (1711-1772), al cual se le reconoce una deuda insoslayable con Vives. Se advierte la influencia vivesiana en Piquer a través de su preocupación por el planteamiento psicológico de las cuestiones, la inclinación metodológica, el fondo pedagógico, la actitud experimental y, por supuesto, el eclecticismo. Así afirma: “Por filosofía ecléctica se entiende un modo de filosofar en el que el entendimiento no se dedica ni se empeña en seguir a un solo filósofo, formando sistema de su secta, sino que toma de todos aquello que en cada uno de ellos le parece verdadero”; y refiriéndose a la verdad plantea que “[...] es conveniente entresacarla cuidadosamente y buscarla en todos sin atarse a ninguno, y

esto es hacer profesión de la filosofía ecléctica”.³² La posición ecléctica, con los matices señalados, se constituye en uno de los rasgos fundamentales que caracterizan al pensamiento de los *novatores* y de la Ilustración española.

A modo de conclusión

Los aspectos recogidos en los párrafos anteriores asombran por su proximidad temática con algunas de las ideas que sirven de fundamento al pensamiento cubano en sus orígenes, en particular de José Agustín Caballero, Félix Varela, José de la Luz y Caballero y José Martí, así como por la utilización de fuentes comunes que revelan.

Al mismo tiempo, la constatación del temprano conocimiento en Cuba de las tesis vivesianas acerca de la renovación que debe producirse en los estudios universitarios para que las universidades sean en verdad recintos formadores de hombres, con profesores cultos y virtuosos, capaces de indagar en las capacidades personales de sus educandos, y tenerlas en cuenta como única vía de un acercamiento humano a los mismos, aireadas en el siglo XVIII por la Ilustración Española, particularmente por Mayans, así como la profunda devoción cristiana de ambos, llaman a la reflexión, una vez más, acerca de la génesis de las ideas de los fundadores del pensamiento cubano, de su esencia ética, cristiana y humanista, tan distante en este aspecto de la moderna filosofía inglesa, materialista y racional, como de la Ilustración francesa.

Como colofón, no puede menos que repararse en que la concepción electivista que atraviesa y da vida al pensamiento cubano desde sus orígenes está ya contenida, con tesis muy similares, en el eclecticismo de Juan Luis Vives, y se percibe en la tradición del pensamiento español, que arranca con él y es matizada por Isaac Cardoso, los jesuitas de la Universidad de Cervera, los *novatores* y Gregorio Mayans, fuentes de las que sin dudas bebió también el mexicano Benito Díaz de Gamarra y alimentaron la germinación de estas ideas en Cuba. ■

³¹ Cfr. François López, “Rasgos peculiares de la ilustración en España” en: *Mayans y la Ilustración: Simposio Internacional en el Bicentenario de la muerte de Gregorio Mayans*. Valencia - Oliva, 30 sept. - 2 oct., t. II. *Los problemas económicos del siglo XVIII*. Versión de la Biblioteca Valenciana Digital, en: Gregorio Mayans digital. Bibliografía (en formato pdf), pp. 334- 335.

³² Andrés Piquer, citado por José Luis Abellán en: *Historia Crítica del Pensamiento Español*, ob. cit., t. III, pp. 459- 460.

Eugenio María de Hostos: ciudadano de América

ALBERTO VELÁZQUEZ LÓPEZ
ADA BERTHA FRÓMETA FERNÁNDEZ



Eugenio María de Hostos: ilustre puertorriqueño, sociólogo, literato, historiador, geógrafo, pedagogo y político de pensamiento y acción boricua. Este destacado patriota, sabio y maestro, nace el 11 de enero de 1839 en Mayaágüez, de ascendencia materna dominicana y por la paternal cubana. Su abuelo, don Juan José Ostos —y quien le agregó la hache al apellido—, nació en Camagüey. Su padre, Eugenio, en Puerto Rico donde llegó a ser escribano Real y secretario de la Reina Doña Isabel II.

Del apóstol boricua, en el artículo titulado “Catecismo democrático” aparecido en 1876, en México, Martí dijo:

Eugenio María de Hostos es una hermosa inteligencia puertorriqueña cuya enérgica palabra vibró rayos contra los abusos del coloniaje, en cortes españolas, y cuya lección sólida y profunda anima hoy las columnas de los periódicos de Cuba libre y Sur América que se publican en Nueva York.

A la edad de 24 años, en 1863, Hostos publica su primera gran obra literaria *La peregrinación de Bayoán*, en la que expone su clara identidad antillana, pues narra la historia del luchador boricua Bayoán, la cubana Marién y el dominicano Guarionex. Son estas tres islas la diana de su concierto poético y político. Después publicará numerosos artículos y tratados de varias ramas del saber. También de gran importancia son sus trabajos pedagógicos.

El eminente boricua estudia Derecho en Madrid y allí establece fuertes lazos con los liberales que luchaban por derrotar la monarquía y establecer la república. Aquí conoce al krausismo por sus principales divulgadores, corriente de pensamiento que va a tener una gran influencia en su formación filosófica, ética y política, pero al igual que Martí, comprende que los republicanos españoles no abogarían por la independencia de sus colonias. En 1869, rompe con ellos y emigra a los Estados Unidos.

En la ciudad de Nueva York hace causa común con los independentistas cubanos, comienza a destacarse por su oratoria, prosa y concepciones acerca del proceso revolucionario. También se enfrenta a las tendencias anexionistas, lo que queda expresado en carta de 1870 a Enrique Piñeyro y Miguel Aldama, respectivamente director del periódico *La Revolución* y presidente de la Junta Cubana en Nueva York. En carta del 27 de abril del propio año y dirigida al Señor Director del *Diario Cubano*, proclama la necesidad “de cura de dos vicios que ha inoculado en nuestra raza el despotismo. Del primero, producto necesario de aquel funesto principio de autoridad que, además de nuestra libertad, ahogaba en nosotros la dignidad humana, se origina la falsa idea de libertad. Del segundo, engendro maldito del gobierno personal, se produce aquella costumbre de encomendar a otros lo que debemos hacer por nosotros mismos. El primero engendra anarquía; el segundo procrea dictadores. Hay un ídolo de la multitud, que la esclaviza; y en donde quiera que hay idolatría política, hay un estado latente o patente de anarquía. La sociedad que padece de esos males, no es libre”.

Al detenernos en este texto podemos apreciar la magnitud de su pensamiento y no es difícil comprender por qué se le llama a Hostos el gran maestro de la conciencia latinoamericana.

Su participación en el proceso revolucionario cubano se da desde su estancia en España, al conocer del Grito de Yara, y se mantendrá atento durante toda su vida. Se convertirá en un actor importante a favor de la independencia de Cuba y participa en 1875 en un intento de desembarco organizado por el General Francisco Vicente Aguilera. En carta fechada el 28 de mayo le dice al General: “Estaba tan decidido a acompañarlo otra vez, que, hasta mis pesares de familia me inducía comprender [...] corrí a casa de nuestro buen Govantes a saber cuándo sucederá entonces. Como mi propósito, en tanto lo referente a nuestras dos antillas, ha sido siempre proceder con la más completa abnegación”.

En 1876, del 31 de octubre al 24 de noviembre, en *La Voz de la Patria*, semanario neoyorquino de la emigración cubana publica una serie de artículos conocidos como *Programa de los independientes*, proyecto histórico para la emancipación de las Antillas, documento que se tiene en cuenta para la fundación del Partido Revolucionario Cubano y su contenido está en *El Manifiesto de Montecristi*, al aspirarse a un régimen político de democracia representativa y de defensa de los derechos de todos los individuos y grupos sociales.

Bolívar para él, es el símbolo mayor de América, siguiendo su pensamiento se plantea la aspiración de crear una Confederación de las Antillas. Pues, al igual que Martí fue inconforme con el nivel de independencia alcanzada en América Latina y cree en que las Antillas están llamadas a garantizar el equilibrio regional y mundial, ello es para: “que América complete la civilización, sirviendo a estas dos ideas: unidad de la libertad para la federación de las naciones, unidad de las razas para la fusión de todas ellas”.

El 9 de julio de 1887 se casa con la cubana Belinda Ayala Quintana, hija de médico independentista radicado en Caracas. Los padres de ella se oponen al matrimonio debido a que en ese momento la joven solo tenía catorce años y él treinta y ocho. Con ella tuvo seis hijos, cuatro de ellos nacieron en Santo Domingo y los otros en Chile.

Vive en República Dominicana tres etapas, de 1875-1876, 1879-1880 y 1900-1903 en que muere. Por esta isla sintió gran amor, aquí fue director de la Escuela Normal y profesor de Derecho y Economía Política en el Instituto Profesional.

Las concepciones educativas de Hostos, hacen que sea considerado como uno de los más eminentes maestros de Latinoamérica, fundamentalmente como historiador y filósofo de la educación. Es muy reconocido por la aplicación de métodos novedosos y su defensa de que la escuela debe desempeñar nuevas funciones sociales, alejada de todo dogma, fundamentalmente religioso. El Estado debe encargarse de la educación pública, la escuela ha de educar una nueva moralidad, basada en la razón. Plantea la necesidad de “formar hombres en toda la excelsa plenitud de la naturaleza humana”, con el propósito de lograr una patria entera. Su pensamiento educacional se fundamenta en alcanzar el equilibrio entre intelecto, corazón y voluntad. Ve a la familia como pilar de la estructura social y la igualdad intelectual de los sexos, se opone al castigo. Dicho proyecto educacional se corresponde con sus ideales independentistas, pues para él la educación debe ser patriótica, para la toma de conciencia basada en ideales de justicia y libertad.

En Argentina propicia la construcción del ferrocarril Trasandino; la primera locomotora que cruzó los Andes se le llama Hostos en su honor.

Vive en Chile de 1889 a 1898 donde tiene una vida muy activa en lo político, educacional y cultural. Fue director del Liceo de Chillán y del Liceo de Amunástegui de Santiago. Aquí conoce del nuevo estallido revolucionario de 1895 en Cuba. En carta a Gregorio Luperón, del 16 de noviembre le expresa:

Ha sonado la hora de un movimiento general, y es necesario, o secundarlo, o producirlo a fin: primero, de libertar a Santo Domingo e independizar a Cuba y Puerto Rico; segundo, de combatir la influencia anexionista; tercero, de propagar la idea de la Confederación de las Antillas.

El desarrollo de la guerra lo ve con recelo. En carta a Francisco Sellén del 12 de julio de 1896, le expresa: “A todos y a todo conviene que el noble Archipiélago, haciéndose digno de su destino, sea el fiel de la balanza: ni norte ni sudamericanos, antillanos: esa nuestra divisa, y sea ese el propósito de nuestra lucha, tanto de la de hoy por la independencia, cuanto la de mañana por la libertad”.

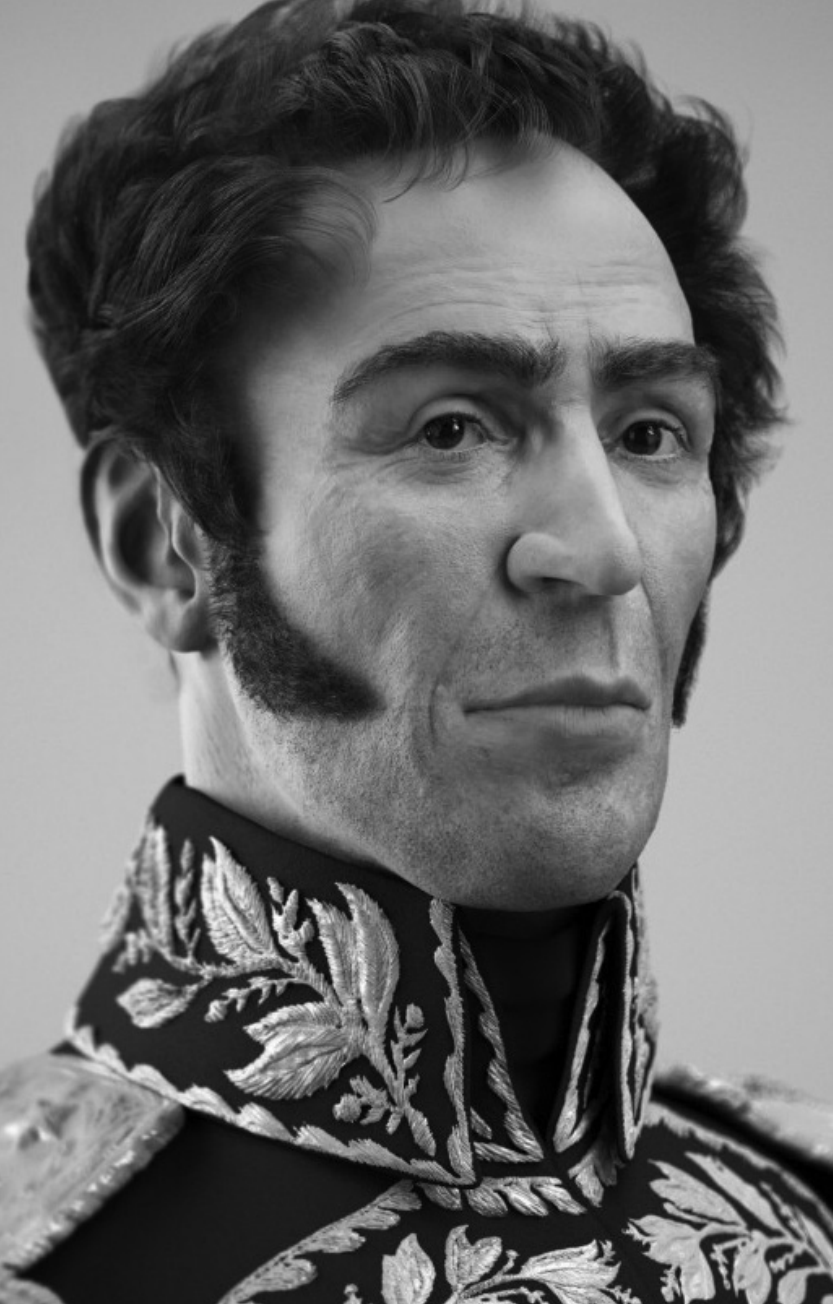
Ante la explosión del buque de guerra Maine, el 15 de febrero de 1898, dadas las tendencias de aceptar la intervención norteamericana en la guerra, Hostos alerta del peligro que significa para los planes liberadores antillanos, —días en que es designado representante de las organizaciones chilenas, peruanas, colombianas y venezolanas que promovían la independencia de Cuba y Puerto Rico—.

Una vez que ha estallado la guerra hispano-cubano-norteamericana, viaja para Venezuela, visita la familia de la esposa y va hacia Estados Unidos con fines revolucionarios. Allí sufre su gran frustración, dado el desarrollo de los acontecimientos. A su esposa le dice en carta del 27 de julio de 1898:

ha sido deber mío el no ir, como pensé en la expedición militar que está mandando a Puerto Rico este Gobierno. Yo hubiera ido como asesor o consejero del General en Jefe, que será también el Gobernador militar de la Isla, una vez conquistada; pero, en primer lugar, hubiera ido para aconsejar a los puertorriqueños que recibieran como libertadores a los norteamericanos, y a estos que recibieran la independencia de Puerto Rico; en segundo lugar, habría ido con el inviolable carácter de patriota, no con el de un agente o guía del gobierno y del jefe americano”. Y continúa: “el gobierno americano está poco dispuesto a considerar como amigos suyos a los que poníamos por condición de nuestros servicios la dignidad del pueblo puertorriqueño y la nuestra propia.

Eugenio María de Hostos y José Martí, aunque contemporáneos, solo se conocieron por sus textos, pero tienen como coincidencias su amor por la humanidad, su independentismo y antimperialismo: consecuentes hasta sus muertes. Llegan a ser las personalidades más eminentes de las Antillas en el siglo XIX.

Hostos, muere en República Dominicana, el 11 de agosto de 1903, de muerte natural, pero con el dolor de ver a su “Isla Madre” ocupada por los norteamericanos: peligro que tantas veces alertó. ■



La imagen de Bolívar en la construcción de la identidad americana

LOURDES OCAMPO ANDINA

La construcción de la identidad latinoamericana, hacia los finales del siglo XIX, se manifiesta en la literatura y en la lengua que la expresa. La independencia política de España ya ha tenido lugar en casi todo el Continente, pero la cultural está por definirse, aunque el proceso de separación lingüística había comenzado con la propia conquista, adquiere relevancia en la obra de los escritores decimonónicos.

José Martí ya había advertido que en América, junto a la necesidad de un gobierno acorde a la constitución física y espiritual en la región, se impone la urgencia de fundar una literatura arraigada en lo hispanoamericano, que sobrepase la incorporación de la historia, la naturaleza y el entorno humano propios, o sea, centrada en la

creación de un lenguaje de inconfundible acento americano, pues la completa independencia llegará cuando la esencia del Continente tome cuerpo en un discurso poético distinto del que España le proporciona.

En el universo lírico de José Martí, la construcción de los héroes ocupa un lugar importante, y entre todos ellos sobresale la figura de Simón Bolívar, que se torna arquetipo de héroe americano. Había leído Martí los diferentes textos que circulaban sobre este: *Vida del Libertador Simón Bolívar*, de Felipe Larrazabal, del cual publicó fragmentos en *Patria*, el poema de Olmedo, y una carta de Bolívar, que criticaba la ausencia de un lenguaje americano, pues las referencias eran a la antigua Grecia; Juan de Montalvo, cuyos símiles

incorpora en su discurso de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor a Simón Bolívar; José María Heredia... Pero no asume la visión del héroe de ninguno de ellos, sino que crea un Bolívar diferente al histórico, un Bolívar mítico, cercano a todos los americanos.

Cuando Martí irrumpe en la vida pública, el culto a Bolívar como héroe americano ya había sido oficializado. Simón Bolívar, el Libertador de América, ha proclamado la necesidad de unidad continental, y es reconocido por todas las esferas sociales y en todas las latitudes. Ya está mitificado, solo que sus atributos, proclamados por una facción, no funcionan para Martí, quien necesita de un héroe que unifique a todo el Continente; pero que, a su vez, sea su esencia misma. Y esa esencia es la que transmite.

La mitología, hacia los finales del XIX, era un intento de encontrar soluciones ante la desfragmentación del mundo, en que el hombre evita comprometerse con cosmovisiones abarcadoras de la totalidad. Dice Fernando Ortiz, "Tuvo Martí que [...] buscar en el ideario de su época las armas con que destruir los viejos y prejuiciosos mitos; y anticiparse al porvenir trazando las perspectivas hacia una positiva solución social de los conflictos racistas, donde las disonancias se trocaran en sinfonía".¹ La creación de los nuevos mitos y la polifonía textual son los medios para lograr la integración cultural en el Continente.

En su necesidad de unión, y en sus planes de independencia, Martí fundió la mitología americana tradicional y sus sueños de progreso en la figura de Simón Bolívar. Lo delimitó como un tipo humano, que pudiera erigirse en líder espiritual. Buscó una caracterización que rebasara la descripción de indumentarias y hábitos, propia del costumbrismo, y que reflejara la pasión del héroe por la grandeza, por su posibilidad de trascender de la media, dice: "Estos 'tipos' se elaboran a partir de un personaje real, pero su biografía completa no importa demasiado, lo que importa es construir una ejemplaridad [...]" "¿Qué importa saber lo que un hombre hizo en este determinado momento de su vida, en esta o aquella época concreta, accidental y transitoriamente? -Su esencia permanente es lo que quiero investigar, no efectos que pasan, sino la causa que los produce busco. No me importan las

estaciones del camino humano, que se levantan y destruyen a las convenciones de los vivientes, sino el vapor -reacomodable, pero libre, que echa a andar al tren por ellas".²

Según Fina García Marruz, Martí lo ve como la figura más completa y acabada de la naturaleza americana, con su brillo, sus pasiones, su elegancia, al que no creyó ver a su patria libre sino lo era el Continente todo, con todo el ímpetu indetenible de la naturaleza; y Bolívar seguía mostrando el camino a los que, como él, querían rematar la redención del mundo, y unir lo disperso. Martí proyecta una identificación entre la concepción y el destino americano en su figura.³

Los datos biográficos de Simón Bolívar contribuyen a formar su *epos* heroico, constituyen el material idóneo para la mitificación de su figura, solo que Martí escoge los hechos claves para hacer de él parte imprescindible de la naturaleza americana: Nace de las entrañas del Continente y descansa en las cimas de las montañas.

El héroe es un sujeto agente de transformaciones, es el hacedor que recibe un mandato de un destinador: la liberación del continente americano. Martí, a través de su palabra, resucita a Bolívar, lo transforma en mito, parte de su figura histórica para convertirlo en una realidad viviente: "el alma de Bolívar nos alienta"; responde a su necesidad de presentar un modelo ético que le avale en sus planes de revolucionario, con el que pueda codificar y fijar creencias y normas de conducta, y con ello contribuir a fundar lo americano en la literatura.

Al transformar a Bolívar en personaje mítico, Martí escoge algunos hitos biográficos que resemanantiza con el objetivo de convertirlo en héroe cultural decimonónico. Entre estos hitos se encuentra su actuación en el llamado terremoto de San Jacinto, acaecido en 1812, como símbolo de la destrucción del mundo colonial hispano, seguido por la emergencia de un territorio virgen, sin un sistema político, que el que nace va a fundar; es la regresión al caos y la posterior creación de un mundo. Del terremoto se decía entonces que era un castigo divino por luchar contra de la metrópoli, pero es aquí precisamente que sitúa su nacimiento simbólico, y no en el Monte Sacro romano.

² José Martí, *Obras Completas*, t. 21, p. 186.

³ Fina García Marruz, "Venezuela en Martí" en *Temas martianos, tercera serie*, Centro de Estudios Martianos, Ediciones Artex, La Habana, 1995, pp. 44-96.

¹ Fernando Ortiz, *Martí humanista*, Fundación Fernando Ortiz, Ciudad de La Habana, 1996, p. 4.



En primera instancia, subvierte el significado del pasaje: Bolívar, símbolo e impulsor de la liberación de América, tiene un nacimiento divino: de las entrañas del continente americano. El terremoto, movimiento telúrico, representa el caos y del caos surge la figura cuya función es instaurar el nuevo orden: la armonía universal. El caos a su vez apalea la metrópoli española, el orden que se desea imponer es la modernidad, la inserción de América en el mundo, y Bolívar, el Libertador, es quien va a imponerlo.

Políticamente es necesario e importante convertir a Bolívar en un mito americano, no solo como síntesis identitaria, sino porque “el mito garantiza al hombre que lo que se dispone a hacer ha sido ya hecho, le ayuda a borrar las dudas que pudiera concebir sobre el resultado de su empresa”.⁴ Y Martí está organizando la guerra de liberación nacional cubana.

La identidad latinoamericana es diversa y aunque haya sido, y sea, expresada como una suma de culturas nacionales, no siempre el paradigma corresponde a la realidad de las minorías que integran el todo. José Martí, sin obviar la

⁴ Mircea Eliade, “Grandeza y decadencia de los mitos”, en *Mito y realidad*, Editorial Levor, Barcelona, España, 1991, p. 61.

heterogeneidad que constituye la cultura continental, incluye en su discurso y en la conformación de un arquetipo heroico, las voces de la otredad. A esto se deben los valores polisémicos de los símbolos utilizados en la conformación del héroe, que revelan la concepción martiana de la cultura. Hay una síntesis en su presentación, pero no transculturación ni mezcla, sino una avenencia de culturas no antagónicas, diferentes, reflejo de la concepción martiana de la cultura americana.

De 1881 data su primera mención del nacimiento telúrico de Bolívar, en el discurso pronunciado en el Club de Comercio de Caracas, mención que reitera en el *Delmónico*’s, en la celebración del Centenario del Héroe, en 1883; en los artículos sobre “Heredia”, de 1889 y “Antonio Bachiller y Morales” y en el publicado en *Patria*, “La fiesta de Bolívar en la Sociedad Literaria Hispanoamericana”. Los fragmentos que mencionan al héroe, participan de un sistema simbólico, cuyas imágenes y significaciones son propias de Hispanoamérica.

Dice:

Parecíame aquel polvo el de la horrenda ruina –y veía desplomarse a la señorial Caracas, a la gentil Barquisimeto, a aquella Guaira que atrás dejaba a Mérida florida; y lamentos –como con alas salían de entre las piedras de San Jacinto– que se abrían –y teñido en sangre veía un pilar inhiesto, y por entre las grietas de la hambrienta tierra, veía senos de fuego, y rastreando por aquellos muros, cual si se propusiese retar desde lo más alto de la catástrofe tremenda a la Naturaleza; veía al fin a nuestro Padre común, enjuto de ira el rostro, crispando la elegante mano, como para empuñar en ella todo el fuego de la tierra; –que no parece sino que para que tan alta criatura fuese dada a luz, hubiera sido necesario que la tierra toda sufriera extraordinario dolor de alumbramiento.–

Al presentar a Bolívar como héroe telúrico, Martí toma posesión del espacio americano. La figura del héroe se presenta como un árbol, en torno al cual se integran todos los componentes que forman el espacio; compuesto a su vez por la tríada simbólica: nivel superior (celestial, el héroe concentra en sí los valores de este mundo superior), nivel intermedio (la tierra y el hombre mismo, lugar en que ha vivido) y el nivel inferior (las fuerzas telúricas, que provocan su naci-

miento). El héroe actúa como “vaso comunicante” entre los tres niveles.

La presentación del terremoto y la irrupción de Simón Bolívar tienen una función metafórica. En el fragmento que describe, percibimos tres tiempos: el anterior al terremoto simbolizando la dominación española; uno breve, el terremoto, como la gesta independentista, y uno posterior: las repúblicas que se fundan tras las guerras.

Poéticamente, el movimiento telúrico elimina la organización colonial del mundo americano, y simboliza el origen de las repúblicas, su nacimiento, en el cual los sistemas políticos no se han instaurado. El viejo mundo es abolido y en el mundo paradisíaco del origen⁵ se instaurará la república “con todos y para el bien de todos”. Lo que pone de relieve no es solo el terremoto como fin del mundo colonial, sino el comienzo de las nuevas repúblicas bajo el liderazgo espiritual de Bolívar, y a Martí como un continuador.

La presencia de Simón Bolívar y la descripción de los efectos del terremoto ocurren en el espacio ciudadano. La ciudad es el lugar donde ocurre una paulatina identificación de los individuos con el entorno, ahí muestra sus signos la civilización que los habita. Las ciudades americanas poseen los símbolos coloniales, entre ellos el templo –lugar en el que aparece el Bolívar martiano dentro del discurso– es centro de poder, de dominación cultural y lingüística. El terremoto simboliza una purificación de la ciudad, la muerte de los viejos tiempos y la venida de los nuevos. El hombre y su entorno se reconstruyen mutuamente. El restablecimiento de la ciudad ocurre ahora bajo los signos de la modernidad de las nuevas repúblicas, encarnada en los ideales integracionistas de Simón Bolívar.

⁵ Cuando se menciona el origen, se está hablando de un origen poético, en el cual no hay nada, y se precisa construir el mundo. En este caso la referencia es a un mundo sin política.

La perspectiva⁶ de la descripción del acontecimiento es la del hablante, que observa desde lejos y se acerca, sin involucrarse, hasta centrarse en la figura principal, Simón Bolívar.⁷ La escena se enuncia con una oración atributiva, cuyo verbo con función copulativa, “parecía”, indica que el texto siguiente está mediado por la visión del hablante.⁸ Es una oración que proporciona un matiz de duda, de incertidumbre. En este caso, el copretérito no solo indica un alejamiento de la realidad temporal, sino también de la realidad o factualidad del evento.⁹ A través de este tipo oracional, el autor enuncia que expresará su opinión, y se transporta desde la realidad objetiva, hacia otra verosimilitud, un mundo probable y fabuloso: el del imaginario cultural hispanoamericano.

Seguido de la oración: “Parecíame aquel polvo el de la horrenda ruina” en la que encontramos un salto desde “lo real”¹⁰ hacia lo simbólico, tenemos cinco estructuras anafóricas enlazadas

⁶ Tomamos el concepto de perspectiva de Boris Uspieski, “Estudio del punto de vista: forma espacial y temporal”, en *Selección de lecturas de investigación crítico-literarias*, Salvador Redonet Cook, compilador, t. II, Editorial Félix Varela, La Habana, 2000, p. 357: “La perspectiva es, en general, un sistema para la representación de tres o cuatro dimensiones espaciales por medio de procedimientos artísticos, específicos de cada tipo de arte. En la perspectiva lineal, por ejemplo, el punto de referencia es la posición del sujeto que describe. En las artes visuales encontramos la transposición del espacio real y multidimensional a la superficie bidimensional del cuadro. En el cual el punto de orientación es la posición del artista. En la literatura se obtiene el mismo efecto gracias a las relaciones temporales y espaciales de tipo verbal, entre el sujeto que describe (autor) y el acontecimiento descrito.”

⁷ Aunque no estamos en presencia de un relato (cuento), ni de una novela, sino de un discurso, adoptamos las categorías del análisis literario de estos géneros, que nos son útiles en el análisis de este fragmento, específicamente para valorar la ubicación espacial.

⁸ Para Gili y Gaya, “Cuando el que habla estima que su juicio corresponde a una realidad, formula su pensamiento con una oración afirmativa o negativa con el verbo en indicativo. Si, por el contrario, cree que el juicio es solo mental, sin atreverse a considerarlo coincidente con una realidad objetiva, lo expresa como posible, probable o dudoso [...] No hallamos [...] en el terreno de los juicios problemáticos de la Lógica, pero insistimos en que no se trata de su valor lógico, sino de la actitud subjetiva ante ellos.” *Curso Superior de Sintaxis Española*, Editorial Pueblo y Educación, 1975.

⁹ Para Ángela Tulio, en el *Manual de gramática del español*, “el copretérito no solo puede indicar un alejamiento en el sentido temporal sino también en el de la realidad o factualidad del evento.” Colección Editorial Universidad, Buenos Aires, 1997.

¹⁰ José Martí, en el texto que antecede, se encuentra narrando pasajes de la historia americana.

por la conjunción “y”, correspondientes a planos espaciales diferentes, pero con iguales valores tanto sintácticos como semánticos. El fragmento inicia con una descripción del terremoto en líneas generales: el desplome de las ciudades, que en el plano mítico corresponde al desplome de un mundo anterior a Simón Bolívar, al caos instaurado por la colonización que este eliminaría. Las ciudades representan la civilización impuesta por la metrópoli, el centro de las relaciones sociales en la historia continental. La conquista trajo como consecuencia la destrucción de las ciudades de las civilizaciones autóctonas, y en el mismo espacio tuvo lugar la reconstrucción citadina bajo los códigos de la cultura vencedora.

La descripción se realiza en tres niveles espaciales con respecto al hablante, representados cada uno en una estructura sintáctica: superior, intermedio –hablante-personaje–, e inferior. El punto de vista es el de un espectador que contempla una escena, y permanece en el mismo plano del personaje, con lo que el autor, José Martí, participa, como espectador, de la creación de un mito, y enuncia la posibilidad –al estar ambos en el mismo plano– de encarnar el mito, hecho que reiterará en 1893, y que le va a servir de base para la campaña política de llevar la independencia a Cuba.

La descripción del primer nivel espacial corresponde al cielo. El punto de vista se acerca paulatinamente al personaje, el hablante, situado en el intermedio, mira hacia lo alto: “lamentos –como con alas salían de entre las piedras de San Jacinto– que se abrían”, es la mención al efecto humano del terremoto. Luego de la ruptura de la armonía, del orden establecido, sobrevive el caos, el dolor simbolizado en los lamentos.

Este, dentro de la poética martiana, tiene un valor positivo, es “la única arma de que dispone el hombre para contrarrestar las fuerzas del mal, las fuerzas destructoras de esa armonía cósmica”.¹¹ “el dolor no es solamente un acto de generosidad cosmológica que vierte sus frutos sobre el resto del mundo. Su valor sacrificial permite [...] alcanzar una purificación progresiva y acceder así a una perfección cada vez mayor, que conlleva en última instancia, la máxima felicidad, tanto para

el individuo que sufre como para la totalidad del universo”.¹² No es casual que la escena se sitúe en las ruinas de San Jacinto, nace en las ruinas de un templo, sitio sagrado para la cultura cristiana, como símbolo de la ruptura de las viejas relaciones con la institución, las viejas relaciones católicas, y la creación de nuevas relaciones, basadas en la ética cristiana.

En un plano intermedio está situado el hablante: “teñido en sangre veía un pilar inhiesto”, puede aquí leerse una insinuación a los sacrificios ancestrales: a la naturaleza le han sido sacrificados los hombres: es la súplica porque regrese el orden en medio del caos, o alusión al dolor de la concepción, y una prefiguración de la aparición posterior de la figura de Bolívar. Comienza la oración gramatical con un complemento circunstancial que indica modo: “teñido en sangre”, la prioridad no es el pilar, sino su característica: oculto por la sangre, cubierto por ella, la primera mención es la que significa “ocultamiento del original”, “máscara”, pero lo que enseña es la sangre sobre un pilar que, por un lado recuerda los sacrificios humanos, las culturas precolombinas, y por otro de altar; como alusión a la cultura cristiana, occidental, y particularmente en fe cristiana; porque el pilar es un sostén, generalmente sobre él se colocan las estatuas de vírgenes o santos dentro de las iglesias; sin embargo, también puede prefigurar la figura de Bolívar y de los ideales independentistas y patrióticos, que en medio de la tragedia del terremoto quedan en pie, y también representa el vaso comunicante entre el cielo, la tierra y los hombres. Funciona la expresión como una anticipación. Coexisten discursos culturales diferentes, sin oposición, como síntesis identitaria.

Luego la descripción pasa al nivel tónico: “por entre las grietas de la hambrienta tierra, veía senos de fuego”. El elemento priorizado que ocupa el primer puesto en la oración gramatical, es un complemento circunstancial de lugar; el espacio es el protagonista de la acción hasta el momento. Las grietas de la “hambrienta tierra” refieren a las culturas indígenas, la tierra (la naturaleza) pide sacrificios del hombre, porque la armonía del universo ha sido rota. La ruptura es símbolo del desequilibrio entre lo que España propone para América y lo que América quiere y necesita.

¹¹ Carlos Javier Morales, *La poética de José Martí y su contexto*, Editorial Verbum, Madrid, 1994, p. 46. Esta categoría, referida en la obra martiana, ha sido estudiada ampliamente por varios autores, como el citado y José Olivio Jiménez.

¹² Carlos Javier Morales, ob. cit., p. 48.

España ha sometido a América, los criollos e indígenas se han subordinado, pero también rebelado, y han comenzado las luchas independentistas, y con ellas el orden establecido por la colonización quebró; el terremoto es la expresión telúrica de la ruptura, se precisa restaurar el orden para alcanzar la armonía. La tierra tiene hambre de justicia, paulatinamente se enuncia la liberación, con el nacimiento del redentor: “veía senos de fuego” uno de los elementos vitales: el fuego es calor y luz, pero también es símbolo del hogar, y el hogar mismo es la energía vital, telúrica utilizada en función del nacimiento del héroe, que es creado con fuego, fuerza purificadora y sanadora, representante del hogar y la familia.

Ya aparece Bolívar, en plena analogía con la naturaleza: “rastreado por aquellos muros, cual si se propusiese retar desde lo más alto de la catástrofe tremenda a la Naturaleza, veía al fin a nuestro Padre común, enjuto de ira el rostro, crispando la elegante mano, como para empuñar en ella todo el fuego de la tierra”, y culmina con el nacimiento del héroe, parido o salido de lo más profundo del continente americano.

Se presenta a Bolívar como “Padre común”, en semejanza con una deidad, pues para la cultura cristiana, el Padre de todos los hombres, es el Creador, es Dios, el Redentor, el Hijo de Dios; así que reúne en la figura de Bolívar, al menos en este pasaje, al creador y al redentor.

En primera instancia, dice que Bolívar “parece retar a la naturaleza”; pero luego aclara que ha absorbido la energía de la tierra; por tanto, es parte de ella: “Crispando la elegante mano como para empuñar en ella el fuego de la tierra”. La energía telúrica restaura el orden universal.

A modo de corolario finaliza el fragmento con un resumen de la idea: El terremoto se transforma en símbolo del parto de una mujer, pero a su vez la tierra es la mujer; está hiperbolizado el nacimiento del héroe. Bolívar adquiere una connotación semi-divina; pero a diferencia de los héroes clásicos, la paternidad o maternidad no se da directamente de un dios o una diosa sino de la misma tierra, lo que está en función de la identidad continental y de presentar a Bolívar como héroe americano, que nace de las entrañas mismas del Continente.

Hasta 1893 esta es la visión del héroe que prima, pero en “La Fiesta de Bolívar en la Sociedad Hispanoamericana”, publicada en *Patria*, a la

teluricidad se añade la significación de pueblo. El mito bolivariano alcanza su mayor expresión, pues ya Bolívar ha pasado de héroe meramente telúrico a héroe cultural; de un héroe que encarna a América, a la América encarnada en un hombre, como guía para la redención:

La América, al estremecerse al principio de siglo desde las entrañas hasta las cumbres, se hizo hombre y fue Bolívar. No es que los hombres hacen a los pueblos, sino que los pueblos, con su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre. A veces está el hombre listo y no lo está su pueblo. A veces está listo el pueblo y no aparece el hombre. La América toda hervía: venía hirviendo de siglos: chorreaba sangre de todas las grietas, como un enorme cadalso, hasta que de pronto, como si de debajo de la tierra los muertos se sacudieran el peso odioso, comenzaron a bambolear las montañas, a asomarse los ejércitos por las cuchillas, a coronarse los volcanes de banderas. De entre las sierras sale un monte por sobre los demás, que brilla eterno: por entre todos los capitanes americanos, resplandece Bolívar.

Comienza el texto con una reflexión sobre la identidad tierra-héroe, héroe-pueblo. El elemento “pueblo”, que no se ha encontrado en las anteriores presentaciones del nacimiento simbólico de Bolívar, se incorpora aquí, funciona como una identificación-actualización de la gesta libertaria americana con las de las Antillas aún no liberadas.

El primer elemento del párrafo es telúrico: “La América, al estremecerse al principio de siglo desde las entrañas hasta las cumbres, se hizo hombre y fue Bolívar.” Hay aquí un primer cambio conceptual, con respecto a las anteriores menciones del nacimiento, pues el héroe no es ya un “hijo” de la tierra, sino que es su encarnación en América. Condensa así su interés en pos de nuestra identidad.

Presenta el terremoto como un estremecimiento desde “las entrañas hasta las cumbres”, personifica a la tierra misma, y más adelante refuerza la significación cuando habla de las “entrañas”, que es el interior, lo más profundo del ser humano; pero también lo más profundo de la tierra, evoca el momento del nacimiento, del parto de la mujer: dice “y fue Bolívar”; ese “fue” es polisémico: y nació Bolívar, el tránsito evoca el momento de la concepción: estremecimiento, instante del parto,



se hizo hombre, segundo momento que evoca la personificación de América. Por su parte, la América, mujer, se estremeció –parió con el terremoto a un hombre, hecho de ella misma, y ese hombre fue Bolívar– considerado ya uno de los más grandes héroes de América hispana.

Luego de la presentación del nacimiento del héroe, telúrico y divino, se pasa a la conformación de un tercer elemento definitorio: su carácter humano –ya enunciado antes con: “y fue Bolívar”– asumido como pueblo americano, y se identifica el momento histórico preciso que posibilitó el nacimiento del héroe. Bolívar nace no solo de las fuerzas del Continente, de esa energía telúrica, sino también de la sangre y las luchas anteriores de los pueblos americanos de la historia,¹³ pues es la historia, simbolizada en los muertos que se revuelven en las entrañas de la tierra, quien provoca el terremoto. Bolívar tiene a la vez esencia divina, telúrica y de pueblo, y esta última es la definitoria, además con lo del “monte que brilla eterno”, le confiere la eternidad, cualidad divina.

¹³ Para percibir el significado total de estas líneas, es preciso tener en cuenta que el texto es una reseña de una velada, en la cual el autor ha pronunciado un discurso donde explica cuales son las causas históricas que han propiciado el levantamiento.

Luego de la descripción y fundamentación simbólica del terremoto, hay un segundo tiempo: el nacimiento del héroe, Simón Bolívar, que primero se enuncia con la presencia de los soldados: “comienzan [...] a asomarse los ejércitos por las cuchillas, a coronarse de banderas los volcanes.” En estas expresiones encontramos reiteraciones de la presencia del elemento pueblo, como definidor del carácter simbólico, telúrico y cultural en la conformación del héroe americano.

Es un discurso abarcador, que incluye, como destinatario implícito, no solo a los lectores de *Patria*, sino a todos los oprimidos por la metrópoli española; el ejército americano, compuesto por diferentes estratos sociales americanos, está en lo alto de las montañas, en los Andes, y su triunfo se encuentra en las banderas ubicadas en lo alto de los volcanes, pero entre el ejército identificado con las montañas se divisa una más alta que va a ser del guía: “entre todos los capitanes americanos, resplandece Bolívar”, notemos aquí de nuevo la significación inicial de lo “solar”, con que se cierra este párrafo, dotándolo de una coherencia externa y una estructura circular.

En 1893 José Martí organiza lo que llamó “la guerra necesaria”, la lucha por la liberación de aquella porción de Hispanoamérica aún colonia de España. Bolívar ha sido una de las figuras centrales de la independencia continental. Evocarlo es validar su propio proyecto ante el público lector de *Patria*.

Es aquí donde ocurre la transformación de Simón Bolívar de héroe telúrico a héroe cultural de Latinoamérica, que ha nacido del Continente, y se debe a él, a lo humano, los americanos oprimidos son el fundamento que lo ha hecho nacer, y es el héroe unificador y transmisor de los valores patrióticos y éticos. Cualquier hombre puede ser héroe, solo es preciso que se junten las fuerzas naturales y que se den las condiciones necesarias para que surjan los héroes: lo que está en consonancia con su pensamiento y accionar a favor de la independencia de Cuba, y de su deseo de ser reconocido como líder del movimiento revolucionario para cohesionar fuerzas. Es su objetivo demostrar, implícitamente, que son las condiciones las que crean al héroe, y que el héroe ha de resumir las esencias propias del Continente sin que medien antagonismos. ■



José Martí y la República soñada*

LUIS FIDEL ACOSTA MACHADO

*Curiosidad.
- Aquí entre nosotros, Apóstol,- ¿qué fue lo
que usted quería?*

Caricatura. El Bobo de Abela. Colección del Museo
Nacional de Cuba.

*Trabajo presentado como ejercicio final del curso sobre José Martí impartido por la profesora Francisca López Civeira 4to año, Licenciatura en Historia.

Para no pocos investigadores el pecado original de José Martí fue el no haber dejado entre su vasta obra un documento, artículo o escrito en el que dejara constancia de un plan concreto de República aplicable a la Cuba post-colonial. Tal vez sea esa la causa de lo atractivo que ha resultado siempre la temática para tantos estudiosos del pensamiento del Maestro, causa por la cual se hallan diversas ideas e interpretaciones

acerca de lo que se podría denominar “la República martiana”. Quien suscribe estas páginas aspira, sin pretensión alguna, sumarse al grupo de aquellos que han quedado hechizados por el tema y, tal vez, arrojar un poco de luz sobre esta cuestión con este artículo que se desarrolla a partir de tres textos martianos fundamentales para entender cabalmente esta faceta del pensamiento del Maestro y que son: “La República Española ante la Revolución Cubana”,¹ un trabajo de febrero de 1873 contado entre los primeros y más importantes escritos por Martí junto a “El presidio político en Cuba”; “Nuestra América”,² aparecido por primera vez el 1 de enero de 1891 y luego vuelto a publicar el 30 de enero del mismo año; y el discurso pronunciado por Martí en el Liceo Cubano de Tampa en 26 de noviembre de 1891 conocido con el nombre de “Con todos y para el bien de todos”.³

Resulta harto conocido que José Martí no nos legó el esquema, la estructura u organización estatal que tendría la República de Cuba luego de alcanzado el triunfo revolucionario. Sin embargo, no había forma de que el Apóstol supiera tal cosa. Dentro de su brillantez, Martí nunca habría intentado “predecir” algo que sabía tendría que construirse paulatinamente, de acuerdo con el desarrollo histórico y social de la Isla, primero al interior de la lucha revolucionaria y luego, después de alcanzado el triunfo. Sin embargo, sí dejó plasmadas las bases o principios que en su opinión debían regir la futura República, la cual el autor de estas líneas prefiere entender más como una concepción –la “República martiana” a la que se hacía referencia anteriormente– que como una organización estatal estructurada a partir de leyes e instituciones bien definidas.⁴ Y acerca de su

concepción republicana, el Maestro sí dejó incontables huellas a todo lo largo de su obra.⁵

Las concepciones republicanas de Martí, están fundamentadas a partir de sus experiencias en aquellas repúblicas en las que vivió, las latinoamericanas y, por qué no, la norteamericana, las cuales estudió con profundidad; y de sus propios juicios y reflexiones, aquellos que solo podían brotar de un pensamiento creador de altos quilates como el suyo, producto del cual son sus ideas de la “república moral” y el “equilibrio republicano”, por solo citar dos ejemplos, y que tornan única su concepción republicana. Por tanto, la República martiana ha de ser entendida en su carácter ecléctico y aglutinador, construida a partir de las experiencias del Maestro, por todo aquello que ha visto y conocido en América y no desea reproducir en su patria soberana, y además, es profundamente original, compuesta por nuevos patrones y valores, aspectos que le brindan su mayor magnitud y notoriedad.

La visión, siempre amplia y profunda, de José Martí no obvió un aspecto tan importante para el desarrollo futuro de Cuba e incluso de América en general, como el de la República, sus bases y principios rectores, que debía estructurarse en la mayor de las Antillas luego de alcanzado el triunfo mambí en la contienda independentista. Tanto fue así que la ruta seguida por Martí hasta su caída en Dos Ríos, acompañado por Máximo Gómez, no tenía otro fin que el Camagüey, donde en asamblea representativa del pueblo cubano, el Apóstol sentaría las bases de lo que luego sería la futura República de Cuba, que no podía tener otro antecedente y modelo que la República en Armas, como lo fue en gran medida, aunque distando de manera absoluta de las concepciones martianas. Por lo que no cabe duda de que, de no haber muerto el Apóstol aquel fatídico 19 de mayo, muchas de las ideas que se reflejarán en este artículo habrían tenido cabida en el texto constitucional salido de Jimaquayú y más aun en el redactado por la Asamblea Constituyente en 1901.

⁵ No obstante, con una concepción tan profunda acerca del ideal republicano como la que poseía, es difícil no imaginar cómo hubiese estructurado el Maestro la futura República de Cuba en la patria libre del colonialismo español, aunque esa asunción nos llevaría al campo de la especulación, uno que el historiador serio debería siempre evitar. Sin embargo, la tentación permanece latente.

¹ José Martí, “La República Española ante la Revolución Cubana”, en: *Obras escogidas* en tres tomos, Editora Política, La Habana, 1978, t. I, pp. 59-69.

² José Martí, *Nuestra América. Edición Crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010.

³ José Martí, “Con todos y para el bien de todos”, en: *Discursos*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, pp. 147-158.

⁴ Baste señalar que la única vez que Martí se refirió a una ley concreta que debía poseer la República cubana, fue en su discurso “Con todos y para el bien de todos” cuando señaló que: “yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre”. José Martí, “Con todos y para el bien de todos”, en: ob. cit., p. 149.

Una República cuna de libertad y fiel a su contenido

Uno de los primeros textos en el que ya se vislumbran aspectos importantes de la concepción republicana de Martí, es “La República Española ante la Revolución Cubana” en el que ya se percibe claramente el genio y el alcance de miras de la figura que más tarde llegará a ser. Dicho texto evidencia el altísimo nivel ético y moral del que Martí hará gala toda su vida y con el que va a revestir todo lo que hace. Y es en este sentido donde se muestra el principal aporte o elemento integrador de la concepción martiana de República y es el hecho de que, por encima de todo, la República, cuna de libertades, simboliza precisamente eso, la libertad, aspecto que el Apóstol sostiene a través de dos ideas en el texto: “La República niega el derecho de conquista”⁶ y “La República condena a los que oprimen”.⁷ Dentro del espíritu republicano, que engendra libertad, no pueden residir otros intereses que no sean los de la defensa de esta en toda forma o momento. Tal es la causa de que Martí pregunte “¿No espantará a la República saber que los españoles mueren por combatir a otros republicanos?”⁸ Y estos son los independentistas que, alzados en Cuba el 10 de octubre, han fundado la República en Armas en Guáimaro el 10 de abril de 1869, por lo que combaten por su libertad con el mismo manto republicano con que España se ha cubierto.

Ideal de libertad, liberadora es la República, pero esta ha de ser consecuente con su contenido, ha de ser la “República moral” y he ahí otro elemento integrador de la concepción republicana del Maestro, importantísimo de acuerdo a sus palabras al decir: “[...] la maldeciré mañana cuando una República ahogue a otra República, cuando un pueblo libre al fin comprima las libertades de otro pueblo”.⁹ Así, libertad y fidelidad a este principio, son las dos ideas rectoras que guían el pensamiento republicano martiano desde su más temprano momento.

⁶ José Martí, “La República Española ante la Revolución Cubana”, en: ob. cit., p. 61.

⁷ *Ibidem.*, p. 62.

⁸ *Ibidem.*, p. 61.

⁹ *Ibidem.*, p. 59.

Martí critica la posición de la República española frente a la Revolución cubana y la acusa de no haber logrado entender el ideal de República, y la insta a cumplir en su legítima pureza el ideal republicano, ese mismo que va cobrando forma y cuerpo en el pensamiento del Maestro y del que aquí notamos sus primeros elementos.

Otro principio constitutivo de esta concepción martiana, que ya se verifica en este texto y que se profundizará en otros de mayor madurez política y social, va a ser el elemento del sufragio universal y la justicia del gobierno, o la “democracia efectiva” como rectora del desarrollo republicano. Con respecto al primero expresa Martí que “la República se levanta en hombros del sufragio universal, de la voluntad unánime del pueblo”,¹⁰ de lo que también puede inferirse el alcance tan elevado que tiene para Martí la palabra democracia, la verdadera, ejercida por los elementos populares a los que debe representar y en los que debe recaer todo el poder, derechos otorgados por la revolución realizada. Y con respecto a lo segundo escribe Martí “la República sepa cimentar sobre justicia sabia y generosa su gobierno”.¹¹

Para José Martí la República no puede ir contra sí misma, contra la libertad que defiende y que le es inherente o corre el riesgo de convertirse en “República de sin razón y de ignominia, y el gobierno de la libertad sería tal vez gobierno liberticida”.¹²

Por la República autóctona

Uno de los elementos constitutivos de la concepción republicana de José Martí que se repite como una constante, ya referida a los pueblos americanos en general (*Nuestra América*) o al cubano en particular (*Con todos y para el bien de todos*), es la idea de la autoctonía en las estructuras sociales, económicas, políticas y en todos los aspectos que conforman a un pueblo en particular. Baste señalar aquellas palabras suyas, que tanto guardan en su interior: “Injértese en nuestras Repúblicas

¹⁰ *Ibidem.*, p. 62.

¹¹ *Ibidem.*, p. 66.

¹² *Ibidem.*, pp. 68-69.

el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”.¹³ O sea, una República formada a partir de los elementos naturales del país, de su pueblo, que no reproduzca o busque fórmulas ajenas de organización y gobierno que la lastren al no acomodarse a sus elementos constitutivos. Para el Apóstol “el espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma de gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país”.¹⁴

Pero el autoctonismo republicano que tanto defiende Martí no solo es aplicable a las formas o métodos de gobierno sino al propio espíritu que debe regir la República. En cuanto a esto debe entenderse que el Maestro es un luchador anticolonialista no solo en el campo material, o sea, en el control efectivo que una Metrópoli pueda tener sobre su colonia, sino también en el aspecto espiritual, de las formas, en aquello que queda inserto en el espíritu de un pueblo luego de siglos de dominación colonial que lo atrasan o lo frenan en su propio desarrollo al estructurarse o mantenerse caracteres ajenos a los elementos integrantes de una nación. Baste recordar el juicio martiano acerca del principal problema que arrastraban los estados americanos en los que la colonia continuó viviendo en la República, por lo que en estas se requería no un cambio de formas, sino un cambio de espíritu, así pues la República debía de ser purgada de las formas arcaicas y colonizantes que pudiesen permanecer en su interior como rezaño del pasado colonial.

Por otra parte, en “Nuestra América” ya el Apóstol esboza dos aspectos que luego tratará más ampliamente en su discurso “Con todos y para el bien de todos” o sea, la idea de una República con los humildes y para los humildes, pues “Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores”.¹⁵ Y junto a esta idea, la otra de una República inclusiva, pues “si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república”.¹⁶

“Con todos y para el bien de todos”

La frase que da título a este acápite es una de las más discutidas...y criticadas del ideario martiano, más cuando se le inserta en el contexto de su concepción republicana. No pocas veces se ha tildado a Martí de utópico, ambiguo u oscuro a causa de esta expresión, sin embargo, es una de las que, a juicio del autor, encierra con mayor claridad y acierto el concepto republicano de Martí, aunque colocándola en las circunstancias y las condiciones precisas en que fue dicha y acompañada por las ideas que la complementan y le brindan su preciso sentido.

Desde el punto de vista factual, las condiciones en que José Martí realizaba su prédica política-independentista exigían antes que nada el logro de una unidad real y sólida al interior del campo independentista en la emigración, lastrado por profundas desavenencias y discrepancias internas que iban desde las ideas racistas que aun perduraban en la mente de viejos y jóvenes revolucionarios, las propias divergencias existentes entre la nueva y la vieja generación, hasta rencillas de tipo personal arrastradas desde la contienda anterior en la que no pocos veteranos quedaron profundamente enemistados unos con otros, rencillas que se profundizaron luego, a causa de los fallidos intentos por reiniciar la lucha independentista. Desde ese punto de vista, la prédica martiana debía girar en torno a la búsqueda de la unidad y no al señalamiento de divisiones y fracturas que podrían lastrar el proceso de preparación revolucionaria. Para José Martí importaba tanto en ese momento el apoyo del más humilde tabaquero que entregaba el recurso sublime de sus ahorros y su brazo, como el del dueño de la fábrica de tabacos, poseedor de capitales más que necesarios para el buen desarrollo de la futura contienda. Demostrado así queda en las Bases y Estatutos Secretos del PRC. No obstante, sería necio preguntarse los intereses de cuál de los dos sectores representaba el Apóstol quien siempre dejó bien claro con quienes deseaba echar su suerte.

Sin embargo, si se analizan con mayor profundidad las concepciones republicanas del Apóstol, se entiende más cabalmente esta idea del Maestro. Aquí ya se ha mencionado la importancia que

¹³ José Martí, *Nuestra América*, en: ob. cit., p. 10.

¹⁴ *Ibidem.*, p. 9.

¹⁵ *Ibidem.*, p. 12.

¹⁶ *Ibidem.*, p. 13.

Martí concedía a la democracia, a la legítima Democracia –con mayúscula– dirigida y fiscalizada por el pueblo al interior de la República, o sea, por aquellos sectores y clases marginados por el régimen colonial que constituían las bases sociales de su proyecto revolucionario. De lo que se trataba era de otorgarle a esos sectores una efectiva participación. De ahí que Martí apostaba por una República de mayoría popular que asegurara las transformaciones sociales que reclamaría el país luego de alcanzada la independencia. De esta misma manera, quedaría alcanzada la tan necesaria armonía entre los sectores o clases más pudientes de la sociedad con los sectores más humildes, poseedores, a través del justo ejercicio de la democracia, del poder efectivo, lo que conduciría al equilibrio tan defendido por el Apóstol, uno de los elementos principales constitutivos de República martiana, como lo demuestra a través de estas palabras: “creo aun más en la república de ojos abiertos, ni insensata ni tímida, ni togada ni descuellada, ni sobreculca ni inculta”.¹⁷

Por lo que la instauración de una República popular en la que se encontraran en efectivo equilibrio las fuerzas de los sectores acomodados de la sociedad y los sectores populares, en beneficio de estos últimos, en amplia mayoría en la nación, y en la que el ejercicio democrático fuera genuino y valedero, bien podría estructurar una sociedad inclusiva “con todos y para el bien de todos” por lo que, visto de esa manera no se hallan tan descabelladas las ideas martianas de equilibrio e inclusión social, donde viniese, tras el triunfo independentista, una República “preparada por medios dignos del decoro del hombre, para el bien y la prosperidad de todos los cubanos”.¹⁸

No resulta fútil señalar que, junto a la idea del equilibrio y la inclusión social, Martí señala un aspecto más de enorme trascendencia que se encuentra contenido en la primera ley que el Apóstol desearía fuese la primera de la República: “el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre”,¹⁹ lo que reafirma al señalar que “o la república tiene por base [...] el respeto, como de



honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre, –o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos”,²⁰ principio fundamental a los ojos del más universal de los cubanos –no podría ser de otra manera para el hombre que brindó el más excelso concepto de Patria al expresar que era humanidad– de toda organización republicana, la cual encierra en su interior todo lo anteriormente dicho.

Así pues, suscríbese sin temor a equívocos una de las frases más bellas brotadas del pecho de un cubano: “Y pongamos alrededor de la estrella, en la bandera nueva, esta fórmula de amor triunfante: “Con todos y para el bien de todos”.²¹ ■

¹⁷ José Martí, “Con todos y para el bien de todos”, en: ob. cit., p. 149.

¹⁸ *Ibidem.*, p. 150. El subrayado es del autor.

¹⁹ *Ibidem.*, p. 149.

²⁰ *Ibidem.*, p. 149.

²¹ *Ibidem.*, p. 158.



Presencia

MI RAZA

JOSÉ MARTÍ

Esa de racista está siendo una palabra confusa, y hay que ponerla en claro. El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u otra: dígase hombre, y ya se dicen todos los derechos. El negro, por negro, no es inferior ni superior a ningún otro hombre: peca por redundante el blanco que dice: “mi raza”; peca por redundante el, negro que dice: mi raza”. Todo lo que divide a los hombres, todo lo que los especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad.

¿A qué blanco sensato le ocurre envanecerse de ser blanco, y qué piensan los negros del blanco, que se envanece de serlo, y cree que tiene dere-

chos especiales por serlo? ¡Qué han de pensar los blancos del negro que se envanece de su color. Insistir en las divisiones de raza, en las diferencias de raza, de un pueblo naturalmente dividido, es dificultar la ventura pública, y la individual, que están en el mayor acercamiento de los factores que han de vivir en común. Si se dice que, en el negro no hay culpa aborígen, ni virus que lo inhabilite para desenvolver toda su alma de hombre, se dice la verdad, y ha de decirse, y demostrarse, porque la injusticia de este mundo es mucha, y la ignorancia de los mismos que pasa por sabiduría, y aún hay quien crea de buena fe al negro incapaz de la inteligencia y corazón del blanco; y si a esa

defensa de la naturaleza se la llama racismo, no importa que se le llame así, porque no es más que decoro natural, y voz que clama del pecho del hombre por la paz y la vida del país. Si se alega que la condición de esclavitud no acusa inferioridad en la raza esclava, puesto que los galos blancos, de ojos azules y cabellos de oro, se vendieron como siervos, con la argolla al cuello, en los mercados de Roma; eso es racismo bueno, porque es pura justicia y ayuda a quitar prejuicios al blanco ignorante. Pero ahí acaba el racismo justo, que es el derecho del negro a mantener y probar que su color no lo priva de ninguna de las capacidades y derechos de la especie humana.

El racista blanco, que le cree a su raza derechos superiores, ¿qué derecho tiene para quejarse del racista negro, que le vea también especialidad a su raza? El racista negro, que ve en la raza un carácter especial, ¿qué derecho tiene para quejarse del racista blanco? El hombre blanco que, por razón de su raza, se cree superior al hombre negro, admite la idea de la raza, y autoriza y provoca al racista negro. El hombre negro que proclama su raza, cuando lo que acaso proclama únicamente en esta forma errónea es la identidad espiritual de todas las razas, autoriza y provoca al racista blanco. La paz pide los derechos comunes de la naturaleza: los derechos diferenciales, contrarios a la naturaleza, son enemigos de la paz. El blanco que se aísla, aísla al negro. El negro que se aísla, provoca a aislarse al blanco.

En Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro. En los campos de batalla, muriendo por Cuba, han subido juntas por los aires las almas de los blancos y de los negros. En la vida diaria de defensa, de lealtad, de hermandad, de astucia, al lado de cada blanco, hubo siempre un negro. Los negros, como los blancos, se dividen por sus caracteres, tímidos o valerosos, abnegados o egoístas, en los partidos diversos en que se agrupan los hombres.

Los partidos políticos son agregados de preocupaciones, de aspiraciones, de intereses y de caracteres. Lo semejante esencial se busca y halla, por sobre las diferencias de detalle; y lo fundamental de los caracteres análogos se funde en los partidos, aunque en lo incidental, o en lo postergable al móvil común, difieran. Pero en suma, la semejanza de los

caracteres, superior como factor de unión a las relaciones internas de un color de hombres graduado, y en sus grados a veces opuesto, decide e impera en la formación de los partidos. La afinidad de los caracteres es más poderosa entre los hombres que la afinidad del color. Los negros, distribuidos en las especialidades diversas u hostiles del espíritu humano, jamás se podrán ligar, ni desearán ligarse, contra el blanco, distribuido en las mismas especialidades. Los negros están demasiado cansados de la esclavitud para entrar voluntariamente en la esclavitud del color. Los hombres de pompa e interés se irán de un lado, blancos o negros; y los hombres, generosos y desinteresados, se irán de otro. Los hombres verdaderos, negros o blancos, se tratarán con lealtad y ternura, por el gusto del mérito, y el orgullo de todo lo que honre la tierra en que nacimos, negro o blanco. La palabra racista caerá de los labios de los negros que la usan hoy de buena fe, cuando entiendan que ella es el único argumento de apariencia válida, y de validez en hombres sinceros y asustadizos, para negar al negro la plenitud de sus derechos de hombre. De racistas serían igualmente culpables: el racista blanco y el racista negro. Muchos blancos se han olvidado ya de su color; y muchos negros. Juntos trabajan, blancos y negros, por el cultivo de la mente por la propagación de la virtud, por el triunfo del trabajo creador y de la caridad sublime.

En Cuba no habrá nunca guerras de razas. La República no se puede volver atrás; y la República, desde el día único de redención del negro en Cuba, desde la primera constitución de la independencia el 10 de abril en Guáimaro, no habló nunca de blancos ni de negros. Los derechos públicos, concedidos ya de pura astucia por el Gobierno español e iniciados en las costumbres antes de la independencia de la Isla, no podrán ya ser negados, ni por el español que los mantendrá mientras aliente en Cuba, para seguir dividiendo al cubano negro del cubano blanco, ni por la independencia, que no podría negar en la libertad los derechos que el español reconoció en la servidumbre.

Y en lo demás, cada cual será libre en lo sagrado de la casa. El mérito, la prueba patente y continua de cultura, y el comercio inexorable acabarán de unir a los hombres. En Cuba hay mucha grandeza, en negros y blancos. ■

Ala de colibrí



A CARGO DE: ALPIDIO ALONSO-GRAU

Emilio Ballagas

Las décimas que aquí aparecen fueron escritas por Emilio Ballagas (Camagüey, 7.11.1908-La Habana, 11.9.1954) después de *Cielo en rehenes*, el que vendría a ser su libro postrero. Con estas hermosas espinelas su autor resultó premiado en el Concurso del Centenario de José Martí. Constituyen un conjunto independiente dentro de la labor poética de Ballagas, y fueron publicadas por la Comisión Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario y el Monumento de Martí, en 1953, aunque luego han aparecido recogidas en varias compilaciones de su obra lírica.

En los párrafos finales de una conferencia concebida para el homenaje que el Lyceum de La Habana ofreció a Ballagas con motivo de su muerte, Cintio Vitier, al referirse a estas estrofas, observa lo siguiente: “No ocultaba el poeta su carácter ocasional de versos escritos para un certamen. Por lo demás, no parecía su voz la más adecuada para dar el tono requerido en estos casos. Lo dio, sin embargo, con una frescura y gallardía que salvaron, en la mayor medida posible, los escollos del obligado canto cívico. Al revés de lo que ocurre con las décimas a la Virgen, detenida cada una como estampa en su óvalo, muestran estas décimas a Martí un impulso de suce-

sión que las encadena alegremente como en las improvisaciones populares. Ballagas tuvo siempre un instinto certero de lo popular. Los pregones, nanas y bailes de la población negra o mestiza; las estampas de la devoción humilde; y ahora el tono de los rústicos improvisadores, hallaron en él un captador capaz de finas estilizaciones. Como ocurre en “Nuestra Señora del Mar”, las vivencias religiosas del poeta se filtran en estos versos últimos, dándoles su mejor calidad. Ballagas ve en Martí, esencialmente, el inmolado, el que vivió y murió a imitación de Cristo. Y en seguida le acuden las referencias a las Epístolas y los Evangelios [...]. También se advierten alusiones a los “Versos sencillos” en varios pasajes, y sobre todo resonancias de su estilo en algunas décimas [...].”

Con la publicación de esta singular pieza dentro de la órbita expresiva de Emilio Ballagas, *Ala de Colibrí* se une a quienes tanto en Cuba como en otras partes de Hispanoamérica —a sesenta años de su desaparición física— evocan con fervor a este gran poeta nuestro.



Décimas por el júbilo martiano en el Centenario
del Apóstol José Martí. 1953.
(Premio del Centenario)

A mi hijo

1

Subid, alondras del gozo,
jilgueros de la alegría
a saludar este día
de limpio viento en retozo.
Con juvenil alborozo
salid a ver la alborada
en que la patria alumbrada
por fulgores de blancura
siente que en la frente pura
le crece una llamarada.

2

¿Eres, Patria, realidad,
o el maravilloso sueño
de aquel que cifró su empeño
en salvar tu dignidad?
Vestida de claridad,
Cuba, tu imagen disfruto:
te miro cuajado fruto
de un cogollo que no vi,
firme raíz de Martí,
ala de vuelo absoluto.

3

Como en tierra labrantía
su corazón nazareno
repartió el Maestro bueno,
y en cada porción latía
su prolongada agonía
y su voluntad de hacer
sobre la cruz del deber
un milagro memorable:
¡trocar la sangre adorable
en la luz que habría de ser!

4

Porque si el grano no muere
será su estirpe abolida,
pero si entrega la vida
y darse a la tierra quiere,
vida prolongada espere
en vástagos vigorosos,
en encinares coposos
de perfumada madera,
en florida primavera
bajo cielos luminosos.

5

Mas tu simiente preciosa
después de bajar al suelo
alada tornóse al cielo
como un águila gloriosa.
Ahora su luz poderosa
prende en cada corazón
y hace universal razón
lo que pareció quimera.
(En los astros brilla entera
la divina ramazón...!)

6

Diálogo, Patria, contigo;
Martí, contigo conversó,
descalzo y desnudo el verso,
maduro y abierto el trigo,
partiendo con gesto amigo
el fraterno pan candeal.
Oh! Martí, padre leal,
en la Patria redimida
eres blanca sal de vida
y Ella el sabor de la sal.

7

Y otras veces canto a solas
entre imponentes palmares.
O a la orilla de los mares
viendo jugar a las olas.
Recojo en las caracolas
aquel inefable acento
con que conmoviera al viento
el Cordero de Dos Ríos.
Infundo así nuevos bríos
a mi lírico instrumento.

8

¿Cómo era su voz, cómo era?
¿Qué lucero ardía en su frente?
¿Qué arcángel adolescente
guardián suyo iba a su vera?
¿Quién puso a su cabecera
el lábaro vencedor?
¿Quién el diamante en temblor?
¿Quién la flamígera espada?
¿Quién le puso en la mirada
tanto cielo y tanta flor?

9

Cuando tu vida contemplo,
cuando me alumbro en tu gloria,
miro el templo de la historia
abrirse... y entro en el templo.
Que si conmueve tu ejemplo
y arrebató tu elocuencia
más asombra la paciencia
de escultor con que tu mano
logró en material humano
modelar una conciencia.

10

Conciencia de una nación,
cuerpo vivo de una idea
para que la Patria sea
más que remota abstracción
la cabal encarnación
del que con fiebre se lava
y voz encendida y brava
proclamó por varios modos:
“Con todos y para todos,
Cuba libre, nunca esclava”.

11

Sobre tu erguida cabeza,
novio altivo de la noche,
viste llover en derroche
los rayos de la belleza.
Lumbre para tu tristeza
que era el anhelo lustral
de entregarse en manantial
y ser elegido lirio
que en la espada del martirio
pone el cuello virginal.

12

Di de nuevo la canción
que conmoviendo la roca
sale en llamas de tu boca
cantando tu inmolación.
La historia de tu misión
quiero otra vez escuchar,
sentirte a mi oído hablar
porque si hablas a mi oído
yo me alzaré redimido...
Y torna Martí a cantar.

13

*Semilla de amores fui
que en la tierra pereciera,
el que de esta muerte muera
sabrás que no sucumbí
al ver que brotó de mí
un árbol maravilloso
donde un pájaro gozoso
vestido de claridad
un himno de libertad
se saca del pecho ansioso.*

14

*Guarda en tu dormido seno
la diminuta semilla,
un mundo de maravilla
o la sierpe del veneno.
Siempre puede el hombre bueno
del hierro hacer oro fino,
de la ortiga blanco lino,
del carbón puro diamante
y de la cruz infamante
símbolo de lo divino.*

15

*Yo guardaba en mi simiente
alas de arcángel plegadas,
espumas iluminadas,
montes cual de lava ardiente
y la devoción ferviente
que por una patria esclava
siente el hijo que se clava
allá en lo hondo de sí mismo
al ver que en oscuro abismo
encadenan su alma brava.*

16

*Del árbol labré un madero
donde ansioso de dar luz
abrí los brazos en cruz
y sin gemir lastimero
consentí que en hierro fiero
mi carne mártir sajara
para que se consumara
el misterio redentor
de un hombre que por amor
a su pueblo se ofrendara.*

17

*Y la voz torna a callar,
mas la canción es tan vasta
que se va extendiendo hasta
perderse sobre la mar.
La mar le da su bramar,
el trueno su voz gigante
y en la montaña distante
se serena y se suaviza.
Por el cielo se desliza
en un carro deslumbrante.*

18

*El labio de tu poeta
purifica con tu ascua
para que oficie en tu Pascua,
Apóstol, Príncipe y Meta.
Llévame a tu luz secreta,
al Reino donde estás vivo.
Si fuiste arcángel cautivo
hoy libre estás en la muerte
y al abrir el ala fuerte
nos cobija redivivo.*

19

*Oh! tú, su pueblo escogido,
tierno vástago creciente;
espiga convaleciente
que lleva el grano dormido.
¿No miras cómo el ungido
su clara antorcha levanta?
¿No escuchas de su garganta
la admonición incansable
que blandida como un sable
suplica, apostrofa y canta?*

20

*Que aún vive Martí, mirad!
Resurrecto como Cristo,
con un fulgor nunca visto
vive en nuestra libertad.
A Cuba le dice: “¡Andad!”.
Y Cuba se transfigura
mostrando en la frente pura
la estrella que alumbra y mata,
fanal de límpida plata
que en la bandera perdura.*



Intimando

A CARGO DE RAFAEL POLANCO BRAHOJOS

Entrevista al pintor, narrador y poeta

José Luis Fariñas

La obra de José Luis Fariñas como artista plástico goza de un reconocimiento indiscutido. Y es que todo el rico mundo interior del artista poblado de duendes y personajes fantásticos cobra vida en sus obras regidas por un dibujo de línea fina y persistente. La imagen del Apóstol le apasiona y Honda ha querido llevar a sus lectores algunas de las interesantes reflexiones de este artista contenidas en las preguntas que le formulamos.

¿Cómo llega José Luis Fariñas a las Artes Plásticas?

A través de los caminos del sueño, de la imagen transfigurada por la singularidad del iniciado (todo ser que busca en la fronda del misterio es un iniciado), fui acercándome a las artes plásticas de manera natural, como mismo me

acercaba cada día más a la inquietante noción de lo nocturno, de la música o de la ficción literaria, de las enigmáticas montañas, o de la aviación, profesión que fue la primera en atraer mi atención, de modo francamente ilusorio, luego de conocer la obra mayor de Antoine de Saint-Exupéry y de ver pasar un altísimo vuelo de prueba de un par de migs atravesando el cielo despejado. De manos de esa alquimista de artes y letras que es mi madre, quien me aleccionara sistemáticamente sobre los temas y materias propios de estas artes, también llegaron a mí, extraídos como tridestilados de su polifonía electiva, fragmentos esenciales de obras plásticas que se mantendrían en mi cosmos interno como referencias poderosas: Leonardo, Brueghel, el Bosco, Goya, Andrei Tarkovski, Servando Cabrera, Raúl Milián, la

gráfica de nuestro genial gallego Posada, los arabescos del pop y la imagen de Nefertiti en la notable foto de Chris Marker, por solo recordar unos pocos de esos referentes culturales que marcaron mi infancia. Mis primeros logros plásticos fueron en detrimento de mi carrera como pianista, al cuidado de Isabel Gómez Labraña en el Conservatorio Manuel Saumell donde, entre otros, recuerdo un dibujo atrevido de inspiración muy poco musical aunque surgiera en medio de la impoluta clase de coro de aquella entrañable María Álvarez Ríos, quien afortunadamente no supo de la existencia del papel que corría de mano en mano ante sus ojos abstraídos. Pero sin dudas, la música, desde Bach a Leo Brouwer –cuyo magisterio y música han sido siempre fuente de inspiración inagotable para mí, junto a Valera, Fariñas, Silvio y Gramatges–, seguiría siendo un yacimiento incitador durante todo mi crecimiento espiritual hasta el día de hoy. Recuerdo una serie de impulsos cartográficos, en torno a mi primer grado escolar, que me condujeron en tercer grado, entre decenas de dibujos de batallas, hasta copiar un minucioso y enorme mapa de África (el continente que más despertaba mi fascinación), que realicé en una inmensa cartulina desplegada sobre el suelo y con materiales profesionales, de los cuales mi madre me mantenía bien provisto. Realicé mapas de todas las regiones del planeta,



tanto físicos como políticos, aunque siempre preferí los físicos, que tenían el encanto de la tierra virgen como en el mapa de la Luna, por ejemplo, sin fronteras ni países, una visión prehistórica del mundo: espacios de prodigios ocultos sin la contaminación de la civilización humana, aunque, naturalmente, los nombres de ríos y accidentes delataban la presencia de esos “alienígenas” hostiles que somos nosotros en nuestro propio planeta, todo lo que *El pequeño Príncipe* no es, pero que sí lo somos, de manera global, todos nosotros, y creo que estamos a punto de no poder revertir la situación. Antes de comenzar en la Escuela Elemental “Paulita Concepción”, inicié una etapa –que continuó en San Alejandro y en el ISA, y que nunca daré por concluida– de constante estudio de obras fundamentales de pintura y dibujo, y, en un inicio, reproduciendo sin saciedad las imágenes que iba seleccionando de una gran bibliografía de Arte tanto de la biblioteca de mi madre, (donde conocí al fascinante Van Gogh, a Rodin y a Klee), como de las escuelas, así como de la excelente biblioteca de Sarah Ysalgué, Salvador y José Massip, donde comencé a degustar más a fondo el imprescindible arte japonés, prioritariamente los grabados de Hiroshigüe. Las obras de Pedro Pablo Oliva, Nelson Domínguez y Fabelo se insertaron en mi orbe visual de aprendizaje desde temprano, debido a mi cercanía con sus discursos, ya maduros por entonces, sin olvidar el influjo de Servando y de Antonia Eiriz, profesores a su vez de dichos excepcionales condiscípulos y maestros de mi madre en sus años de estudiante de la

ENA. No puedo dejar de recordar la impronta dejada en mí por las enseñanzas de Ulises Gómez, César Leal, Antonio Alejo, Carol Pulido, Orestes Díaz y Ponjuán.

¿Por qué Martí en tu obra?

Incluso antes que el verbo, para mí, como para muchos cubanos, fue y es Martí. Era imposible no sentir el fuego y la sencillez magistral de su luz desde casi cualquier ángulo de la vida. Tan a mano como el *Antiguo Testamento* o *Fausto*, mi madre tenía siempre varios tomos capitales de las *Obras Completas* de Martí como libros de cabecera. Esta omnipresencia temprana, espontánea y transparente, fue instaurando en mí una necesidad de reflejo acaso

inconsciente, que mantenía una reverberación espiritual a mi alrededor tan particular como podría haberle sucedido a los primeros cristianos en sus estancias de culto. Junto a nuestro mago y maestro Martí, solo dos o tres autores más estaban siempre a mano y a la vista, y también marcaron para siempre mis intereses creativos, como Goethe y Kafka. Aunque he reinterpretado su imagen durante un cierto periodo, intentando que, más que retratos, sean reflejos de su mente magna, de su ser interior, a través de su apariencia humana, no he logrado, ni creo que lograré nunca, hacer cristalizar cabalmente la intensidad cósmica de su mirada. Es, pienso, una meta inalcanzable tratándose de José Martí.



Cuando se lee con la conmoción imprescindible sus *Diarios de campaña*, uno comprende definitivamente que sus ojos, con su mirada tal cual era, no pueden ser representados.

¿Cómo se complementan en tu creación artística la poesía y la pintura? ¿Tiraniza una a la otra?

Como decía Kafka el menor adelanto en una de ellas engendra un trágico desasosiego en la otra. Aunque esencialmente se complementan a través de su materia raigal, la imagen, como señalaría Lezama, cada una tiene un orbe propio que exige una reescritura minuciosa de las polifonías del sueño. Cuando leí la primera línea del *Elogio de Marco Polo*, de Félix Pita (*Elusivo como un pez de tinieblas...*), supe que era posible

aproximarse al misterio de la encarnación visual del verbo en la imagen concreta, y viceversa, y es lo que intento desde entonces. Creo además que es difícil llegar a conseguir una obra plena y profunda sin un sacrificio intenso, lo cual hace aún más delicada la tarea de expresarse en dos medios expresivos diversos. Tarkovski, a quien considero, además de cineasta, como poeta y pintor, aunque estos dos medios no los trabajara directamente sino a través del tiempo de la imagen viviente de sus películas, lo refiere al alertarnos que una obra artística tiene que estar hecha con la vida misma del creador, no necesariamente autobiográfica, sino que contenga el mismo peso de angustia y de incertidumbre que la experiencia concreta de su dolor existencial. Considero que la poesía, arte que fluye desde

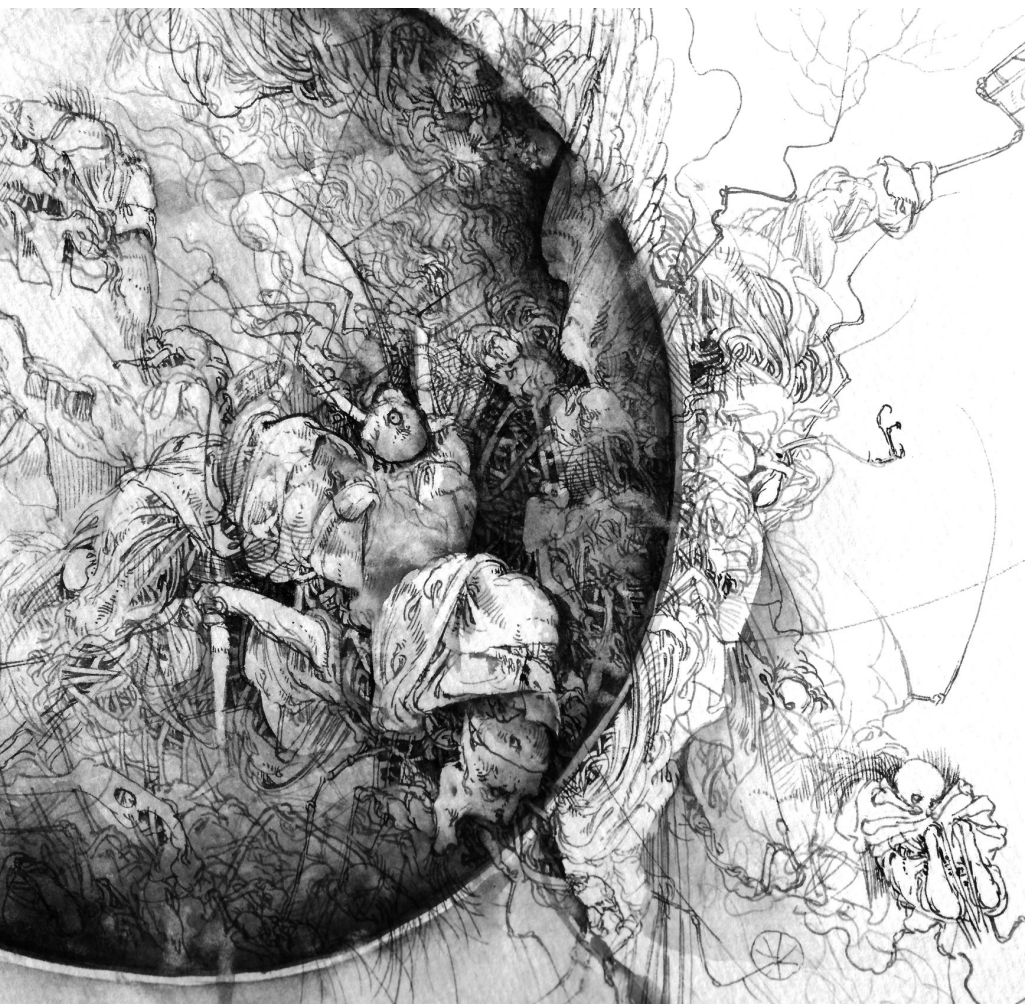
mi madre hacia mí desde que tengo memoria, como el dibujo lo es para las artes visuales, es el medio literario más adecuado para operar en los densos ámbitos del momento, con la suma aleatoria de los misterios perdidos.

¿Planes futuros?

Bajo la inspiradora presencia del trovador y escritor Fidel Díaz Castro, estoy preparando, una tercera serie de imágenes que ilustrarán una nueva aparición de su *Diablo Ilustrado*. Trabajo en una quinta exposición personal para la galería Miyako Yoshinaga de Chelsea, New York, y otra, también personal, de acuarelas y poemas, en la Galería de Nelson Domínguez radicada en el Casco Histórico de La Habana Vieja

Continúo trabajando en una edición para bibliófilos del *Fausto* de Johann Wolfgang Goethe, con la colaboración de mi madre en el diseño interior del volumen de *Ars Liber*, del exquisito editor Juan José Izquierdo. Igualmente prosigo colaborando con mucho entusiasmo desde la imagen y el verso para nuestro *Caimán Barbudo*, el ICL, la UNEAC, el Festival Leo Brouwer, y *La Pupila Insomne* (ahora también con *La Pupila Asombrada*) de Iroel Sánchez.

Agradecemos a Fariñas por haber accedido a ser entrevistado para Honda y esperamos que tanto este texto como su obra recogida en nuestra sección "Martí en la Plástica cubana" susciten el interés de todos nuestros lectores. ■



Páginas nuevas

Diccionario del pensamiento martiano

De inconmensurable puede calificarse, sin temor a la exageración, el legado del Héroe Nacional José Martí. Sus textos, tanto en prosa como en verso, resultan sustancial fuente de conocimiento, de sabiduría, de reflexión, acerca del vasto universo de realidades y problemáticas que ocupó, y preocupó, al más universal de los cubanos.

Al leer esos artículos, ensayos, discursos, cartas, es sorprendente comprobar la vigencia del ideario del Apóstol que, con el devenir del tiempo, ha trascendido su época, para así esclarecer, guiar, orientar, aconsejar, las acciones a emprender en los inicios de un nuevo siglo y milenio.

Contribuir a la promoción de ese ideario es el empeño que llevó a Ramiro Valdés Galarraga a dedicarse por varios años a seleccionar y ordenar el pensamiento del Maestro con el propósito de presentar, en un solo volumen, esas definiciones que a lo largo de su extensa obra dejó para su tiempo y para el porvenir, el Héroe de Dos Ríos.

El *Diccionario del pensamiento martiano* (Editorial de Ciencias Sociales, 2012, 788 pp.) es el título de esa obra, publicada originalmente en el año 2001, ahora en su tercera edición ampliada, en que, en orden alfabético, se recopilan más de nueve mil asientos que reproducen definiciones presentes en la obra del autor de *La Edad de Oro*.

En las palabras de presentación del volumen, Valdés Galarraga aclara:

Sintetizar la idea martiana fue siempre una constante en mis proyectos, pero esta idea no era de fácil ejecución. La abundancia de materiales, la diversidad de temáticas y la amplia gama de sus enfoques filosóficos, políticos y de toda índole, hacían verdaderamente ardua y delicada la ambiciosa tarea de una síntesis martiana que pudiera dotarnos de una especie de “Martí de bolsillo”, o de un “Martí en la mano”. Pero como deseaba un título más sustancial, opté por el de *Diccionario del pensamiento martiano*.

Es bueno señalar que esta obra no es un texto enciclopédico, muy lejos está de serlo; pero creo que la preparación de una enciclopedia martiana equivaldría a algo así como una duplicación de su obra completa, puesto que toda ella puede considerarse antológica –lo que, en última instancia, le haría perder su pretendida condición de síntesis.

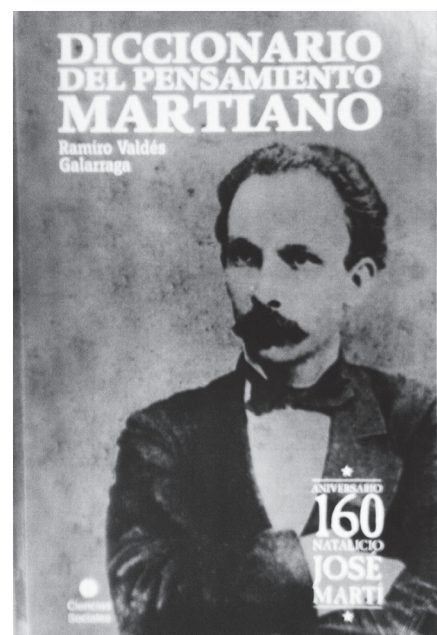
Vinculado por décadas a la docencia en diferentes niveles de enseñanza, Ramiro Valdés Galarraga (La Habana, 1919) desempeñó, asimismo, labores editoriales y de dirección en organizaciones políticas. Se dedica, en la actualidad, a investigar sobre temas históricos, políticos y científicos.

En el prólogo a la primera edición de este diccionario, José Cantón Navarro comentaba el inapreciable servicio prestado por el autor a investigadores y

estudiosos de la obra martiana, a periodistas y profesores y, de manera especial, a las nuevas generaciones para así contribuir a “su formación como cubanos, como hombres y mujeres leales a su patria, a sus próceres y a la humanidad”.

Otras obras, con similares presupuestos y fines, han intentado develar el ideario del Maestro. Ninguna, sin embargo, alcanza la trascendencia de este *Diccionario del pensamiento martiano*. Monumental aporte de Ramiro Valdés Galarraga al conocimiento y estudio de la huella de un hombre que, desde el siglo XIX, es ya presencia imprescindible en la historia del mundo. ■

FERNANDO RODRÍGUEZ SOSA



Un libro útil. A propósito de **100 preguntas sobre José Martí**

Resulta común en el gremio de los historiadores escuchar clamores en torno a la necesidad de la publicación de obras abocadas a la divulgación de contenidos históricos dentro de un público amplio. Sin embargo, solo en escasas ocasiones profesionales vinculados a la academia abandonan las cumbres de esta y emprenden la escritura de textos dirigidos a los “no iniciados” en las artes de Clío. Encarnación vívida de tal excepción es la doctora Francisca López Civeira quien, desde hace ya algunos años, viene contribuyendo a la difusión del saber histórico entre las más jóvenes generaciones.

En la obra de la doctora Civeira ocupan lugar especial varios textos concebidos para brindar a lectores no especializados las claves del decurso histórico nacional. En ellos confluyen la exhaustiva labor investigativa del historiador

con el empleo de herramientas comunicacionales alejadas de la aridez tradicional del discurso académico. Dentro de esta producción destacan libros como *Los hermosos veinte y Cubanos hacia el siglo xx*, ambos publicados por el sello editorial Gente Nueva.

En esta ocasión, la Premio Nacional de Historia 2008, nos regala el volumen *100 preguntas sobre José Martí*, el cual integra la colección *100 Preguntas* de la Editorial Gente Nueva. El acercamiento de la profesora Civeira a la vida y obra del Apóstol no es nuevo dentro de su trayectoria profesional, pues desde hace décadas los estudios martianos ocupan centralidad en su producción intelectual. Para corroborar la aseveración anterior baste recordar que la autora es la catedrática titular del *Curso Especial sobre José Martí* incluido en el currículo de la Licenciatura en Historia de la Universidad de La Habana, al tiempo que a su haber se incluyen la biografía *José Martí (1853-1895)*. *La dignidad humana* (Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México, 1995) y la compilación de textos *José Martí y su proyecto revolucionario* (Editorial Félix Varela, La Habana, 2006).

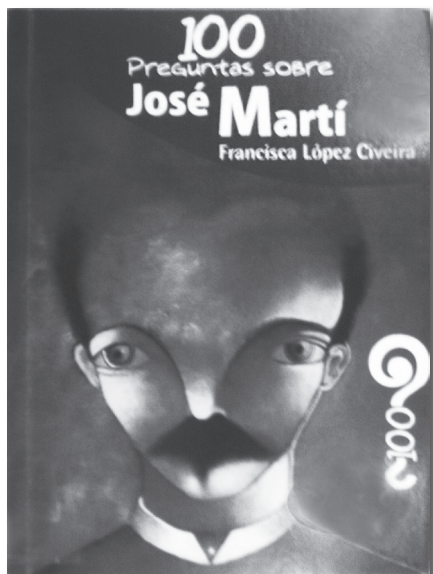
El libro que nos ocupa brinda al lector un recorrido por la trayectoria vital del Héroe Nacional de Cuba. Concebido para el público juvenil, el texto presenta las diversas facetas de un Martí alejado aquí de

la exaltación marmólea que tiende a convertir a los mortales en dioses. De la mano de las atinadas preguntas elaboradas por la autora, emergen simultáneamente el hijo, el padre, el amigo, el amante, el intelectual y el político revolucionario, unidos todos en un haz de varas imposible de desanudar.

Entre las virtudes del texto reseñado sobresale el equilibrio entre las diferentes líneas temáticas que se abordan. Tal y como se ha señalado, se presenta a lo largo de sus páginas una visión de Martí donde el héroe no invisibiliza al hombre. Si bien es perceptible el énfasis en la labor político-revolucionaria del Maestro, no quedan de la mano su fecunda producción literaria, ni los conflictos y afectos personales que llenaron la vida del más universal de los cubanos.

Especial mención merece el tono conversacional que preside la obra. No se dicta en ella cátedra erudita sino que se dialoga amenamente con el lector. El libro constituye pues invitación a romper aquellos códigos donde el público que lee queda confinado a la condición de ente pasivo frente al conocimiento que se le transmite.

En el texto de la doctora Civeira se busca que el propio Martí cuente su historia. Es decir, el Apóstol con sus palabras deviene protagonista y narrador del relato que aparece ante nuestros ojos. La inclusión de abundantes citas –todas escrupulosamente referenciadas– se



complementa coherentemente con los comentarios de la autora, a través de los cuales emergen los contextos epocales y las interioridades del decurso vital martiano.

Uno de los valores del volumen es el análisis de las construcciones simbólicas generadas en torno a la figura martiana. Las interrogantes que conforman el libro no quedan circunscritas únicamente a elucidar determinados aspectos de la vida y obra de Martí, sino que abordan el proceso de conversión del Maestro en un símbolo de la nación cubana. La percepción del Apóstol por sus contemporáneos y las generaciones que le sucedieron se reflejan en la sección

conclusiva del texto mediante el examen de procesos tales como la denominación de las calles con su nombre, la erección de estatuas en su honor, el inicio de la conmemoración de su natalicio y la asunción de su figura como paradigma por los movimientos políticos y estéticos del siglo xx cubano.

Unido a las consideraciones antes expuestas el nuevo libro de la doctora Civeira presenta también un buen acabado formal. El cuidado de la edición y el diseño resultan valores de una obra indudablemente apreciable desde lo visual. En tal sentido, resalta la ilustración de cubierta del recientemente fallecido Vicente R. Bonachea

y las ilustraciones interiores compuestas a partir de las cerámicas de los niños del Taller de la Casa de Cultura de Plaza.

Disfruten pues los lectores de este texto nacido de la colaboración de la profesora Francisca López Civeira y la Editorial Gente Nueva. En ella jóvenes y no tan jóvenes encontrarán una amena vía para descubrir a un Martí heroico y al mismo tiempo humano. La lectura de *100 preguntas sobre José Martí* constituye, sin duda alguna, importante contribución a la difusión del legado del más universal de los cubanos. Tal y como defiende su autora, es este un libro útil. ■

FABIO FERNÁNDEZ BATISTA

Un Martí que siempre buscamos

A propósito de la reedición del volumen *Yo conocí a Martí* compilado por la investigadora Carmen Suárez León y ante la impronta de socializar los múltiples y oportunos mensajes de su discurso, retomo las palabras de presentación que redacté a la primera edición¹ aparecidas en el año 1999 en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*.

Rememoraba entonces una experiencia vivida en la ciudad de Cienfuegos en el Seminario Provincial de Estudios Martianos realizado en el año 1997, cuando una profesora del Instituto Superior Pedagógico Conrado Benítez, presentaba a la primera de varias alumnas que iban a

exponer los resultados de sus investigaciones. Aquellos trabajos constituían la evaluación final de una asignatura que durante un semestre estudiaba la vida y el quehacer creativo de José Martí. Pero lo *sui generis* de este programa de clases en La Perla del Sur, era que se había estructurado a partir de las temáticas propuestas por los alumnos del mencionado centro de altos estudios a través de encuestas realizadas por los profesores.

El resultado de ese muestreo arrojó que las aristas de mayor interés para reflexionar eran las relacionadas con la imagen humana de José Martí: sus características físicas y personales, las relaciones con sus amigos, su carácter, su temperamento, su personalidad, su vida amorosa,

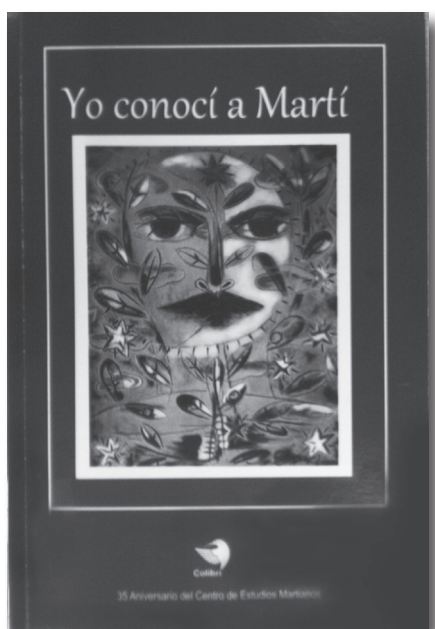
entre otras muchas que marcaban los reales derroteros del grupo estudiantil. Y teniendo en cuenta estas sugerencias se originó el curso. Claro, siempre hubo que agregar otros horizontes ya recorridos, pero que no podían faltar desde el punto de vista metodológico, docente y educativo para lograr un programa lo más integral e instructivo posible. Y—según relató la profesora— el sentido de pertenencia y el entusiasmo de los alumnos se mantuvo durante todo el semestre, en el transcurso del cual los jóvenes no fueron únicamente oyentes pasivos sino que hubo participación constante y la prueba mayor fue la calidad de los trabajos seleccionados para ser defendidos en aquel encuentro juvenil martiano.

¹ *Yo conocí a Martí* (sel. y prol. de Carmen Suárez León), Ediciones Capiro, Santa Clara, 1998, 220 pp.

Es muy posible que si la experiencia de Cienfuegos se repitiera en otras ciudades del país las encuestas mostrarían similares resultados y si se extendiera la investigación a la población, quizás no serían muy diferentes sus intereses.

A la satisfacción de esas necesidades de información martiana se encamina la nueva edición del volumen *Yo conocí a Martí*,² que con selección y prólogo de Carmen Suárez León, dibuja, recrea, presenta en gran medida a ese Martí que tanto buscaban y buscan no solo los estudiantes del Pedagógico de Cienfuegos; por eso afirmo con certeza que es una propuesta necesaria, oportuna y útil, que viene a suplir una gran avidez cognoscitiva de los cubanos, pues estas reflexiones de personas que conocieron a nuestro Héroe y poeta mayor no se publicaban de forma íntegra desde hace 15 años, es decir, el tiempo que dista desde la edición anterior.

² *Yo conocí a Martí* (sel. y prol. de Carmen Suárez León), Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2012, 206 pp.



Tal y como se afirma en el prólogo, las valoraciones “son tomadas de diferentes publicaciones, y en su mayor parte, de la voluminosa compilación que hizo la *Revista Cubana*, entre 1951 y 1952.” De ahí el acierto que tuvo su compiladora y el equipo de la editorial del Centro de Estudios Martianos en materializar este empeño editorial.

La Dra. Suárez León, investigadora del Centro de Estudios Martianos, nos invita a un recorrido por treinta y cuatro testimonios de personas vinculadas a Martí por diferentes razones. Aquí están las impresiones de los poetas Rubén Darío, Amado Nervo y José María Vargas Vila, así como las de María Mantilla, Alfonso Mercado (el hijo de Manuel Mercado), Máximo Gómez, Juan Gualberto Gómez, por solo citar algunos. Estas opiniones, desde perspectivas tan disímiles, aportan un conjunto de elementos que, poco a poco, van trazando un cálido retrato de nuestro Héroe Nacional. Pero, sobre todo, es un Martí terrenal, un ser de carne y huesos con sus defectos, pasiones desmedidas y, por supuesto, con su indiscutible genialidad.

Tal vez el ansia de redescubrir ese mismo universo incentivó a la también autora del volumen *José Martí y Víctor Hugo: en el fiel de las modernidades* (Casa Editora Abril, 1998) y de otros títulos, para iniciar la tarea siempre compleja de analizar cuáles artículos debería seleccionar –del gran conjunto original– para integrarlos de manera tal que el lector recibiera la sensación de estar leyendo una novela o quizás una biografía novelada debido

al ritmo que logra la descripción de los distintos horizontes del carácter, la personalidad y el temperamento de Martí expresada por cada uno de los autores, cuyas coloquiales intervenciones están llenas de diálogos, anécdotas y narraciones intercaladas que le imprimen dinamismo al discurso y posibilitan rapidez en la lectura. Es como asistir a una conversación en la cual el lector es destinatario e interlocutor.

Se hallarán, a su vez, en estas páginas, referencias al Martí profesor, periodista, poeta, traductor, publicista, cónsul, crítico literario y de arte, al orador elocuente y, por supuesto, al líder revolucionario; pero, además, a un Martí amigo, familiar, cercano. Es una visión de Martí desde todo el Continente. Baste reparar en las nacionalidades y profesiones de los autores o las diferentes razones de sus acercamientos a Martí, y en qué circunstancias, para darse cuenta del radio de acción del creador no solo en América sino, también, más allá. Y para este empeño es importante la sección “Sobre los autores”, que posibilita la ubicación espacial y temporal de cada uno de los que testimonian. Deberá incorporarse en este acápite para futuras ediciones los datos correspondientes a José María Izaguirre y Miguel Tedín –ausentes también en la primera edición.

La reciente edición de *Yo conocí a Martí* se distingue, además, por la original ilustración de cubierta que reproduce una pieza poco conocida de Ever Fonseca titulada *Hombre palma, laurel y luna* que traza un rostro de Martí y que se

inscribe en la amplia recreación artística entorno a su imagen; y por su calidad de impresión que, sin lugar a dudas, lo convierten en un esfuerzo meritorio del departamento editorial de la mencionada institución.

Yo conocí a Martí no es un texto aislado ni casual dentro de la obra de investigación de Carmen Suárez, la también poeta, editora y traductora tiene en su haber diversos textos publicados en revistas especializadas de Cuba y el extranjero en los que aborda diferentes aristas de la producción literaria de José Martí y otros autores cubanos como José Lezama

Lima y Eliseo Diego así como otros libros de ensayo.

Cuando el lector concluya la lectura de este prisma de apreciaciones –que ya se suma a la bibliografía martiana– seguramente sentirá que ha estado muy cerca de Martí. Quizás sea por la inmediatez que le imprime a estas narraciones el uso continuado de la primera persona gramatical o el calor humano implícito en la exposición de cada pasaje, cada descripción o cada recuerdo. Fue tal la admiración que Martí despertó en quienes tuvieron el privilegio de tratarlo, compartir tribunas, trabajos, reuniones políticas o

familiares. Por esas razones al leer *Yo conocí a Martí* se transita con placer y con la seguridad de que cada segmento descubrirá siempre algo nuevo del autor de *La Edad de Oro*. Sería importante que este volumen tuviera la divulgación que merece para que circule entre los lectores con rapidez, pues, reitero, satisface numerosas demandas –no solo de los cienfuegueros. Aquí se encuentra un Martí vivo, pero un Martí otro, un Martí que tanto necesitamos. ■

MAURICIO NÚÑEZ RODRÍGUEZ

Estéticas híbridas en una proverbial obra poética

Un aportador libro ha publicado el Centro de Estudios Martianos bajo el poco sugestivo título de *Poesía de José Martí*.¹ Su autor es el destacado hispanista ruso Yuri Guirin, quien allí estudia la lírica martiana desde sus primeros poemas escritos en Cuba hasta sus poemarios de madurez de todos conocidos. Bien pudiera haberle puesto “Estéticas híbridas en la poesía de José Martí”, pues ese camino está entre los esenciales que desanda el análisis: descubrir y fundamentar qué tomó nuestro poeta del romanticismo, del simbolismo, y hasta qué fijó en sus páginas de la estética

modernista. Luego de advertir la prevalencia de lo poético en su obra, Guirin reconoce que para Martí “el arte era un instrumento para transformar la naturaleza humana en aras del perfeccionamiento de la vida”,² y que su obra, como parte del Modernismo, “reflejó cambios radicales en la conciencia social latinoamericana en su afán de autodefinición espiritual, de renovación y de iniciación en la modernidad”.³

El autor va creando una serie de conceptos que, además de fungir como subtítulos, van describiendo las esencias de la poesía martiana, al tiempo que analiza cómo Martí explora

universos cercanos al krausismo, el eclecticismo y el cosmopolitismo. Guirin se refiere a que una gran parte de la poesía de Martí fue escrita aproximadamente en



¹ Yuri Guirin, *Poesía de José Martí*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010, 287 pp.

² Yuri Guirin, ob. cit., p. 8.

³ Yuri Guirin, ob. cit., p. 15.

un mismo periodo: el año 1882, en el que fueron concebidos el grueso de los *Versos libres*, y acertadamente afirma que: – Los rasgos característicos de la poética de este periodo también están plasmados en otras obras, tanto en los versos no recogidos en libro, como en los textos en prosa. De esta forma, se puede hablar sobre la creatividad de Martí de finales de los años setenta y comienzo de los ochenta como un conjunto ideológico-artístico bastante integral que conforma una determinada unidad”.⁴

Con lo que reconoce la existencia de una poética afín entre textos como *Versos libres*, *Ismaelillo*, e incluso los correspondientes al denominado *Polvo de alas de mariposa* o sus “Versos varios”. Luego de tomar como base los estudios de Cintio Vitier y Fina García Marruz sobre la poesía martiana para conformar la hipótesis de su análisis, que toma en cuenta el carácter poligénico de la imagen poética en Martí (“es decir, que surgió de la coincidencia de los más diversos motivos metafóricos y estratos culturales”),⁵ concluye que en su poética es fácil descubrir los procedimientos que lo acercan a otros sistemas, vertientes estilísticas y corrientes estéticas, así como el predominio de unos sobre otros y la evolución de un tipo de percepción del mundo hacia otro; pero no se logra encontrar en ella un sistema artístico íntegro y totalmente definido, lo que lejos de demeritarle lo hace históricamente grande porque expresó en la forma más brillante un tipo determinado de pensamiento

plenamente único en el que se plasmaron todas las particularidades de la formación espiritual del latinoamericano, de toda una nación, de todo un Continente.⁶ En tal sugerente libro podemos conocer por qué Martí siente apego por lo natural como elemento imprescindible en su cosmovisión poética y filosófica, así como el mapa espacio-temporal o artístico-filosófico de sus poemarios clausos en orden cronológico, si seguimos como norma sus fechas de publicación. De tal examen deriva la idea de considerar como principio de la poética martiana a la imagen del Universo, es decir la presencia de lo cosmogónico en su concepción ideológico-artística del mundo. Colocado ante la ardua tarea de describir un tema que se recree en toda la poesía martiana se refiere a “la imposibilidad de aplicar sus fuerzas y capacidades, problema que atormentó a Martí toda la vida”.⁷

En nuestro viaje por las páginas del filólogo ruso hallamos una frase de Martí muy relacionada con aquel principio esencial de los pilares artísticos de su obra donde afirma que el objeto de la literatura es la vida: “Se ha de escribir viviendo, con la expresión sincera del pensamiento libre, para renovar la forma poética”, y también la explicación, en boca de Martí, sobre la imagen de la poesía como un guerrero que va camino al cielo como una espada que clava en el sol,⁸ así como el estudio del tratamiento de la muerte en la lírica de Martí, su evolución y los influjos que en la misma

tuvo el filósofo inglés Tomás Carlyle. Para el estudioso de la poesía martiana el libro será de gran valor por ahondar en asuntos novedosos como, por ejemplo, la influencia de Fray Luis de León en nuestro poeta, los variados motivos religiosos en su poesía y su uso original, así como el análisis y la ejemplificación de temas que solo habían sido enunciados por la crítica. A veces apreciamos que sus interpretaciones se vuelven excesivamente cerradas, viendo en casi toda la lírica que escribió Martí un carácter programático vinculado a su labor político-ideológica y que hay una excesiva contextualización de los mensajes poéticos en relación con Cuba y la obra independentista de Martí. Pero llega a reconocer que nuestro poeta realizó un cambio conceptual más importante en la conciencia ideológico-artística de su época: transformó el concepto romántico del poeta en la idea universalista del Héroe, es decir de un tipo nuevo de hombre presentado fundamentalmente como un hombre americano. Cuando comencé a leer este libro pude darme cuenta rápidamente de lo singular de su visión, pues pertenece a un ser de otra latitud que puede concebir al escritor Martí con la suficiente distancia insufladora que le permite aguzar y fijar la mirada, sin prejuicios, en múltiples ideas y movimientos artísticos que sirvieron de abono a su proverbial obra poética. ■

CARIDAD ATENCIO

⁴ Yuri Guirín, ob. cit., p. 42.

⁵ Yuri Guirín, ob. cit., p. 268.

⁶ Yuri Guirín, ob. cit., p. 269.

⁷ Yuri Guirín, ob. cit., p. 122.

⁸ Yuri Guirín, ob. cit., p. 155.

Un encuentro esencial con un poeta excepcional

Dentro de los estudios sobre poesía en Cuba, el nombre del poeta Francisco de Oraá ocupa un lugar cimero. A pesar de la poca difusión de sus reflexiones críticas sobre poesía cubana y en especial la poesía escrita por nuestro Apóstol José Martí, la apasionada forma de Oraá de sentir y concebir la vida y la poesía lo convierten, según Cintio Vitier, “en un poeta de una gran intimidad”. La poesía constituyó el motor impulsor de toda su obra. Su poética intimista y reflexiva, transitó un camino en el cual siempre predominó la auténtica representación de su realidad circundante.

Persona, lugar y tiempo. Ensayos sobre poesía,¹ editado en el 2011 bajo el sello de Ediciones UNIÓN, es un singular libro de ensayos que se establece como una muestra fehaciente de la coherencia del pensamiento de Oraá; un pensamiento comprometido con el examen analítico de una poética que expone un cúmulo de saberes manifestados por un autor o un grupo de autores en una época determinada. El texto comienza analizando la poesía del más universal de los cubanos y de esa forma marca pautas, siembra ideas y conduce al lector por un universo plagado de nuevas formas de hacer y concebir la poesía. Al escribir sobre la obra martiana Oraá escruta, indaga y se detiene, de forma somera,

en algunos poemas que aportan ciertas luces a través de la exploración estilística. Al hablar de los *Versos sencillos* Oraá se detiene en una acuciosa observación de las imágenes cromáticas martianas las cuales establecen significativos contrastes que tratan de definir la indudable dualidad de un mundo, donde la sencillez del título inicial se vuelve entreverada a través de la profundidad que se esconde en cada uno de estos poemas de madurez. El análisis de los *Versos libres* en mucho más complejo. Oraá se detiene en los elementos simbólicos, recogidos en esos impetuosos versos blancos, que abogan por la búsqueda de la libertad a través de la necesidad del sacrificio; un sacrificio, traducido en comprensión de la realidad y de la historia, que conquista, a través del saber, la armonía universal. En el artículo dedicado a *Ismaelillo* prioriza el análisis de las imágenes que aluden a la presencia del niño en el poemario, ese niño que constantemente busca el equilibrio entre el sujeto paterno y el mundo que lo rodea, un mundo en pleno proceso de transformación. Estas representaciones, que aligeran el verso a través de empleo de expresiones juguetonas y festivas, intentan concretar un mensaje ascensorial que aboga por la liberación de los pueblos americanos.

Luego del estudio de la poética martiana el libro continúa con un estudio que trata de definir el

concepto de poesía. A través de un grupo de definiciones, concebidas por notables escritores cubanos y universales tales como Eliseo Diego, Goethe, Whitman, Tagore, Feijoo y Hölderlin, Oraá trata de demostrar la relación de la poesía con el arte, con la sociedad novedosa que representa y su incansable búsqueda de la eternidad encarnando en cada una de sus representaciones un lenguaje eficaz, significativo. Esa, la poesía que toma en cuenta el valor de la palabra, aquella que pretende darle sentido a los misterios que esconde el universo y recuperar la esencia de las cosas, del amor en su revelación original. Esa poesía que sentimos y nos penetra en el alma sustrayéndonos, arrancándonos de nosotros mismos, llenando ese vacío que es en definitiva el espacio de la caída.² Esa que constituye el cruce o la posición entre lo efímero y lo permanente, entre la eternidad y el tiempo, entre el cuerpo y el espíritu.³ El ensayo “Poetas de los 50: Señas de identidad” traza una visión panorámica de esta generación, de la cual Oraá formó parte, de su forma de concebir la existencia, las raíces sociales y la literatura cubana de la incipiente segunda mitad del siglo xx. Esta generación asumió una poética revolucionaria, a tono con el momento histórico en el que estaban envueltos, que les sirvió de tribuna para enunciar, inter-

¹ Francisco de Oraá, *Persona, lugar y tiempo. Ensayos sobre poesía*, La Habana, Ediciones UNIÓN, 2011.

² *Ibíd.*, p. 94.

³ *Ibíd.*, p. 82.

pretar y glorificar los cambios sociales de una época luminosa. En reiteradas ocasiones el autor señala las diferentes antologías que han intentado definir a los poetas de la generación de los años 50. Cada selección reúne un conjunto de características cuyo hilo conductor está dado por el tono conversacional del lenguaje de los creadores del grupo. Un lenguaje crítico, ideológico, sin esquemas preconcebidos que posee en sí mismo una enorme carga semántica. Ya en las postrimerías el libro presenta un grupo de textos en los cuales Oraá reseña libros, examina poemas escritos por grandes poetas y expone las ideas, vinculadas a la poesía, de notables literatos. Cuando habla de *Sonetos a Gelsomina* de Raúl Hernández Novás, además

de alabar los logros formales y la concepción del lenguaje, se detiene, de manera crítica, en los detalles que desdibujan la exquisitez de la composición. En “Forzando la confesión de un poeta viejo” hace un conciso examen de un cuarteto del Marqués de Santillana a través del cual nos remite la esencia de la poesía de este hombre, una poesía establecida a través de la visualidad, de la imagen sensorial. Como colofón, estas páginas presentan el análisis que hace Oraá de un poema de Vallejo titulado “Masa”. Un poema tremendo, transformador, “desgarradamente amoroso”; un poema donde el amor y la muerte se vuelven uno y muchos, un poema que intenta “atrapar lo dialéctico real”.⁴

⁴ Ibídem, p. 129.

El lector, a través de cada una de las páginas de este texto, podrá encontrar elementos esclarecedores acerca de la poética martiana, de la labor lírica de una generación en pleno crecimiento intelectual y de las diversas formas de concebir y definir la poesía en los diferentes momentos de la historia social. Francisco de Oraá, a través de un lenguaje razonado, conexo y original, nos conduce por enigmáticos caminos que testimonian la concepción de una de las artes más antiguas y distinguidas de la humanidad, de un género literario polisémico que abre ante el lector un abanico de posibilidades, una multiplicidad de lecturas encontradas y diversas que reproduce el milagro infinito de la vida. ■

YISLENY LÓPEZ DELGADO

Aportadora propuesta de Yoel Cordoví

La emigración cubana en los Estados Unidos: estructuras directivas y corrientes de pensamiento. 1895-1898 del investigador Yoel Cordoví Núñez, enfrenta el reto de abordar varias de las problemáticas del complejo periodo de 1895 a 1898. Obra ambiciosa, pues en solo 158 páginas, el autor ha logrado aportes significativos en temas controvertidos sobre la dirección revolucionaria en las emigraciones y el papel desempeñado por las personalidades dirigentes, tras la muerte de José Martí en campaña, cuando las

estructuras del Partido Revolucionario Cubano y sus métodos de conducción sufrieron notables cambios con respecto a la etapa anterior, que respondían a determinadas concepciones políticas e ideológicas tanto sobre el futuro del país liberado como del modo de lograr esta.

Desde las líneas iniciales del primero de sus cuatro capítulos, las afirmaciones puntualizan aspectos documentalmente probados, pero abordados generalmente con un grado de imprecisión que en nada contribuyen a la verdad histórica. Expresa Cordoví que el nuevo Delegado

del Partido fue elegido por el voto casi unánime de los clubes, pues Tomás Estrada Palma era considerado por amplios sectores de la emigración, y por la mayoría de quienes lo conocían en Cuba, como la persona que podría mantener la unidad en el exterior. Una vez constituido el Consejo de Gobierno, fue nombrado Agente Diplomático, con amplísimos poderes, lo que conllevaría dificultades que pronto se hicieron notar, aunque no se tomaron decisiones radicales al respecto.

El autor muestra los intentos del Consejo por disminuir la

autonomía en la actuación del Delegado, pero se contradecía al aprobar el modo de realizar sus labores. Punto culminante de esta situación fue el otorgamiento de facultades aun más amplias por el nuevo órgano de gobierno en la Isla, elegido en la Asamblea de La Yaya.

La concentración de poderes en manos de Estrada fue propiciada mediante el acuerdo de los Cuerpos de Consejo al proponer, en febrero de 1896, que el Delegado del Partido fuera la misma persona nombrada por el Consejo para representarlo en el exterior, como una medida tendente a evitar la existencia de dos organizaciones diferentes, con estructuras paralelas, lo que podría generar conflictos entre ellas. De este modo, en aras de la unidad, la organización creada por Martí perdía uno de sus más sólidos fundamentos, la democracia interna.

Sin embargo, la supuesta unidad orgánica fue negada por las prácticas de Estrada Palma, quien nombró agentes de la Delegación en cada localidad, de modo que la dualidad se impuso, hasta el punto de generar la protesta de la dirigencia de algunos Cuerpos de Consejo, que consideraban a tales funcionarios como servidores particulares de quien los nombraba, y no representantes de la organización partidista.

A pesar de las divergencias, el patriotismo se impuso, y fue lograda la preparación y envío de expediciones, la atención de un servicio diplomático y propagandístico que cubrió la generalidad de los países latinoamericanos, la expansión de los clubes fuera y dentro del

territorio estadounidense, y se incrementó la simpatía de amplios sectores de la población del país norteamericano.

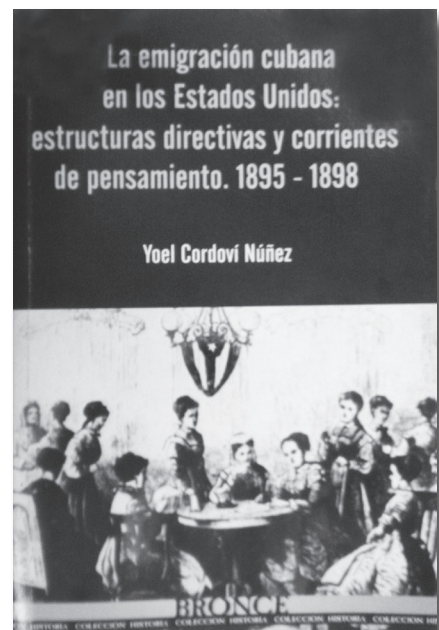
Pone el autor énfasis, también, en un aspecto poco atendido hasta ahora: el deterioro de la situación económica de los obreros de las emigraciones cuando la guerra en Cuba más requería de sus aportes. El cierre de fábricas, con el desempleo y la reducción de salarios como secuelas, se hicieron sentir en el periodo de 1895 a 1896.

Cordoví argumenta cómo esta situación determinó, en contra de la estrategia dirigida a la destrucción de las propiedades que pudieran reportar ganancias para España, la decisión de imponer tributos a los dueños como condición para preservar sus bienes y, en algunos casos, se permitió la molienda, con el cobro de una determinada cantidad por cada saco de azúcar producido. Tal solución fue adoptada ante una realidad que debía afrontarse, pues a mediados de 1897 la situación económica de la Delegación le impedía sortear adecuadamente la situación creada en la Isla por la reconcentración decretada por Weyler, con la cual se impidió a los mambises el abastecimiento de lo más elemental para su subsistencia.

Las posiciones más radicales tuvieron que atemperarse ante estas realidades. Cordoví advierte lo erróneo de una interpretación de los hechos que obvie todos los elementos de carácter económico y político expuestos, pues, dice: “las vías de recauda-

ción no deben circunscribirse al manido criterio de la ‘traición’ o la ‘desviación ideológica’ estradista”.

El autor aborda otro tema sensible, para cuya justa valoración analiza las limitaciones existentes a fines del siglo XIX en cuanto al concepto de *intervención*. Sin olvidar en modo alguno la desconfianza de Estrada Palma en la capacidad de los sectores populares del pueblo cubano, Cordoví precisa que este concepto no era utilizado solo “en su carácter directo o armado, sino como cualquier acto mediador que pusiera fin a las hostilidades en un plazo breve.” El Delegado Plenipotenciario dedicó esfuerzos ingentes a la búsqueda de apoyo de senadores y otros políticos, periodistas y hombres de negocios con la finalidad de obtener una declaración de reconocimiento de la beligerancia, lo que, como bien precisa Yoel, nunca ocurrió. Por el contrario,



el presidente Cleveland, electo en noviembre de 1896, emitió declaraciones amenazantes contra España, aduciendo, entre otras, razones humanitarias –argumento utilizado a lo largo de decenas de años, y que actualmente solo confunde a los incautos.

Una solución favorable al pueblo cubano no convenía a los intereses económicos yanquis, opuestos a la más mínima posibilidad de independencia de la Isla. Por su parte, nos dice el autor, a fines del siglo XIX los “jingoos”, encabezados por Henry Cabot Lodge, abogaban por una política exterior enérgicamente expansionista.

De modo esclarecedor, Cordoví argumenta la posición del Consejo de Gobierno, proclive cada vez más, ante la prolongación de la contienda y los efectos de la reconcentración, a promover la intervención del gobierno estadounidense. A tales efectos, el Secretario de Relaciones Exteriores, Rafael M. Portuondo, fue enviado a los Estados Unidos con este objetivo. Paralelamente, en febrero de 1897, el presidente Salvador Cisneros expuso a Gonzalo de Quesada la idea de promover una antigua solución, ahora renacida: el pago de una indemnización a España, con los buenos oficios de la administración estadounidense como garante. Las nobles intenciones velaban las consecuencias aplastantes para el futuro de Cuba. Los miembros de la Delegación, a tono con la propuesta, concibieron un gran proyecto financiero suscrito en agosto de 1897 con el banquero Samuel Janney. Al variar las circuns-

tancias, y alejarse la posibilidad del reconocimiento de la beligerancia, este último propuso un nuevo contrato, firmado en enero de 1898, sobre la base de gestionar la independencia y la evacuación de las tropas españolas de la Isla.

El gran capital nunca actúa sin asegurar ganancias, por lo que la acción señalada debe vincularse al cada vez más evidente deterioro del poder hispano en la Isla, cuya última opción fue promulgar el régimen autonómico para Cuba, instalado el 1 de enero de 1898 por el nuevo capitán general, Ramón Blanco Erenas. La más sólida argumentación para justificar este proceder fue la preservación de las propiedades de la destrucción provocada por la guerra, por lo que esta debía terminar. Cordoví pone de relieve cómo se combinaron en aquel momento los intereses de los autonomistas y los anexionistas, unidos contra la “barbarie” que para ellos representaban los sectores populares del Ejército Libertador.

En las emigraciones fue unánime el rechazo a aquel engendro autonomista, solución extemporánea y aberrante. Pero, a la vez, el autor revela los distintos matices sobre las características de la independencia a que aspiraban diferentes sectores sociales. Los más “prácticos” y “realistas” daban muestras del acercamiento a una solución solo posible con ayuda externa, aunque implicara comprometer el futuro hacia una nueva dependencia. Los anexionistas, expone Cordoví, al considerar al pueblo cubano incapaz de crear y mantener un

gobierno estable, apelaban a la unión al poderoso vecino del Norte. Pero, destaca el autor, no formaban un grupo homogéneo, sino que entre ellos figuraban, por una parte, los opositores recalcitrantes a la guerra, en tanto representaba la destrucción de las propiedades y el ascenso de los sectores populares en las filas militares; y por otra parte, algunas figuras que se pronunciaban contra el dominio colonial español sentían cierto compromiso social, por lo que aspiraban a la protección de la nación que consideraban perfecta, sin negar los beneficios de un gobierno propio para su patria, aunque a manera de un protectorado, en realidad, la nueva forma de dominación imperial.

Cordoví, en este aspecto, ofrece un punto de vista particular sobre Tomás Estrada Palma, presentado tradicionalmente como un acérrimo detractor del Ejército Libertador y de los negros y mulatos. Sugiere un matiz diferente, al considerar que el desprecio a estos era un argumento de los gobernantes españoles y estadounidenses para enjuiciar a la revolución como una revuelta de bandidos. No obstante, argumenta el autor, el Delegado se alineaba con quienes defendían el protectorado como transición hacia la futura anexión, y advierte que en ocasiones Estrada vacilaba entre una y otra opciones cuando valoraba la necesidad de ofrecer garantías para la entrada de capitales extranjeros que impulsaran la economía del país, como muestran algunas cartas de fines de 1898 y principios de 1899.

El autor pone en evidencia el grado de confusión, escepticismo y desunión reinantes en el pueblo cubano a fines del siglo XIX, lo que impedía “definir una estrategia republicana coherente”. No obstante, prevalecía instintivamente, en los sectores populares y nacionalistas, sin cohesión institucional, la idea de la república independiente de amplia base social, propugnada por los independentistas agrupados en torno al periódico *La Doctrina de Martí*. Pero los más conservadores entendían que la práctica de la democracia en aquellos momentos podría significar una amenaza para los intereses de la nación, es decir, los suyos como grupo político-económico, y argumentaban que podría traer aparejadas la fragmentación y el pluralismo, a los que temían.

Era, en el fondo, la contradicción entre las posiciones que podemos identificar con las personas de Estrada Palma, por una parte, y Máximo Gómez por otra. Cordoví reproduce cartas de uno y de otro que revelan cuánto laboraba el Delegado por una solución en la que estuvieran presentes los Estados Unidos, mientras el General confiaba en la fuerza de las armas, ante las aspiraciones absorbentes de los vecinos.

Pero las confusiones en las grandes masas eran notables. Prueba de ello la revela el autor al exponer el júbilo causado en las emigraciones cuando el Congreso yanqui aprobó la Resolución Conjunta, el 19 de abril de 1898. Solo una minoría percibió las limitaciones y los objetivos ocultos de esta declaración, pues era perceptible la

decisión del Ejecutivo yanqui de proceder a intervenir sin previo reconocimiento de la beligerancia y mucho menos de la independencia.

Por su parte, el Delegado Plenipotenciario mantenía al Consejo de Gobierno desinformado. Fue a principios de mayo cuando se recibió una carta de Estrada Palma donde ofrecía al presidente yanqui, “a nombre de la República de Cuba, la cooperación del Ejército Libertador.” Lo hizo, nos alerta Cordoví, sin previa consulta con los poderes constituidos en la Isla. Pero, analiza el autor, este solo elemento no lo coloca en una posición traidora, pues los términos de su misiva puntualizaban aspectos como el reconocimiento del Gobierno de la República en Armas, y el suministro de armas y municiones a las tropas cubanas. Podemos o no coincidir con el autor, pero debemos considerar su razonamiento, que continúa con las manifestaciones estradistas que reflejan su pensamiento, cuando expresa que el régimen a establecerse debía quedar bajo la supervisión o la guía del gobierno estadounidense. Este, en realidad, aprovechó las viejas contradicciones en el seno de los mandos civiles y militares, y logró ahondar las divisiones hasta un punto irreversible, solo beneficioso para los planes imperiales.

Solo me resta señalar los elementos novedosos que valora Cordoví cuando se refiere a la disolución del Partido Revolucionario Cubano, al considerar el deterioro económico de las emigraciones, que incidió en las contribuciones de los

afiliados a los clubes, y a la descomposición de estos desde mediados de 1897. Síntoma de esta situación fue la desintegración de la comunidad de Martí City, Tampa, a inicios de 1896, al trasladarse los propietarios con sus fábricas hacia Ibor City y West Tampa. La inestabilidad laboral era notable durante 1897 y llegó a hacer crisis al año siguiente. Las cifras aportadas por las asociaciones de base disminuían por semanas, de modo que la extinción del Partido fue una consecuencia natural del fin de la guerra y el traslado masivo de cubanos a su patria.

Otro tema polémico es el referido a la decisión de disolver el Partido Revolucionario Cubano, pues había sectores que consideraban que no debía desaparecer, sino transferir la iniciativa revolucionaria a otras agrupaciones, lo que se haya expresado en documento reproducido por el autor, en el cual se recomendaba mantener las estructuras y enfrentar toda propaganda perniciosa contra la independencia absoluta.”

He señalado solo algunos de los temas en los cuales Yoel Cordoví incita al razonamiento y la revalorización de hechos y personalidades, circunstancias y actitudes. Los lectores de *La emigración cubana en los Estados Unidos: estructuras directivas y corrientes de pensamiento. 1895-1898*, sabrán apreciarlos en toda su capacidad aportadora. ■

IBRAHIM HIDALGO PAZ

En casa

Mil poemas a José Martí, una obra para todos

En estos tiempos en los que el ruido de la guerra ensordece al mundo, se nos hace loable y a la vez obligatorio, ser cómplice de un proyecto tan noble como lo es *Mil poemas a José Martí*, idea del destacado poeta chileno, Alfred Asís.

Durante siete meses, este hombre en representación de los Poetas del Mundo y auspiciado por la Sociedad Cultural “José Martí” y la Asociación de Pedagógicos de Cuba logró convocar a más de 700 participantes de unos 30 países, quienes escribieron 1 150 obras entre versos, prosas, ensayos, cuentos, sonetos y pinturas en las más variadas expresiones.

El objetivo de este proyecto de alcance mundial, “más que recopilar obras para conformar el *Libro de Oro planetario*, fue lograr un clima de amistad y amor como bien común entre

poetas y escritores, amigas y amigos, niñas y niños que se inician en las letras para honrar, por medio de la palabra, al Apóstol de Cuba”, informó Asís.

Además, precisó que la obra está en edición para conformar dos tomos de aproximadamente 500 páginas cada uno, que se espera tener para inicios del presente año y poder colocarla en la red de libros electrónicos y realizar la presentación en Cuba.

Y agregó: “Será un libro de todos y para todos. Un compromiso de poetas y escritores que nos lleva a conjugar este desafío en hermandad acercando a los pueblos a su identidad y homenajear a sus ídolos literarios que han dejado una huella imborrable”.

De ahí el compromiso de generar espacios por aquellos que fueron parte importante en

las letras. En particular, para los cubanos que vemos en la doctrina del Apóstol nuestra guía espiritual, el resultado de este esfuerzo universal nos llena de orgullo en el año del aniversario 161 del natalicio de aquel hombre, a quien Gabriela Mistral llamara “nuestro supremo varón literario”, y que todavía conmueve su cosmovisión y ternura.

Que la colección *Mil poemas a José Martí* haya estado dedicada en sus tres ediciones anteriores a pilares de la poesía latinoamericana y universal como Pablo Neruda (Chile), César Vallejo (Perú) y Miguel Hernández (España), ubica al poeta-Apóstol de Cuba en su verdadera dimensión. No en vano escribió Martí que “las manos de los poetas cierran siempre las heridas que abre la ira de los hombres”. ■

RAQUEL MARRERO YANES

La Sociedad Cultural “José Martí” se extiende por las montañas

En agosto del 2012 fue constituido el primer Club Martiano en el Segundo Frente Oriental “Frank País”. Teniendo en cuenta la importancia de divulgar, conocer y seguir las ideas del pensamiento martiano, así como mantener vigente el ejemplo de esta personalidad fue constituido el primer Club Martiano en estas serranías que por iniciativa de un grupo de compatriotas con

profunda vocación martiana se reunieron el 24 de agosto del 2014 y constituyeron el Club Martiano “Frank País García” para difundir la vida y obra del Apóstol así como mantener vivo su legado y ejemplo.

Fueron sus iniciadores los siguientes compañeros: Manuel Amondaray Álvarez, Ricardo Miniet Arévalo, Daysi E. Rivera Bell, Yennis Aguilar Rodríguez, Francisca Ricardo Zayas, Ana

E. Torresblanca Cobas, Gabriel Reinier Romero, Dalia López Cuba. A estos pioneros se les han sumado muchos más que mantienen vigente la divulgación para que Martí se mantenga vivo entre nosotros.

Después de esta iniciativa la membresía fue creciendo formándose otros clubes y la Plaza Juvenil Martiana. ■

MANUEL AMON DARAY ÁLVAREZ

Un homenaje a la sencillez

Hay una anécdota que demuestra la solidaridad y nobleza del conocido investigador y estudioso martiano Ibrahim Hidalgo Paz: un aficionado cargado de años se le ocurrió escribir un libro martiano o para rendir honores a José Julián. Quiso que persona preparada le hiciese el favor de leérselo para que le ayudara a rectificar lo necesario o enseñarle cómo hacerlo mejor. No lo pensó dos veces y se acercó a una persona cultísima que trabaja en la televisión y donde muestra que conoce de todo. Esa persona le dijo: –¡y qué sé yo sobre José

Martí!, y algunas justificaciones más que no quiere recordar.

Salió con la autoestima por el suelo y a ese mismo lugar, la admiración que a esa persona tenía. Pero no se dio por vencido y encontró el correo electrónico de Ibrahim Hidalgo Paz, en el Centro de Estudios Martianos. Le hizo la misma solicitud. Casi de inmediato recibió respuesta, donde se destacaba esta frase: “Para mi será un honor poder ayudar a un coterráneo”, porque es holguinero ese maestro y su palabra se cumplió.

Lo recibió en el Centro, en uno de sus corredores. Le pidió

tiempo, pues tenía mucho trabajo en esa semana. El día que acordaron encontrarse nuevamente en el mismo lugar, que gran lección de sabiduría y sencillez.

Cuando en el 160 aniversario del natalicio de nuestro Héroe Nacional se encontraron nuevamente, fue para entregarle un sencillo ejemplar de aquel librito que él ayudó a que viera la luz en los talleres de las Ediciones Holguín. Ese día lo vi más alto, más noble y más cubano que nunca. ■

ÁNGEL R. PANEQUE OLIVA

Una cita martiana memorable

Los encuentros de Cátedras Martianas vienen celebrándose en diferentes sedes de Nuestra América desde hace más de una década. Ellos se han convertido en un significativo espacio de intercambio académico para los interesados en el estudio de la vida y la obra de José Martí. Quizás el germen más antiguo de esta iniciativa se deba a una reunión efectuada hace ya unos veinte años en la venezolana Universidad de los Andes, en Mérida, y convocada por un grupo de profesores de esa Casa de Altos Estudios, encabezado por el Dr. Alberto Rodríguez Carucci. Por razones diversas no se le dio continuidad a aquel evento memorable, hasta que se retomó y revitalizó

la idea alrededor del 150 aniversario del natalicio de José Martí en el año 2003. Desde entonces y hasta el presente se han efectuado cada año en diferentes países del Continente, y el poder de convocatoria ha ido creciendo de un Encuentro a otro, a pesar de las limitaciones económicas y de los enormes esfuerzos que hacen los organizadores para que cada reunión deje un saldo positivo. Esto ha sido posible, en gran medida, por el trabajo sistemático de las respectivas sedes y por el apoyo organizativo y académico de la Red Internacional de Cátedras Martianas y el Centro de Estudios Martianos de La Habana, Cuba.

Vale recordar que se han efectuado cónclaves de este tipo

en Panamá (2003), Guadalajara (2004), Puntarenas (2005), Caracas (2006), San Cristóbal de las Casas (2007), Recife (2008), La Habana (2009), Puntarenas (2010), Saltillo (2011), y Maracaibo (2012). Recientemente concluyó la oncenava edición, efectuada nuevamente en la ciudad de Puntarenas, del 4 al 6 de noviembre de 2013, específicamente en la Sede del Pacífico de la Universidad de Costa Rica. El eje temático elegido en este caso fue “Descolonización y soberanía, retos y avances en el siglo XXI”.

El cónclave fue inaugurado con la presencia y las intervenciones de Miguel Alvarado Arias, coordinador de la Cátedra José Martí de dicha sede; Nirsia Castro

Guevara, encargada de negocios de la Embajada de Cuba en Costa Rica; Mario Alberto Nájera, coordinador de la Red Internacional de Cátedras Martianas; Marjorie Jiménez Castro, directora de la Sede del Pacífico; Rina Cáceres Gómez, en representación del Sr. Henning Jensen Pennington, rector de la Universidad de Costa Rica; y Ana Sánchez Collazo, directora del Centro de Estudios Martianos de La Habana, Cuba. Especialmente emotiva resultó la presentación del grupo Ensamble de Vientos y Percusión, sobre todo cuando interpretó el Himno del Liceo “José Martí”, de dicha ciudad. La letra de esta pieza demuestra el hondo afecto que se guarda en esa urbe costarricense hacia el prócer cubano, pues José Martí visitó Costa Rica en dos ocasiones, del 30 de junio al 8 de julio de 1893, y del 5 de junio al 18 de junio de 1894. Dejó a su paso una huella perdurable en la memoria colectiva porteña que se conserva y fortalece hasta el presente.

Seguidamente tuvo lugar la conferencia inaugural titulada “El espectro de William Walker y las discordias en Centroamérica: constantes en la escritura martiana”, por Marlene Vázquez Pérez, investigadora del Centro de Estudios Martianos y coordinadora académica del *Anuario* de dicha institución. A continuación los asistentes visitaron el Liceo “José Martí,” y depositaron una ofrenda floral ante el monumento al Apóstol en dicho centro docente.

En el Encuentro se presentaron varias mesas de trabajo que versaron en torno a los siguientes temas: “Costa Rica y Centroamérica en José Martí; “Literatura y compromiso: una

visión desde el siglo XXI”; “La integración de América en los idearios de Bolívar y de Martí”; “Interculturalidad, naturaleza, identidad y pueblos de nuestra América” y “El ideario martiano y los retos actuales de la educación y la universidad”. Como iniciativa de los organizadores en aras de extender la influencia del Encuentro más allá de la sede porteña, tuvo lugar en la Ciudad Universitaria “Rodrigo Facio”, en San José, el conversatorio: “Páginas de José Martí: entre héroes y próceres de nuestra América.”

Fue notable la asistencia de estudiosos de la obra del poeta, político y pensador cubano, en la que hubo lógicamente mayoría local, pero también participaron estudiosos de México, Trinidad y Tobago, España, Puerto Rico, Venezuela y Cuba. Es justo reconocer el alto nivel de las ponencias presentadas, las cuales se distinguieron por su rigor y originalidad, unidas a la calidad de las exposiciones. Es imposible detallar aquí todas las intervenciones, y puedo incurrir, lo sé, en olvidos imperdonables. Aún así no puedo dejar de mencionar el rescate que hace Macarena Barahona (Costa Rica) del Martí de Vicente Sáenz; el estudio de Caridad Atencio (Cuba) sobre las semblanzas martianas “Antonio Maceo” y “El General Gómez”; la rigurosa valoración de Osmar Sánchez Aguilera (Cuba-México) sobre los *Versos libres*; la especial mirada de Armando García de la Torre (Trinidad y Tobago) en torno a la proyección global del nacionalismo martiano; el conmovedor testimonio de Dulce Umanzor (Costa Rica) sobre la Asociación “Convergencia martiana”, que

aúna en un proyecto común a egresados del Liceo “José Martí” de diferentes generaciones; las interesantes experiencias pedagógicas de Olga Marta Rodríguez Jiménez y Selene Fallas Salazar (Costa Rica) a partir de la difusión de la obra martiana entre los niños de la enseñanza primaria; las dos miradas al ideario bolivariano y martiano que aportaron Zaida Castro Delgado (Venezuela) y Vivian Auffant-Vázquez (Puerto Rico); la agudeza de etnógrafo que revela Martí en su *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano*, de Mario Alberto Nájera (México); la valoración del proyecto de sociedad de Antonio Maceo en Nicoya, de Esteban Barboza Núñez (Costa Rica); la intervención de Miguel Alvarado (Costa Rica) en torno a José Martí, universidad y colonialidad, entre otros. Tal vez los estudios que más interesaron al auditorio por su calidad conceptual y expositiva, y por la juventud de sus autores, fueron los de Gerardo Hernández Sánchez (Costa Rica), quien se refirió a la polémica sobre el nacionalismo en la literatura costarricense desde una perspectiva martiana, y el de Oscar Jorge Romero (México), quien abordó el proyecto ALBA-1 como primer paso hacia la soberanía de las telecomunicaciones en Nuestra América.

La asistencia de un nutrido grupo de estudiantes a las sesiones de trabajo garantizó que el contenido de los análisis allí expuestos llegara a las jóvenes generaciones, en momentos en que la Patria mayor sufre los embates de la globalización neoliberal y cifra sus esperanzas en el hallazgo de caminos propios de desarrollo, para lo cual es

indispensable la unidad continental y el concurso de los que Martí llamó “la esperanza del mundo”.¹

Momento especial fue la presentación de la novela *Lucía Jerez*, de José Martí en edición crítica de Mauricio Núñez Rodríguez, de Cuba, la cual estuvo a cargo de Mario Oliva Medina de la editorial de la Universidad Nacional de Costa Rica. En esta ocasión la importante pieza martiana se encuentra realizada por el cuidadoso trabajo editorial, investigativo y de diseño, que presenta al lector un libro hermoso, cautivador desde la misma cubierta. Además, debe destacarse como una iniciativa valiosa la habilitación de espacios para la exposición y venta de libros alusivos a José Martí, lo cual tuvo muy buena aceptación por parte de los asistentes.

Muy emotivo fue, ya en los finales del Encuentro, el homenaje a Salvador Morales, destacado historiador y estudioso cubano de la obra martiana en el primer aniversario de su desaparición física. También fue recordado por los presentes el profesor José Antonio Aparicio, fundador de la Cátedra Martiana de la Universidad Intercultural de Chiapas, poeta y promotor de la cultura latinoamericana, fallecido a inicios del año 2012.

Concluyó el Encuentro con una declaración final dirigida a mantener y fortalecer estos espacios de intercambio académico y cultural, necesarios para el conocimiento mutuo de nuestros países, y también para el conocimiento de la obra

del más universal de los latinoamericanos. Los presentes manifestaron unánimemente su felicitación al comité organizador, representado en las personas de Miguel Alvarado y Marjorie Jiménez, por la alta calidad del evento.

Al día siguiente tuvo lugar una experiencia única, sobre todo para las integrantes de la delegación cubana: la visita y ofrenda floral al Memorial Antonio Maceo en Mansión de Nicoya, en Guanacaste. Por esos imprevistos que siempre son bienvenidos, parte del itinerario hubo de hacerse por mar, tal y como hiciera el recorrido el Titán de Bronce cuando llegó a aquellos lares. Aproximadamente una hora en el ferry, atravesando el golfo de Nicoya, y luego otro tanto de camino montaña arriba en autobús, nos proporcionaron una de esas vivencias que el visitante agradece y disfruta: el mar y la montaña constituyen, sin lugar a dudas, los dos elementos de la naturaleza que colman a plenitud el espíritu del ser humano. Disfrutar de ambos simultáneamente, en la magnificencia del Océano Pacífico y en el verdor de las cumbres

que Costa Rica prodiga, no solo es descubrir las bellezas de un país que se visita por primera vez; es sobre todo, una honda impresión emotiva, cultural y estética. Encontrar reunidos los retratos de Martí y Maceo, en la dirección de la escuela primaria de Mansión de Nicoya, que lleva el nombre de este último, adquiere dimensión simbólica. Ambos próceres son venerados por maestros y alumnos, y la memoria colectiva atesora celosamente la impronta de los cubanos en la región.

El hallazgo de ese entorno deslumbrante en compañía de un grupo plurinacional, unido por la devoción martiana y el amor a Nuestra América, nos llevó al convencimiento de que por encima de los gobiernos y las tendencias políticas, está, como quería Martí, la hermandad entre nuestros pueblos, que hoy, más que nunca, se disponen a “la marcha unida [...], como la plata en las raíces de los Andes”.² ■

² J. Martí. “Nuestra América.” en: ob. cit., t. 6, p. 17.

MARLENE VÁZQUEZ PÉREZ



¹ José Martí. “La Edad de Oro.” en: *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 18, p. 302.

Nuestros autores

Luis Fidel Acosta Machado

Licenciado en Historia. Profesor de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana. Cursa estudios de Maestría.

Alpidio Alonso-Grau

Ingeniero, poeta y editor. Director de la revista *Amnios*.

Luis Álvarez Álvarez

Poeta y ensayista. Premio Nacional de Investigaciones Culturales 2008. Cinco veces Premio de la Crítica.

Manuel Amondaray Álvarez

Presidente Club Martiano “Frank País García”. Segundo Frente Oriental. Santiago de Cuba.

Caridad Atencio Mendoza

Licenciada en Letras. Poeta y ensayista. Investigadora del Centro de Estudios Martianos.

Orisbel Castellanos Hernández

Máster en Educación y profesor de Ética e ideario Martianos de la Universidad de Ciencias Pedagógicas Silverio Blanco. Sancti Spíritus.

Maritza Deschappelles Morejón

Periodista y realizadora del Sistema Informativo de la Televisión Cubana.

Fabio Fernández Batista

Licenciado en Historia. Profesor de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana.

Ada Bertha Frómeta Fernández

Las Tunas (1954-2011). Doctora en Ciencias Filosóficas. Profesora titular del Centro Universitario de Las Tunas.

Armando Hart Dávalos

Doctor en Leyes. Director de la Oficina del Programa Martiano. Presidente de la Sociedad Cultural “José Martí”.

Ibrahim Hidalgo Paz

Doctor en Ciencias Históricas. Ensayista e investigador del Centro de Estudios Martianos.

Yisleny López Delgado

Licenciada en Letras por la Universidad de La Habana. Crítica e investigadora literaria.

Dulce María Loynaz

La Habana 1902-1997. Poetisa y narradora. Premio Nacional de Literatura 1987. Premio Miguel de Cervantes 1992.

Guillermo Luna Castro

Máster en Ciencias Pedagógicas. Profesor de la Universidad de Ciencias Pedagógicas Silverio Blanco Núñez de Sancti Spíritus.

Raquel Marrero Yanes

Licenciada en Historia. Periodista. Especialista en Relaciones Públicas de la Sociedad Cultural “José Martí”.

Mauricio Núñez Rodríguez

Licenciado en Letras. Ensayista, investigador literario y periodista en la Sociedad Cultural “José Martí”.

Lourdes Ocampo Andina

Licenciada en Letras. Investigadora literaria del Centro de Estudios Martianos.

Ángel R. Paneque Oliva

Licenciado en Español y Literatura. Club “Abdala”. Filial de la Sociedad Cultural “José Martí” en Holguín.

Rafael Polanco Brahojos

Licenciado en Historia. Ensayista y profesor de Historia de la Filosofía y de Pensamiento Político. Vicepresidente de la Sociedad Cultural “José Martí”.

Vilda Rodríguez Méndez

Doctora en Ciencias Filosóficas. Profesora titular de la Universidad de Camagüey “Ignacio Agramonte y Loynaz”.

Fernando Rodríguez Sosa

Crítico literario. Periodista. Promotor cultural de larga trayectoria en la radio, la televisión y en periódicos del país.

Nydia Sarabia

Periodista e historiadora. Miembro de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba, la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba y la Unión de Periodistas de Cuba.

Carmen Suárez León

Doctora en Ciencias Filológicas. Poeta, editora, traductora. Investigadora titular del Centro de Estudios Martianos.

Marlene Vázquez Pérez

Licenciada en Letras. Investigadora y ensayista del Centro de Estudios Martianos.

Alberto Velázquez López

Doctor en Ciencias Filosóficas. Ensayista, investigador y profesor titular del Centro Universitario de Las Tunas.

Yudarkis Veloz Sarduy

Licenciada en Estudios Socioculturales por la Universidad de Camagüey. Especialista en Comunicación Social.